Bianca

aventura, intriga y pasión.

¿Cómo mitigar su deseo de él?

Novelas con corazón

SECRETOS DEL DESIERTO

Elizabeth Oldfield

México
Precio Pacto $1550
E.U. y
Puerto Rico
U.S. Dls. 1.75



IMPRESO EN MEXICO

Secretos del Desierto

Elizabeth Oldfield

Secretos del Desierto (1991)
Título Original: Quicksands
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Bianca 572
Protagonistas: Jassim Al Fori y Clemence Harrell

Argumento:

---Estarás bien—aseguro Howard a Clemence cuando la dejo en Omán para correr al lado de otra mujer.

Pero de pronto ella empezó a dudarlo. ¿Quién era el misterioso Jassim Al Fori? ¿Y por que la perseguí si todos sabían que era una mujer casada? La chica comprendía que debía alejarse de el. ¡Pero era mucho mas fácil decirlo que hacerlo, ya que Jassim era el hombre más atractivo que hubiera conocido.

CAPITULO 1

C LEMENCE supo que el hombre había llegado aun cuando no lo vio entrar en el vestíbulo del hotel. Un sexto sentido se lo advirtió. Recorrió el lugar con la mirada hasta llegar a la esquina que parecía ser la preferida de él... y lo vio. Alto, poderoso, el sombrero ladeado para verla mejor, los brazos cruzados, estudiándola. Rápidamente desvió la mirada y se preguntó quién sería ese hombre. Días antes, al notarlo, su reacción fue de petulancia. Ese sombrero, aunado a la camisa de manga corta y el pantalón que llevaba, lo hacía parecer el legendario héroe de la pantalla, Indiana Jones.

Pero Clemence había cambiado de opinión, y ahora pensaba que más parecía el “Cazador Blanco” que la hacía sentirse acechada. Y no era que la observara para capturarla y llevarla a su zoológico privado. Por el contrario, su presencia rayaba en lo peligroso.

La pausa entre una melodía y otra, permitió que Clemence lo mirara de nuevo. La ropa que vestía, más que hacerlo parecer un cazador blanco, indicaba que era un hombre de trabajo. La complexión y el mechón de pelo negro que caía en su frente lo catalogaban como trabajador de Omán, pero de ser así, ¿por qué no llevaba turbante? Además, los árabes por lo general usan bigote y barba y él no, aunque también parecía que su rostro llevaba algunos días sin afeitar. Reprimió una risita al pensar en aquellos actores o cantantes de rock que recurrían a esos ardides para promoverse como dictaba el “estilo sin afeitar”. No imaginaba a ese hombre llevando a cabo esas maniobras narcisistas. Su apariencia era natural, no como la de alguien reñido con el espejo. Cuanto más lo analizaba, le parecía más... sofisticada.

Sofisticación que iba en desacuerdo con la imagen de un trabajador…

Que lo distinguía de los demás. Con la regularidad de un trabajador, llegó puntual a las seis de la tarde el lunes, el martes, el miércoles

Clemence frunció el ceño al darse cuenta de que siempre estaba presente para escuchar su actuación desde que Howard se marchó. ¿Acaso lo hacía antes que ella llegara? No lo creía.

Otras personas escuchaban su música; las parejas sentadas en los sofás de piel, los hombres de negocios reclinados en los balcones

con vista a los pilares de mármol de la entrada del hotel... ninguno parecía amenazante. Pero ese hombre sí. El Al Fon Plaza estaba considerado entre los cincuenta hoteles más lujosos del mundo, el mejor del Oriente Medio, pero aun así, le parecía demasiado lejos de su hogar.

Mientras movía los brazos sobre el arpa con la gracia de una bailarina, Clemence recordó sus sentimientos cuando el taxi se llevó a Howard, una semana antes, rumbo al aeropuerto Seeb para regresar a Londres. El principal fue un sentimiento de disgusto, pero estaba una risa medio histérica de alivio. Todo ese día, Howard lo pasó dándole instrucciones de lo que debía hacer una vez que él se marchara.

—Practica el arpa todas las mañanas. Siempre el mismo repertorio. Permanece en el hotel y no te pasará nada —y cuando ella quiso pro testar, agregó—: Si quieres ir a alguna excursión, asegúrate de que Otto vaya también.

Clemence arrugó la nariz. Howard y Otto, el suhgerente, buenas migas y ella creía saber por qué. Ambos eran jóvenes agradables a quienes les gustaba dar la impresión de ser muy serios y dar órdenes.

—Limpia tus dientes tres veces al día —agregó ella, en una cantaleta—. Lava tus manos antes de comer. No te olvides de la ropa interior limpia…¿cuántos años crees que tengo, veinticinco o sólo cinco? -

Ignorando la protesta, Howard cerró su maleta y continuó:

—Lo más importante es que desanimes con firmeza a todos tus admiradores. ¿Recuerdas el problema con aquel gigoló que trató de con quistarte en Roma?

—No era ningún gjgo1o —protesto indignada— Cierto, era insistente, pero...

—Era un bruto —agregó Howard—. Igual que el noventa y cinco por ciento de los chicos que posan sus ojos en ti.

Howard exageraba. Como cualquier chica bonita, tenía sus admira dores, pero no todos caían rendidos a sus encantos. Por ejemplo, ese trabajador. Se preguntaba de dónde habría salido. ¿Trabajaría en las carreteras? De lo poco que Clemence había visto de Omán, notó que se construía una autopista gigantesca, lo que explicaría la ropa, que usaba. Pero todavía consideraba extraño que

un trabajador tuviera el atrevimiento de entrar en un hotel de lujo vestido así.

Al seguir tocando, Clemence determinó que no era huésped del hotel. Nunca lo vio comiendo o bebiendo algo. Todo lo que parecía importarle, era que ella estuviera en su pequeño estrado entre los dos ascensores de cristal, y después desaparecía. La chica estaba sorprendida de que lo dejaran entrar. Si ella estuviera a cargo, no le permitiría la entrada. Suspiró. No, no lo impediría. Quien quisiera permanecer intacto, no se atrevería a cruzarse en su camino.

Las advertencias de Howard sonaron en ‘su interior como alarmas.

—Sabemos que siempre atraes a los indeseables.., cinco minutos en el desierto y te encontrarías en manos de un beduino estrangulador... leí -que en pleno desierto todavía hay tribus tratantes de esclavas., les agradaría, muchísimo contar con una hermosa rubia de cabello largo.

—¿Y cuál sería, según tú, mi precio en el mercado? ¿Un par de camellos y la provisión de un año de incienso? —preguntó Clemence, riendo.

La risa de la chica parecía fuera de lugar frente a ese hombre. Deseó que Howard no se hubiese marchado tan pronto a Londres. Para su fortuna, regresaría en una semana... ¿Lo haría?. Empezó a dudarlo. Impotente, apretó los dientes al reconocer que Yvonne tenía mucho’ poder de persuasión, y una vez que lo tuviera de regreso a su lado... que pasaría si la morena decidía retenerlo No, no lo haría, no podía Howard prometió regresar a Omán.

Cuando terminó el popurrí, Clemence arriesgó otra mirada. El hombre se había marchado, ahora podría tranquilizarse. ‘El programa ‘de esa noche incluía música country y, aunque se extrañarla el sonido de la guitarra eléctrica de Howard, se escucharía bastante bien solo con arpa Sonrió al tocar las primeras notas de una de sus canciones favoritas Algunos de los que escuchaban sonreían y llevaban el compás con los pies y chasqueando los dedos. Tocar en el vestíbulo de un enorme hotel algunas veces la hizo sentirse invisible e inaudible, pero esa tarde la respuesta era entusiasta y media hora después terminó con una satisfactoria ronda de aplausos.

Inmersa en lo que tocaría en el bar más tarde, vio que Khalid Al

Fon se le acercaba. Con apenas veinte años, Khalid ostentaba el título pomposo de gerente del hotel.

—Es un chico adinerado y malcriado jugando al gerente —le dijo Howard—. Otto dice que sus méritos para ocupar el puesto eran mínimos, y que si no fuera porque su padre le heredó el hotel, ahora estaría fregando platos.

No dejaba de reconocer que Howard tenía razón. Todos los días a media mañana, Khalid bajaba del penthouse que compartía con su madre, y se paseaba por el hotel. Nunca hacía nada, a menos que pudiera llamársele hacer algo a las charlas que sostenía con los huéspedes en su inglés de peculiar acento.

—Tu actuación fue excelente —declaró Khalid cuando ella bajaba del estrado—. ¿Te separarás para siempre de tu esposo? —sus ojos de color café brillaron—. ¿Y me permites felicitarte por tu apariencia de... torera?

—Vaquera —lo corrigió Clemence. Ella y Howard vestían pantalones y chaleco de piel, además de botas y sombrero, cuando tocaban esa música. De pronto, la sonrisa de la chica desapareció al preguntar—. ¿No crees que mi apariencia se considere demasiado?...

—¿Atrevida? —interrumpió Khalid, riendo como un chico imprudente.

—Bueno, sí—contestó ella, sorprendida de que su vocabulario fuera tan extenso en ese sentido—. Las mujeres deben vestir más conserva doras aquí en el Medio Oriente, y no quisiera ofender a nadie.

—Pero estás en un hotel cosmopolita —señaló el chico—. Y aunque tocaras tu arpa en las calles, ¿quién se ofendería de ver a tan adorable criatura?

Clemence lo miró cautelosa. Prefería la franqueza a ese léxico florido, pues no sabía cómo interpretar las palabras de Khalid, cuyo inglés podía entenderse mal. Cuando hablaba con él debía estar muy concentrada, o de lo contrario no comprendía lo que decía. Pero le agradaba su compañía a pesar de esa limitante

Miró el cartelón en el estrado que aun decía Harrell & Co Dúo Musical.

—Gracias otra vez por permitir que me presentara sola.

—No tiene importancia —Khalid pasó sus dedos morenos por la

barba de la que se sentía orgulloso—. Creo que tu esposo es digno de elogio al querer estar al lado de su madre en sus últimos momentos.

Clemence esbozó una sonrisa débil. Elogios para Howard? ¿Por estar al lado de su madre? ¡Dios, si tan sólo supiera la verdad! Los engaños, pocos o muchos, siempre le disgustaron a Clemence, aun que, ¿qué alternativa tenía después de la historia que fraguó Howard? Era imposible revelar la verdad acerca de su súbita partida. ¡Nunca podría decir que iba a ver a su amiga embarazada dejando atrás a su esposa!

—Vamos a tomar algo —sugirió Khalid y, sin esperar respuesta, la guió hasta el bar. Siempre lleno por las noches, ahora sólo estaba ocupado por tres japoneses. El aburrido camarero volvió a la vida en cuanto los, vio llegar y se acercó a sugerirles algo fuerte. Les explicó que la especialidad de la semana era una mezcla de Campari, vodka, ginseng coreano y otros cinco ingredientes por demás maravillosos. No le agradó nada que ellos sólo pidieran jugo de lima.

—La última vez que conversamos, me dijiste que me hablarías de algo de las viejas costumbres —comentó Clemence, en un intento por evitar que Khalid abundara sobre el tema de la salud de su suegra. Se quitó el sombrero y lo dejó al pie de su banquillo.

Clemence era una chica ávida de viajes, de experiencias, y nunca se cansaba de escuchar cómo funcionaba el resto del mundo. Era algo que encontraba fascinante, aunque le parecía mejor verlo que escucharlo.

—Hasta principios de los setenta —empezó Khalid—, cuando los cañones del fuerte Mirani se disparaban, se cerraban las puertas de Mascati u Omán. A partir de ese momento, la ley decía que todas las personas que caminaran por la calle debían llevar una lámpara de aceite —hizo una pausa, encantado al ver que la chica absorbía como esponja todo lo que decía—. Había otra ley que prohibía los anteojos para el sol.

—¿Pero por qué no usar anteojos para el sol? —rió Clemence.

—Porque es demasiado fácil esconderse detrás de ellos —sugirió una voz profunda a sus espaldas— No hay nada como el contacto visual.. Se aprende mucho, ¿no lo cree, señora Harrell?

Volvió la cabeza. No escuchó que se acercara nadie y la sorpresa

por poco la hace caer del banquillo. Era el obrero, y su apariencia era la misma de siempre.

—Pues si —contestó Clemence, consciente de que tambien Khalid tenía dificultad para mantenerse sentado.

—Jass, ¿qué haces aquí? —preguntó el joven, tratando de sacar los pies del bastidor de apoyo del banquillo—. Pensé...

— que me había ido a casa y que mientras el gato duerme... etcétera?

Las palabras eran dirigidas a Khalid, pero el hombre miraba a Clemence. La chica, descalza, apenas llegaría al hombro del extraño, pero sentada en el banco, estaba a la altura de los ojos verde mar. Eran profundos y brillantes, el tipo de ojos por el que mueren las mujeres Un árabe de ojos verdes Un obrero árabe que hablaba ingles con esa facilidad? Tenía cierto acento, pero no el mismo que el de Khalid.

—¡Usted es australiano! —exclamó Clemence.

—¿Tiene algo contra las onzas? —-retrucó el hombre.

—No, no. Sólo que... no tenía idea —sonri6 ante lo que pareció una acusación.

—¿Me permites presentarte a Jassim, mi medio hermano? —dijo Khalid.

—Buenas noches —Clemence extendió la mano.

Reconociendo que al menos era mejor luchar contra un demonio conocido que contra uno desconocido, Clemence se alegró de conocerlo. ¿Otro Al Fon? Vaya, la vida estaba llena de sorpresas. Nunca imaginó esa relación, aunque ahora podía notar ciertos parecidos. Suponiendo que el recién llegado tuviera treinta años, eso indicaba que fue un joven atractivo hacía diez. Sin embargo, la edad lo convirtió en un hombre de mandíbula firme, de piel más clara que la de su medio hermano y, viéndolo de cerca, la chica notó que su pelo oscuro tenía mechones castaños Parecía menos árabe, más europeo Y otra diferencia, la diferencia entre la afable indolencia de Khalid y Jassim era que éste exudaba una energía interior que Clemence encontró atrayente y peligrosa. Con el estímulo adecuado, Jassim Al Fon generaría la corriente suficiente p ira alumbrar un edificio entero No se le podía ignorar

—Buenas noches —contestó Jassim, estrechando su mano con firmeza, apenas sonriendo. Al notar su frialdad, el temperamento de

Clemence empezó a bullir ¿Qué hizo para molestarlo Solo existir, según ella. ¿Quién era él para someterla a esa mirada critica? Khalid dijo que eran medio hermanos y, sabiendo lo complejas que eran las familias árabes, Clemence decidió que su relación debía ser tenue. ¿Acaso su ropa no indicaba que se movía en círculos muy diferentes a los del buen Khalid? La rama familiar de Jassim debía estar en desgracia, si es que alguna vez fue de las favoritas, porque de otro modo, ¿por qué no participaba en la administración del hotel? Habiéndose convencido de que era un don nadie, Clemence se sintió mejor.

—¿Deseas tomar algo, Jass? —preguntó Khalid.

--No, gracias. Sólo vine porque olvide hacer una llamada telefónica

—con las manos en los bolsillos del pantalón y las piernas abiertas, miró a Clemence antes de agregar—: Supongo que su esposo dejó permiso por escrito para que pudiera hablar con otros hombres en el bar.

Aunque las palabras pudieran tomarse como broma, el tono cierta mente no. Clemence enfureció, sabiendo bien que Jassim Al Fon la acusaba de tomarse libertades con su hermano menor, mientras Howard se encontraba lejos.

—Si revisara el calendario, se daría cuenta que estamos en pleno siglo veinte. Lo que quiere decir —le informó Clemence, con frialdad—, que las mujeres casadas pueden tomar sus propias decisiones.

—¿Si?

—Sí. Y en lo personal, no necesito permiso de nadie para hacer lo que quiera.

—¿Entonces no ama ni honra ni obedece? —preguntó Jassim.

—Yo no dije eso —Clemence frunció el ceño

—¿No?

—¿Es que importa que no permanezca encerrada bajo llave las veinticuatro horas del día? —preguntó la chica, sonriendo con frialdad, sin dejarse intimidar.

—Claro que importa —contesto el hombre, tranquilo pero con firmeza— No olvide que se encuentra en el sultanato de Omán, señora Harrell.

—Y si no fueras la señora Harrell, no estarías aquí —intervino

Khalid. Clemence no entendía del todo.

—¿Perdón?

—El acceso de mujeres occidentales al sultanato está restringido —aclaró Jassim— No se sorprenda tanto Es una buena medida de control, aunque tiene sus excepciones.

—¿Como cuáles?

—Se permite la entrada de chicas cuyos padres trabajan aquí, y creo que también para ciertos trabajos.

—¿Trabajar como el mío? —sugirió Clemence.

—No, rayo de sol —el hombre rió insultante—. Me refiero a trabajos importantes, como doctores, abogados y otras personas especializadas. Todos ellos son bienvenidos, pero las puertas están cerradas a las mujeres solteras occidentales.

—¿Por qué? —preguntó Clemence, intrigada.

—Las autoridades no quieren que nos invadan las chicas de taberna —sonrió Khalid—, y las... —se volvió hacia su hermano.

—Cazafortunas —terminó Jassim. Otra vez tenía cruzados los brazos y la hacía objeto de intenso escrutinio—. Algunas mujeres vienen con intenciones de clavar sus garras en los millonarios árabes.

—¡Ustedes están bromeando!

—No estoy bromeando —y ciertamente no lo hacía. Hablaba con una seriedad mortal.

—El porcentaje de explotadoras de hombres es mínimo —protestó Clemence.

—Quizá, pero una manzana podrida puede echar a perder todo el canasto. Y no olvide que este es un país primitivo. Sólo hace dieciséis o diecisiete años que Omán se abrió al siglo veinte. Ahora trata con cuidado de tomar lo mejor del mundo desarrollado y evita lo malo. Y eso se refleja en las restricciones para entrar al país

—Si no fueses la señora Harrell, no estarías aquí —concluyó Khalid.

—No puede ser cierto —empezó Clemence, pero Jassim la interrumpió. Segundos después, comprendió que estuvo a punto de decir algo que la habría metido en problemas. De ahora en adelante pensaría bien lo que diría.

—El impacto del mundo exterior se controla, prohibiendo el elemento nocturno —continuó Jassim con su punto de vista—. Cada

visitante debe tener un patrocinador, así como el hotel se responsabilizó por usted y por su esposo Eso quiere decir, señora Harrell, que tiene la obligación de comportarse.

—Lo hago.

—Manténgase así.

Jassim hablaba con ese tono tranquilo que hizo que los ojos azul-gris de la chica relampaguearan. ¡Cielos! ¿Con qué clase de mujer creía que hablaba? Lista para contestar con acidez, la atención de Clemence se distrajo y agitó una mano.

—¿Seria tan amable de quitarse de encima de mi sombrero? —cuan do Jassim se hizo a un lado y lo tomó para entregárselo, ella lo recibió como si fuera su primogénito—. ¿Tiene idea de lo que cuesta un sombrero como este? —lo retó, dando a entender su disgusto por las insinuaciones sobre su comportamiento. La mirada de Clemence era asesina—. ¡Mi Stetson es demasiado valioso para ser usado como tape te!

—Perdóneme.

La disculpa fue breve, pero sincera. Clemence hubiera preferido que Jassim se rebajara, aunque sospechaba que nunca lo haría. Parecía divertido ante su estallido, y eso la enfureció más. No le parecía agradarle ser el motivo de burla de dos hombres que momentos antes casi la acusaban de adúltera o algo peor. Frunció el ceño, buscando una excusa para justificar su indignación. Nó pudo encontrarla.

—Te compraré un sombrero nuevo —ofreció Khalid.

—Gracias, pero...

—Oh, no. No lo harás —gruñó Jassim. Después de mostrar su diversión, ahora los ojos verdes eran como esmeraldas de hielo. Se quitó su propio sombrero y pasó una mano por su pelo oscuro—. No te atrevas a mezclarte en esto. ¿Tienes deseos de morir?

¿Mezclarse? ¿Morir? El hombre hablaba en acertijos.

—Habla despacio ---suplicó Khalid—. Cuando lo haces como ametralladora, apenas puedo entenderte.

—Aprende con la práctica —la respuesta ocasionó un siseo de frustración por parte de Khalid—. Ya te explicaré después, pero ahora haz lo que te digo y...

—Mi sombrero esta bien —interrumpió Clemence La posición de Jassim la molestaba Pero como deseaba terminar con la reyerta

familiar, se puso el sombrero y esbozó una sonrisa digna de anuncio de pasta dental— No necesito reemplazarlo

Jassim se volvió, haciendo que el corazón de la chica diera un vuelco El enojo del hombre era tal, que Clemence no se habría sorprendido si la tomaba por las solapas y la s hasta zafarle el sombrero de la cabeza. Pero afortunadamente, el momento pasó.

—Perfecto. Todo está arreglado. Si el sombrero necesita algún arreglo, avíseme —ordenó Jassim, con un encanto que la sorprendió. Son rió de manera irresistible, sus ojos verdes brillaban tanto que Clemence tuvo que hacer un esfuerzo por no quedar hipnotizada. De hecho, el hombre era irresistible, formidable—. Podría ser que requiera de cuidado intensivo y, mientras tanto, yo estaría dispuesto a ofrecerle los servicios del mío… —recorrió el ala de su sombrero, que sostenía en la mano—, mientras el suyo está indispuesto. Eso, si está desesperada por un sombrero.

Desarmada por la sonrisa, Clemence estuvo a punto de contestar con amabilidad, cuando recordó que los seis días anteriores, Jassim la es tuvo vigilando. Así que ¡o que hacía con ella no era encantador, sino una clara manipulación.

—Nunca estaré tan desesperada —contestó iracunda—. Y si lo estuviera, sé bien dónde encontrarlo, ¿verdad? Parece que usted es mi más ardiente admirador. Me sentiría muy decepcionada si no lo viera entre el público.

Jassim se puso el sombrero y la miró con detenimiento.

—Entonces será mejor que continúe entre su público, ¿no es cierto? Esta bien, señora Harrell, esa fue mi intención desde el primer momento.

Jassim se volvió para marcharse. El hombre la hostilizaba con vehemencia. Clemence tomó un trago de jugo de lima. Ella y Howard compartían un bungalow dentro de los terrenos del hotel y se hacían llamar marido y mujer, pero nunca llegaron hasta el altar de una iglesia. ¿Cómo reaccionarían todos cuando lo supieran?

CAPITULO 2

M AS tranquilo una vez que su hermano se marchó. Khalid continuó hablando de las costumbres locales, pero aunque Clemence fingió escuchar con atención, su mente estaba muy lejos... con Howard. Durante su relación de cuatro años, él se encargo siempre del papeleo para sus viajes y también llenó las formas necesarias para las visas que permitirían su entrada a Omán. Se preguntaba cómo los habría registrado. Fingir que eran marido y mujer era fácil de sobrellevar superficialmente, pero un engaño en documentos oficiales; era algo muy diferente.

Clemence terminó su jugo y deseó marcharse. Esperó otro poco y, cuando Khalid hizo una pausa, se disculpó y se fue. Rápido cruzó el vestíbulo, llegó a la terraza y bajó hasta el jardín. Necesitaba hablar con Howard y aclarar su posición. ¿Podría permanecer en Omán bajo una situación falsa, y exponerse a que en cualquier momento la colgaran, o tenía licencia especial por ser parte de un espectáculo?

Frente a la puerta de su cabaña estilo andaluz, Clemence se detuvo y frunció el ceño Recordaba que Howard le dijo, antes de irse, que no lo llamara, él se comunicaría con ella. Las llamadas de larga distancia eran costosas, sobre todo desde un hotel, y sabía que era un tacaño. Entre menos se gastara, mejor Pero Clemence quena saber cómo es taba todo por allá, aunque sabía que Yvonne era la única que importa ha para Howard en esos momentos.

Clemence entró, lanzó su sombrero sobre el sofá y tomó el teléfono. Olvidaría la prohibición, se trataba de una emergencia Un mes antes de ir a Omán, Howard se había mudado al apartamento de la chica morena, y trató de localizarlo allí.

—Nadie contesta —le informó la telefonista del hotel—. ¿Insistimos más tarde?

—Sí, por favor —la diferencia de horarios hacía probable que Ho ward y su amiga estuvieran, en cualquier parte; paseando a orillas del río tomados de la mano, de compras en el supermercado, o... ¿en el hospital? La última opción la hizo gemir. Yvonne dijo al despedirlos que no sentía bien y su intuición femenina la advirtió que algo mar chaba mal. Cuando pidió que Howard regresara, sospechaba que todo era un juego de Yvonne. ¿Qué mejor manera

tenía esa chica de demos trar su superioridad que atando a su lado a Howard? Clemence se sen tó en el sofá y se quitó una bota. La reacción del chico no dejaba lugar a dudas respecto a quién tenía los ases en la mano.

Tampoco tuvo éxito a la mañana siguiente. Recostada junto a la pis cina rodeada de árboles del hotel, Clemence se debatía entre dos opi niones. Una: que Yvonne hubiera llamado porque existía el peligro real de perder a su hijo, en cuyo caso Clemence la comprendía. Dos:

que todo fiera un ardid de la morena para recibir a Howard en el aeropuerto diciendo “ Cuando supe que venías, me sentí mejor”. La experiencia le indicaba que dado el carácter de Yvonne, en ese momento podrían estar en cualquier parte.

Volviendo las páginas del periódico, Clemence advirtió que alguien se acercaba.

—¿Disfrutando del sol? —preguntó Otto.

—Si me hubieras preguntado eso hace un mes, habría respondido que sí. Pero ahora... —Clemence llegó a la conclusión de que los baños de sol diarios eran lo más aburrido del mundo. Empezaba a invadirla la claustrofobia. Si tan sólo el hotel estuviera en la ciudad, podría salir a visitar mezquitas o algo así, pero no podía salir a ninguna parte. Porque el hotel estaba en medio de la nada.

—El Al Fon Plaza está ubicado en un sitio muy conveniente para el aeropuerto y los lugares de mayor industria —le dijo el suizo Otto.

—De acuerdo, pero para ir a cualquier parte más o menos interesan te, tienes que tomar un taxi o rentar un auto y viajar kilómetros y kilómetros

—No es apropiado que viajes sola Howard me habló de cuánto disfrutas salir y eso está bien en los hoteles donde trabajaron en Europa. Pero aquí es diferente.

—Y eso es precisamente lo que deseo hacer Salir a explorar

—Para una mujer sola es difícil hacerlo aquí Todavía no nos acostumbramos al turismo y no hay viajes con guía por la bahía. No tengo tiempo libre hasta el jueves, pero quizá te gustaría que te mostrara algunos lugares interesantes ese día.

—Parece buena idea —contestó Clemence, sonriendo

Cuando Otto regresó a sus deberes, Clemence pensó que debía estar desesperada. Una semana antes no habría aceptado su ofrecimiento, pero ahora, gracias a Howard, su aburrimiento la obligaba a aceptar cualquier promesa de acción. Bueno, no cualquier promesa El coqueteo no le atraía y todavía faltaban cuatro días para el jueves y no sabía qué sucedería en ese tiempo.

Pensaba gozosa en un poco de diversión, cuando su felicidad sufrió un revés. ¿Ese cambio, esa diversión alejaría su pensamiento de Jassim Al Fon? Eso esperaba, porque entrelazada con la confusión de su estadía en Omán, estaba la de su actitud hacia ella. Era evidente que para él, Clemence representaba algo así como la béte notre... pero,

¿Por qué? Aunque había pasado demasiado tiempo jugando con las posibilidades, ya no quería continuar haciéndolo. ¿Acaso Jassim tenía aversión por las mujeres, o, más todavía, por las mujeres que tomaban parte en algún espectáculo? Clemence no se consideraba una estrella;

—¿Actuarás en hoteles? —preguntó una maestra horrorizada—.

Eres una de mis alumnas que más prometen. ¡Esperaba que encontrarías colocación en una orquesta sinfónica!

Y es que, además, la mujer no encontraba del todo respetable la futura carrera de Clemence. Hasta sus padres, ambos músicos, se mostraron reacios a permitir que su hija única se mezclara en lo que ellos llamaban “la farándula”. Si se convertía en la chica anónima que tocaba el arpa en alguna orquesta.. Estaba bien, pero ser la chica que integraba el dúo Harreil & Co.... era algo diferente.

—Todos se olvidarán de la música para coquetear contigo —declaró su padre.

—Papá, el dinero que me paguen será más que el que me ofrecen por tocar en conciertos —protestó la chica— 1 podré viajar por todo el mundo!

—¿Pero estás a salvo? —se preocupó su madre

—Desde luego. Y ya crecí. Por otra parte, tendré a Howard a mi lado.

Su padre puso tabaco en su pipa, suspiró y se resignó de mala gana.

—Sí, puedo decir que te cuidará.

Clemence se sentó y pensó que en ese momento Howard no la

estaba cuidando, pero sin duda lo haría Jassim Al Fon en punto de las seis de la tarde. ¿Por qué la tenía en su lista negra? ¿Sería que no le agradaban las rubias? ¿Detestaba las arpas? Quizá...

Nerviosa, ocupó su lugar en el estrado esa noche. Se dijo que debía ignorarlo, que sólo podía pararse frente a ella y mirarla. Cualquier problema, si lo había, era de él Vestía de acuerdo con la música que tocaría, y aunque debía estar de humor adecuado, estaba impaciente. Si tan sólo hubiese hablado con Howard se-sentiría mejor, pero duran te todo el día estuvo llamando sin obtener respuesta.

Durante la primera parte de su actuación, esperaba que llegara Jassim, mirando hacia su lugar de costumbre, pero al no verlo, se preguntaba qué habría pasado. Cantó aleluya cuando terminó y Jassim no hizo acto de presencia.

Cuando llegó al bar para su segunda actuación, tomó el arpa y comenzó a tocar, mirando a su alrededor. Aunque el lugar estaba en penumbra, pronto se dio cuenta de que el hombre del sombrero no se encontraba allí. El número uno de sus admiradores desertaba del club... ¡Eureka!

Su público estaba integrado en su mayoría por europeos y americanos, aunque había también algunos asiáticos y uno o dos nativos del lugar con el traje nacional. Recibieron bien su música. No atraía la atención completa de todos, era demasiado pedir en un bar atestado, pero recibió muchos aplausos cuando terminó sus interpretaciones. Recogía sus partituras, cuando notó la presencia de un hombre que c minaba entre las mesas y advirtió que vestía traje y camisa blanca. Se ría algún director de compañía que quería deslumbrarla con los jueguitos que ella conocía bastante bien. Creían que por viajar por el mundo y hospedarse en hoteles de lujo, serían el compañero ideal en su cama.

—Temía no llegar a tiempo —le dijo el hombre, deteniéndose a su lado

—¡Usted! —exclamó, abriendo los ojos cuan grandes eran.

—¿Esperaba a otro? —preguntó Jassim, insinuando que la chica mantenía ante su puerta filas y filas de hombres esperando.

—No, no —le aseguró.

Jassim estaba recién afeitado, se mostraba diferente. Hasta sus ojos tenían un verde más intenso. Clemence notó la elegancia de su

traje, la blancura clásica de su camisa. Fascinada ante el cambio entre el obrero sudoroso y el hombre de ciudad, la chica permanecía con la boca abierta.

—¿Cuales son las últimas noticias de su suegra? —le preguntó Jassim.

—Oh, ella… esta bien —titubeó

—Qué extraño. Tenía entendido que estaba tocando a las puertas de la muerte.

—Y lo está. Sólo que... quiero decir que no tiene dolores. Está tan bien como puede esperarse en su estado —agregó, ruborizada;

—Eso es un alivio.

—Sí.

Clemence tomó sus papeles y, asintiendo a modo de despedida, se dirigió a la salida. Demasiado pronto descubrió que la seguía.

—La decisión de su esposo de estar al lado de su madre raya en... —hizo una pausa en que la chica sintió un golpe en el estómago— lo obsesivo. Yo estaba en la oficina de Khalid cuando fue a informarlo que debía regresar y parecía... —otra pausa escalofriante— desespera do.

—Y lo estaba. Lo está —aclaró Clemence. No sabía que Jassim estuviera presente en esa entrevista. Howard debió decírselo. por qué tenía que estar allí el hombre que la seguía a todas partes como pantera al acecho?

—Hay algo que me intriga —continuó Jassim, haciendo que sintiera otro golpe en el estómago—. No entiendo cómo es que si saben que es problema del corazón, los médicos pueden señalar la defunción de su suegra con tanta precisión. ¿Puede explicarlo usted?

—Se debilita rápidamente.

—Pues espero que no cambie de idea —la miró suspicaz.

—¿Qué quiere decir?

—Sólo que, para decirlo con vulgaridad, su esposo tiene permiso de ausentarse catorce días, para ver morir a su madre, ni uno más.

Clemence sujeté sus papeles con fuerza. ¿Qué se suponía que tenía en realidad su suegra? ¿Un infarto al miocardio o una operación poco exitosa? Howard sólo le dijo que problemas del corazón, pero demasiado tarde, la chica comprendió que debió repetirle la conversación con Khalid palabra por palabra. La historia

era endeble, pero nunca imaginaron que tendrían que enfrentarse al FBI, representado por Jassim Al Fon.

—¿Trabaja en las autopistas? —preguntó Clemence.

—A veces. Me dedico al concreto de premezclado —volvió a lo mismo, sin permitir que la chica cambiara de tema—. Supongamos que su suegra se demora en morir. ¿Qué pasará entonces? ¿Regresará su esposo la semana próxima tal como prometió? Debe admitir que hay probabilidades de que eso no suceda.

Clemence no estaba preparada para admitir nada y pasó a la terraza por la puerta que Jassim le mantenía abierta. Las luces iluminaban las palmeras y flores, pero esa tierra encantada pasó inadvertida para la nerviosa Clemence. Toda su energía se concentraba en eludir la trampa que él le tendía. Khalid parecía tomar como válida la excusa de Howard de regresar a casa, pero Jassim no.

—Veamos la posibilidad de que su esposo siga ausente —continuó Jassim, bajando por la escalera que iba hacia la piscina—. Ustedes dos habrán cumplido un mes de su contrato para cuando él regrese, con lo cual podrán marcharse. No me parece correcto que cobren la tarifa completa, cuando sólo uno de ustedes estuvo en el estrado, ¿no cree?

—Ya que usted estuvo en la entrevista, debe saber, que Howard sugirió reducir la tarifa —contestó enojada—, y que su hermano se negó.

—Esa concesión se hizo con el corazón y Khalid todavía no aprende lo que cuesta un dólar.

—Mire, si Howard no regresara... pero lo hará —enfatizó Ciernen- ce—, yo insistiré en recibir sólo la mitad del dinero. ¿Ya está contento?

—No Ocho semanas es demasiado tiempo para estar sola, sobre todo cuando su único compromiso es tocar el arpa dos veces cada no che —Jassim hizo una pausa, sin dejar de mirarla entre esas sombras del jardín—. Y' como el diablo aconseja travesuras a los ociosos...

—¿Qué es lo que sugiere? —explotó Clemence Ya era demasiado

—No me premie con esta escena de enojo, rayo de sol —contestó

Jassim—. A diferencia de Khalid, yo tengo un agudo sentido de

la percepción Hay algo sospechoso en su dúo y, sea lo que sea, estoy ‘dis puesto a averiguarlo.

Clemence no supo qué contestar. Sus instintos le aconsejaban aejar lo hablando solo, pero eso habría sido aceptar alguna culpa. Jassim Al Fon se mostraba como su enemigo,, así que.. - ¿cómo debía luchar contra él? Buscaba algo en su contra, cuando al recordar la apariencia del hombre, encontró algo. El era un constructor de autopistas, algo así. Eso era todo.

—Y hay algo que también estoy dispuesta a averiguar —‘declaró la chica—. Le quedaría muy agradecida si me dice con qué autoridad se inmiscuye en los asuntos del Al Fon Plaza.

—Con ninguna —la miró fijamente.

—Entonces me permito’sugerirle que vaya a tratar con su hermano sus temores acerca de los músicos que contrata para el hotel —continuó Clemence, muy seria y, acto seguido, se encaminó hacia su cabaña. Para su consternación, Jassim la siguió, adherido a ella como un hermano siamés—. En otras palabras, métase en sus propios asuntos —agregó la chica, sin dejar de caminar y con la vista al frente.

—De ninguna manera —contestó cortante Jassim, y la tomó por el brazo.

—Suélteme —protestó la chica, pero la sujetó con fuerza. Se encontraban solos en el jardín. Clemence sintió miedo y... algo más. Sin advertencia alguna, se descubrió consciente de la masculinidad de Jassim, de su presencia dominante y sensual—. ¡Suélteme! —le ordenó’ de nuevo, furiosa con él y con ella misma. Antes pensó que Otto sería un compañero agradable, ¡pero su aburrimiento habría llegado al límite si aceptaba la compañía de cualquier extraño malencarado!

—La dejaré en paz si usted deja a Khalid —contestó Jassim, sin soltar su brazo.

—¿Khalid? ¿Que deje a Khalid? —desde que tenía quince años, Clemence tuvo que luchar contra los avances de los hombres y ahora se rió en la cara de Jassim. Los hombres la buscaban a ella, no al contra rió—. ¿Piensa que tengo planes respecto ‘a su hermano menor? ¡Debe estar bromeando!

—No bromeo. . . ‘ , ‘ ‘

—Sea razonable —Clemence movió la cabeza con incredulidad

— ¿Acaso parezco una mujer que persigue a cualquier cosa que usa pan talones?

—Rayo de sol, por lo que yo sé, usted podría ser una bruja. Y no olvide que además de ser usted hermosa, Khalid es impresionable y adinerado.

—¿Lo cual quiere decir que voy a seducirlo?

—Podría tratar.

—¿Tratar? ¿Tratar? —unos segundos antes, el pensar en ella persiguiendo a un jovencito la hizo reír, pero ahora se sentía ofendida. Muy ofendida—. Si decidiera hacerlo, puedo asegurarle que tendría éxito.

—Sólo pasando sobre mi cadáver —bufó Jassim.

Durante unos momentos hubo tal intensidad en sus palabras, que la situación era imposible, irreal, demasiado dramática. Clemence rió, cambiando de humor.

—Khalid es... —dudó un poco— agradable, pero demasiado joven. Está bien, no mucho más joven que yo, pero en experiencia lo es...

—¿Usted tiene mucha? —la interrumpió Jassim.

—Sí —contestó, sólo para comprender la pregunta de doble intención un segundo después—. La tengo porque he trabajado en muchas partes, conozco a mucha gente.

—Ya veo.

El tono de Jassim le indicó a Clemence que veía, pero las cosas equivocadas.

—No pensará que Khalid y yo tenemos mucho en común, ¿verdad? Por otra parte, ¿cómo se le ocurre que dos personas puedan tener una aventura amorosa en medio de un hotel tan concurrido?

—Sencillo. Si lo desean, pueden encontrar muchas oportunidades.

—¿Como cuáles, por ejemplo?

—Como ahora —Jassim movió los hombros y apartó un mechón de cabello rubio del rostro de la chica.

—Convénzame de eso —lo retó.

—Si usted insiste —antes de saber lo que sucedía, Clemence se encontraba en sus brazos.

La presión del beso de Jassim fue tan intoxicante, como

inesperada. Se posesionó de su boca y Clemence, mareada, sintió el llamado del deseo. ¡Pero desearlo no tenía ningún sentido! Atribuyó lo que sentía a la biología, a una jugarreta de la química, pues estar en esos brazos

era algo muy agradable. ¿Pero cómo podía ser agradable si estaba mal?

—¿Qué hace? —preguntó con la respiración agitada y las mejillas ardientes.

—Convencerla, señora Harreli —la soltó, arqueando una ceja—. ¿Tuve éxito?

—¡Sí! —contestó la chica, sintiendo que su corazón se rompía al quedar libre—. Sí, sí, tuvo éxito —gritó, con voz descontrolada y sin aliento.

—Entonces probé mi teoría —dijo Jassim y se marchó, sin prisa alguna, como el ganador que de un golpe derriba a su oponente. ¡Y ella que se sentía desmadejada! Pasó el dorso de la mano por su boca, reviviendo la caricia de momentos antes. Se volvió para dirigirse a su cuarto, ordenándose olvidar ese beso que nada significaba. Nada. Antes la habían besado, pero nunca como ahora, nunca con tales... fanfarrias.

Deseó no haber dicho que la convenciera, ya que, ahora que lo pensaba, sus palabras fueron una provocación aunque no las dijo con esa intención. ¿O sí? No, el coqueteo no era su estilo y hasta que la tomó por el brazo notó esa atracción sexual, fue consciente de su condición de mujer, suave y anhelante. Fue consciente de Jassim como hombre, poderoso y pujante. Pero más que nada, la atracción fue mutua. Igual que un molesto mosquito, pequeño e irritante, la atracción flotó entre ellos. Y aunque él mismo lo negara, había deseo en la profundidad de sus ojos verdes antes de besarla. ¿Por qué colaboró? Lo hizo durante un segundo, pero fue suficiente para arruinar su imagen de mujer casada.

Clemence entró en el cuarto, y se acercó al teléfono, desesperada por escuchar una voz familiar. Si de nuevo Howard no contestaba, hablaría a su propia casa. En caso de que sus padres no estuvieran, con testaría su hermano. Sin duda el joven querría hablar del último concierto de rock, pero en esas circunstancias, sería suficiente para Clemence, Esperó que la operadora marcara el numeró de Yvonne, que ya debía saber de memoria. Sonó y sonó y, sorpresivamente,

con testó una voz masculina.

—¿Hola?

—Hola, Howard. Soy yo —Clemence esbozó una amplia sonrisa.

—Clem. ¿Te encuentras bien?

Al escuchar esa voz, Clemence se sintió mucho mejor. Ya se creía en un ambiente seguro, sola pero por unos cuantos días. Esa noche un hombre la besó, mas eso no era razón para alarmarse. Aunque Howard hubiese adoptado papel de guardián, ¿acaso ella no era capaz de cuidarse sola?

—Estoy bien. ¿Y tú? ¿Cómo se encuentra Yvonne? —preguntó, con voz cálida—. Espero que los temores fueran falsa alarma.

—Lo fueron, gracias Dios. ¿Por qué me llamas? Nos costará un ojo de la cara y sabes que lo deducirán de nuestro sueldo.

El gozo de la chica decayó. Aunque trabajaran juntos y fueran como uno solo, ahora era diferente y siempre parecían luchar en una guerra fría.

—No te preocupes. Yo pagaré la llamada —dijo, muy seria—. No te descontaré w solo centavo. La razón por la que te llamo es que quiero saber cómo me registraste en las formas para entrar a Omán, como soltera o casada.

—Como casada. ¿No recuerdas que Bernie dijo que sería más senci llo si llegábamos como esposos?

—Sí, lo recuerdo, pero... -

—Con frecuencia decimos que eres mi esposa.

—Lo decimos por conveniencia, no para quebrantar las leyes —le indicó, cortante—. Y creía que todo se reducía al hotel. No sabía que me harías pasar como tu esposa en documentos oficiales.

—Bernie aseguró que así sería más fácil y que no habría consecuencia Al pensar en su agente, ávido de dinero, Clemence estalló:

—Con tal de obtener su comisión, ese hombre te aseguraría que no te pasaría nada si pones la cabeza en la guillotina. Para él es muy fácil quedarse sentado y decir que no hay problema con las autoridades, pero aquí la realidad es muy diferente —procedió a contarle lo que Jassim le dijera.

—¿Así que contravinimos las leyes? —murmuró Howard cuando ella terminó.

—Sí. Pero quiero saber qué pasará si alguien revisa mi

pasaporte.

—Escucha, Clem. Ya estás en Omán, fait accompli, así que olvida los porqués y demás. Si nadie sabe que no eres la señora Harreil, nadie

se preocupará. Pero, por favor, compórtate y asegúrate de no discutir lo con nadie. Ni siquiera con Otto. Tiene manía por hacer bien las cosas y es muy capaz de avisar a las autoridades de inmigración. No por despedirte, sino por aclarar las cosas. Pero no debemos inmiscuir a nadie. Diablos, podrían notificar a la embajada británica que eres persona non grata y el paso a seguir sería enviarte esposada en el primer avión de regreso.

Clemence no resistió el deseo de .contestar con ironía:

—Gracias, Howard. ¡Ahora me siento mejor!

—Pero eso no sucederá —agregó Howard—. Y no hagas alharaca. El hotel nos paga muy bien, así que tranquila, nena. Lo estás haciendo muy bien.

—¿Y por qué no me acompañas en esto que hago bien? ¿Cuándo piensas regresar? —se hizo un silencio y luego escuchó que Howard se aclaraba la garganta. Mala señal—. ¿Ya compraste tu boleto? —insistió Clemence.

—Todavía no.

—¡Howard!

—El doctor está tratando a Yvonne, pero...

—Lo que más me asombra es que hayas sido tan irresponsable como para embarazarla —se quejó la chica.

—Olvidó tomar la píldora.

—¿Olvido? —preguntó Clemence, suspicaz.

—Sí. Es fácil hacerlo al calor del momento. ¿Recuerdas cómo te sentías acerca de ese chico, Ralph?

—Eso era algo muy diferente —objetó Clemence—. Pudiste tener la decencia de esperar a que termináramos el trabajo en Omán antes de correr a su lado. Es nuestra última actuación.

—¡Ten piedad de mí!

—Entonces, ¿cuándo te espero? —preguntó Clemence.

—No antes de... —aclaró de nuevo su garganta—. Estoy seguro de que a Khalid no le importaría si extiendo mi ausencia a un mes completo.

—¿Un mes? ¿Pretendes estar fuera todo un mes? —protestó

Clemence, horrorizada—. Bueno, puede ser que Khalid no se oponga, ¡pero yo sí!

—Actuando sola estás muy bien. No debes temer nada ese respecto —contestó Howard—. ¿No fuiste tú quien sacó todo adelante cuando me fracturé el dedo en Dusseldorf?

—La parte musical no me preocupa, sino violar el contrato. Khalid no dudó en dejarte ir cuando se lo pediste, pero quedaste de regresar formalmente.

—¿Y si en vez de un mes entero fueran tres semanas y media?

—Eso no es mucha concesión.

—Tengo cosas que hacer aquí.

—Pero también tienes algo que hacer aquí en Omán —le recordó—. Como cumplir con un contrato.

—No creo que Khalid presente alguna querella.

—No me importa. No es suficiente.

—Pero si él está feliz, ¿por qué tú no? —le suplicó—. A nadie le gusta un dolor en el cuello, Clem.

—Entonces no te conviertas en uno

—Un mes o menos que la pases sola no durará para siempre —dijo Howard, conciliador.

—Ese no es el caso.

—¿Tienes objeción a vivir en medio de ese lujo?

—No. A lo que pongo objeción es a...

—¿Te gustan los rayos del sol?

—Sí.

—Pues alégrate y disfrútalo —le aconsejó Howard—. Muchas chicas darían un brazo por estar en tu lugar, Clem. ¿De acuerdo?

Clemence suspiró. Años de vivir al lado de Howard le enseñaron cuándo podía continuar discutiendo y cuándo no.

—Supongo que sí —accedió la chica.

—¿Entonces limarás asperezas con el joven jefe? Gracias, eres una gran compañera. Si es preciso reponer uno o dos días, lo haremos al final —se apresuraba a hablar, teniendo en cuenta el gasto del teléfono—-. Sonríe, muestra un poco de tus piernas. Al joven Khalid le agra dan las damas. Daría cualquier cosa por tenerte en su harem.

—No digas tonterías —protestó Clemence

—Debo colgar. Yvonne espera afuera en el auto y se preguntará

por qué no salgo Llamaste en el momento en que Íbamos a ver una sala de música que esta en venta Es lo que siempre quisimos —se interrumpió y volvió a toser—. De hecho, ya di el depósito. Eso agotó mis fondos en efectivo, así que el dinero que consigas será vital. Después de ver la tienda, nos tomaremos dos días libres.

—Dijiste que estabas en bancarrota —dijo Clemence, severa.

—Todavía no. Adiós.

Howard terminó la llamada dejándola con muchas preguntas sin res- puesta. Como por ejemplo, ¿dónde estaban él y su novia? ¿En dónde podía localizarlo en los siguientes días? ¿Cómo estaba su mamá, se recuperaba o agonizaba? Aunque en realidad, su madre era una persona hiperactiva de sesenta años. ¿Qué fue lo que dijo exactamente a Kha lid? Con insistencia pidió a la operadora que volviera a llamar, pero cuando sonó el teléfono en Londres, nadie contestó. Lo cual significaba que estaba muy expuesta a lo que Jassim Al Fon quisiera hacer con ella.

CAPITULO 3

L A tarde siguiente, Clemence interpretaba su programa, cuando Jassim hizo acto de presencia, haciéndola sentir un nudo en el estómago. Esa mañana, la necesidad de explicar la prolongada ausencia de Howard la hizo levantarse y desayunar demasiado temprano. Después esperó a Khalid, quien tardó horas y horas en llegar, y cuando apareció, ella ya estaba con un ánimo nada conveniente. Con una sonrisa forzada le explicó que su esposo necesitaba otros días de gracia. Estaba muy apenada, pero... ¿sería posible?

—Por supuesto —contestó Khalid, aceptando la situación del estado de salud de la suegra de Clemence.

Pero Jassim no lo aceptaría. Cuando su presencia se prolongó cinco minutos, luego diez y después veinte minutos, Clemence supo que la esperaría para hablar con ella. El nudo en el estómago se apretó más y cuando Jassim se acercó al fimalizar sus interpretaciones, la chica se sintió francamente acalambrada.

—Su suegra arruinó el plan —le dijo, haciendo su sombrero hacia atrás—. Tal como se lo dije.

—Bueno, se recuperó un poco —replicó Clemence, desafiante—. Howard y yo estamos felices..

—¿Usted y su esposo están es comunicación constante? —preguntó, suspicaz á lo que iba a contestarle la chica—. Si es así, debe estar gastando una fortuna. Una sola llamada a Brisbane por poco me deja en la quiebra

—No es así —contestó Clemence Se negó a dejarse engañar Segura mente ya había investigado con la operadora todos sus intentos por comunicarse con Howard y que sólo uno tuvo éxito—. Antes de que se fuera acordamos llamar sólo si era estrictamente necesario —continuó, a manera de explicación—. Estamos ahorrando para... comprar una casa.

—Pues con lo que les pagan aquí, ya están en de comprar un apartamento en el mismo Palacio de Buc

Clemence estuvo de acuerdo a medias, pero no lo aceptaría en su presencia. Tomó sus partituras y, con ellas bajo el brazo, caminó hacia la salida. ¿Qué pasaba esa noche? ¿Por qué la Seguía? De seguro otro interrogatorio, pero había algo más.

—¿No dejé ya en paz al junior? —y antes de pasar por las puertas que conducían a la terraza, tronó—: ¿Tiene que seguirme como si fue-O ra mi sombra?

—Sí —respondió Jassim, tomándose su tiempo.

—¿Pero por que No hice nada malo, ni tengo la intención de hacerlo

—¿No? Pongámoslo de esta manera. Usted es una mujer casada, pero anoche me acorraló y me besó. ¿No está mal eso?

Clemence lo miró. Con ese hombre no estaba a salvo. Arreglaba las cosas según su propia conveniencia.

—¡Usted me besó! —protestó, con el rostro arrebolado, pero agregó—: Y me dejó helada.

—Eso no fue lo que me pareció.

—Me... me... sorprendió.

Jassim gruñó, y el sonido indicaba dos cosas: una, que la disculpa de la chica no era buena; dos, para él ese beso nada significó. Deseó que a ella tampoco le importara.

—Es lo mismo —contestó Jassim—. Sin embargo, una cosa en la que somos diferentes, es que soy un hombre sin compromisos, mucho más de lo que se pueda decir de usted, señora Harreli.

Qué tentador le pareció el momento para decir la verdad, pero estaba segura que de hacerlo, la enviaría de regreso a Londres. Esa era la ventaja de él. Pero no, allí estaba y allí se quedaría, aunque significara dormir con un ojo abierto Por que iba a permitir que ese fanfarrón arruinara su contrato lucrativo, como él mismo lo calificaba? Howard dependía de ese dinero y, al menos por los viejos tiempos, ella debía defender su posición, aunque no sólo se beneficiara Howard. Cuando el dúo se desintegrara, el ti pensaba seguir tocando sola, aun sin saber si tendría trabajo suficiente como arpista Con el paso de los años, Clemence ahorro dinero, pero si incrementaba los ahorros, todo sería menos difícil.

—¿Harrell y compañía está acostumbrado a recibir paga de rey por sus servicios? — Jassim, demostrando tener dotes telepáticas.

—No —admitió Clemence. Debía saber que estaban lejos de recibir el sueldo de Liberase, así que se hacía innecesaria cualquier mentira al respecto.

—Entiendo que la música popular hace desmerecer su reputación. Pero no se subestime, es magnífica tocando el arpa —

comentó, con una sonrisa.

La alegría la invadió, pero la reprimió rápido. Un cumplido departe de Jassim no era como para que se comportara como si fuera Navidad. Aun así, no pudo evitar una contestación locuaz.

—Nuestro agente recibió una llamada de origen desconocido preguntando por nosotros. Los términos de la oferta eran tan fantásticos, que no la pudimos rechazar.

Jassim dirigió la contestación y después preguntó:

—¿Usted ya conocía a Khalid?

—No. ¿Cómo podría conocerlo si es la primera vez que estoy en Omán?

—El estuvo dos semanas en Londres el año pasado. Si no recuerda a Khalid, seguramente recuerda a Leyla, quien estuvo el mes pasado en París. Es difícil dejar de verla porque es una mujer de aspecto dramático… tiene ojos oscuros, cabello negro y se viste con Ives Saint Laurent. Todos la ven cuando entra en algún lugar, y si no es así, se asegura de saber por qué —agregó torciendo la boca con ironía—. De be haber sido en marzo cuando la señora Al Fon y su bienamado hijo honraron a Londres con su presencia.

—Howard y yo estuvimos en Roma el mes de marzo —recordó Clemence.

—Roma, ciudad romántica. Ideal para una luna de miel —la miró—. ¿Hace cuánto que están casados? Noté que no lleva anillo de matrimonio.

—Lo… lo perdí hace unas semanas. Nos casamos hace tres años.

—¿Y tienen un matrimonio abierto? Ya sabe, usted por su lado y él por el suyo, sin ninguna recriminación.

—¡Basta! —replicó, enojada—. Mi vida privada no es asunto suyo. ¡Cielos! Estoy segura de que le encantaría atarme las manos, sentarme en una silla y enfocarme con un reflector, ¿o no?

—Sería buena idea —replicó Jassim, con algo parecido a una sonrisa.

—Y para ahorrarle la molestia de preguntártelo, le diré que el con tacto de hoy con su hermano menor se prolongó durante sesenta segundos. Sin embargo —declaró Clemence—, me desayuné dos hombres.

—¿Se da cuenta que el adulterio se considera ofensa grave aquí en Omán? —el asomo de sonrisa había desaparecido.

—¿Y también es muy cierto que no he cometido ninguno!

Esa contestación lo desarmó, haciéndolo fruncir el ceño y frotar su

mentón. -

—Señora Harreli... —empezó.

—Me llamo Clemence y no soy ninguna femme fatale Acepto que mi vestuario en escena es a veces algo... llamativo, pero de ninguna manera es un reflejo de mí misma.

—¿Será reflejo de' mujer sensual?

—Reflejo de elegancia —contestó, notando otra vez esa media sonrisa que de pronto estaba llena de diversión, alejando así el mal humor de la chica—. No quiero tener más discusiones con usted de ahora has- fa el día en que me vaya, así que... ¿por qué no hacemos una tregua?

—suplicó Clemence, aprovechando ese repentino gesto de buen humor—. Le doy mi palabra de honor de que Khalid no me interesa, y tampoco ningún otro hombre.

—¿Solo le interesa su esposo?

—Sí —cómo deseó haberlo dicho ella primero. Jassim se dedicó a analizar el ala de su sombrero.

—¿Y de qué forma quiere que hagamos la tregua? —le preguntó.

—Desde luego, que se terminen sus patrullas diarias.

—No estoy convencido de que sea prudente —contestó Jassim, inexpresivo.

—¿Se da cuenta de que mis interpretaciones sufren sabiendo que en cualquier momento llegará usted a disecarme? —imploré—. Mi actuación no se enriquece así.

—Será mejor que siga viniendo. Por el momento —dejó de inspeccionar su sombrero y levantó la cabeza para reír con ella—. Pero en el futuro puedo canturrear, silbar la melodía o llevar el ritmo con el pie —le sugirió con pesado acento australiano—, O quizá pararme cerca del estrado para cantar, conforme usted toca.

—No, gracias.

—Entonces, ¿debo permanecer en mi rincón y tratar de pasar inadvertido?

—¡Pasaría tan inadvertido como una tarántula en la tina del baño!

—Eso me lastima.

—¡Sus patrullas diarias también me lastiman —declaró Clemence—. Mi intención de una tregua significa que deben cesar sus ridículas inspecciones de detective aficionado. Llegar a las seis en punto todas las tardes no lo acerca más a mi.

—¿Y si me niego?

—Entonces, haré las cosas a mi manera —dijo, tratando de parecer misteriosa, pero su voz sonó avinagrada, adivinando que el buen humor de Jassim terminaba.

—Adelante, haga las cosas a su manera. Pero no olvide que la estaré observando y —los ojos verdes relampaguearon— esperaré los acontecimientos conteniendo el aliento.

Fiel a su palabra, Jassim llegó puntual la tarde siguiente. Sin embargo, esa vez restringió su visita a cinco minutos y no hizo ninguna pregunta, mientras que Clemence deseaba todo lo contrario. Habiendo demostrado que era una persona razonable, sus sospechas debían estar basadas en sólidas motivaciones, pero, ¿cuáles? A menos que se lo preguntara, las posibilidades de Clemence de averiguarlo, eran nulas.

Los días siguientes estuvieron llenos de emoción esperando el paseo en compañía de Otto, pero el jueves por la mañana, cuando él llegó a su puerta con rostro compungido, supo que la salida no se llevaría a cabo.

—Detesto fallarte —se disculpó—, pero hace años que no me dolía una muela y... —pasó una mano por su mandíbula—... a cada momento empeora la molestia Necesito ir a que me revise un dentista y el único día que puedo hacerlo es hoy.

—No te preocupes por mí —lo tranquilizó Clemence.

—Saldremos sin falta el próximo jueves

La chica asintió ocultando su decepción.

Llenó el tiempo lo mejor que pudo. Agregó otras melodías a su repertorio, leyó con avidez y aprendió de memoria cada piedra y calle del pueblillo de pescadores cercano. Howard no llamó, pero Khalid y Otto se detenían a charlar con ella; Jassim los imitaba.

Asistía todas las noches y en algunas ocasiones llegó cuando ella terminaba sus interpretaciones. Cada vez, sus charlas estaban dedicadas exclusivamente a la música, y pedir alguna explicación

por el comportamiento de Jassim no era posible, pero con ella actuaba agradable y hasta de buen humor, tanto, que la misma Clemence era consciente que se divertía más con él que con el estirado Otto, pero como el suizo era su escolta, pronto se encontró esperando el próximo jueves.

Clemence se dirigía a toda prisa al bar donde tocaría en unos minutos, cuando Khalid se le acercó para decirle:

—Haremos carne asada mañana por la noche ¿Vendrás?

—Me encantaría —contestó Clemence mirando el cartel que anunciaba la "noche de gala" semanal del Plaza—, pero con las dos presentaciones, apenas tendré tiempo.

—¿Puedo sugerirte una solución? Si no tienes objeción, puedo can celar tu segunda presentación de mañana. Un grupo hindú ha estado insistiendo en que les dé una oportunidad y mañana me parece perfecto para su prueba decisiva.

Clemence aceptó. No era presuntuosa respecto a su música y sabía que su auditor podía prescindir de una actuación.

—Gracias. Y ya que estarás libre, yo te llevaré al lugar —estableció Khalid—. Durante dos días estuve muy ocupado con unas conferencias, pero mañana me dedicaré a haraganear. Pasaré por ti después de tu primera presentación. ¿Está bien?

—Perfecto.

Mientras practicaba al día siguiente, Clemence pensó que la vida empezaba a brillar. Otto tenía planeado un recorrido para ella y esa noche tendría cena de gala. Aunque ella y Howard no podían asistir a esos eventos, por sus actuaciones, Clemence anhelaba acudir a uno. Cada semana el cheff programaba una cena de diferente país. ¿Acaso ahora disfrutarían de la cocina italiana

Cuando Jassim llegó, a las seis en punto, Clemence lo esperaba con una sonrisa deslumbrante Podría decir que se sorprendió, pero pronto se recuperó y le sonrió. ¿Por qué llegó a considerarlo como un cazador al acecho?, se preguntó cuando él se despidió unos minutos después. Más parecía un ángel guardián y que ella estaba en el cielo. ¡Qué diferente le parecía todo desde que él apareció en su horizonte!

—¿Lista? —preguntó Khalid, cuando terminó la presentación.

—Todavía no. Debo ir a cambiarme, pero no tardaré ni cinco minutos.

—¿Para qué te cambias? —preguntó Khalid con cara larga.

—No esperarás que deambule por allí toda la noche con esta ropa, ¿verdad? —preguntó Clemence, con

Esa ropa consistía en una delgada túnica dorada, cuyo escote podría resultar peligroso, por lo cual llevaba una chaqueta, pero le era difícil caminar pues llevaba unas sandalias de tacón altísimo.

—Déjate esa ropa. Hazlo por mí —le suplicó Khalid.

—Será mejor que no —contestó Clemence, protesta que no le sirvió de nada, pues el joven árabe la tomó por el codo y la guió hacia la salida— No debíamos salir por este lado —pregunto, mirando las puertas que conducían al jardín.

—Espera y verás —la llevó hasta su auto deportivo de color rojo y, sonriendo, agregó—: Sube.

—¿La barbacoa no se servirá en el jardín, junto a la piscina? —preguntó Clemence extrañada. ¿Acaso interpretó mal su invitación? ¿Se trataba de otro malentendido en el idioma?

—No asistiremos a la carne asada en el Plaza. Te llevaré a otra lugar en la costa —contestó Khalid rodeando el auto para conducir —. Sube —insistió—. No debemos hacerlos esperar.

¿Hacerlos? Clemence comprendió. Lo que Khalid esperaba era llegar a alguna fiesta para presumir de su auto y de su compañía. La idea le pareció digna de un adolescente, pero si eso contribuía un poco a inflar su vanidad masculina, lo haría. Khalid cooperó bastante cuando Howard pidió permiso para ausentarse, así que seria mezquino de su parte no corresponderle ahora.

Subir al auto deportivo fue una incomodidad para Clemence, pero al fin lo logro La menera de conducir de Khalid también era digna de un adolescente y salieron esquivando por pequeñísimo margen a un auto y aterrorizaron a un hombre que corría por la acera. El cielo del atardecer presentaba colores que iban del rojo intenso al azul oscuro, pero ella no prestaba atención al paisaje, sino al tránsito. Al llegar a

la autopista, Khalid rebasó cuanto vehículo pudo, siempre a expensas de conductores que los premiaban con miradas de terror o gritos de alarma.

—¿Qué tan lejos vamos? —preguntó Clemence.

—No muy lejos.

La chica quiso preguntar qué tan lejos era no muy lejos, y como

Khalid se volvió a sonreírle, decidió que no era prudente que el joven mantuviera la vista alejada del camino, por lo que prefirió callar Pasaron por un estadio iluminado y, en comparación con los terrenos del hotel, el paisaje que ahora veía era seco y estéril La emoción sustituyó al miedo y, sonriendo, Clemence pensó que al día siguiente Otto le mostraría todo a la luz del sol

Pasaron una colina, después otra y muchos kilómetros adelante, aunque no había pasado mucho tiempo, Khalid viró en lo que parecía el lecho seco de un río. Frente a ellos sólo se veía la salvaje arena y la grava iluminadas por la luna Un poco de respeto hacia la suspensión del auto habría hecho disminuir la velocidad a cualquier otro conductor, pero el joven árabe continuaba con el acelerador al fondo Con un redimido de neumáticos, salieron del lecho del río para encontrarse de frente con unos muros amenazadores a muy poca distancia. Clemence contuvo el aliento. El choque parecía inevitable, y cuando el auto esquivó los muros y se detuvo, la chica se sintió débil.

Temblando, miro a su alrededor, mientras Khalid le abría la puerta. Estaban en una diminuta Bahía digna de una tarjeta postal, donde la arena parecía azúcar y una solitaria palmera se mecía bajo la brisa nocturna. Clemence escuchó cómo las olas llegaban y se alejaban.

—¡Qué belleza! —dijo Clemence.

—No tan bello como tú —Khalid le tomó una mano que se llevó a los labios—. Tu belleza me recuerda a la de una magnolia.

La chica lo miró con desdén, reprimiendo la idea de preguntarle en qué libro leyó eso El admirador que conoció en Roma era bastante prodigo con sus elogios, pero en Khalid tenía un verdadero rival y ahora la mirada y la forma en que sostenía su mano hablaba de su fervor.

—Gracias —contestó Clemence, apartando la mano.

Quiso caminar rápido, pero al primer paso su tacón se hundió en la arena y, al segundo, por poco pierde el equilibrio. Se inclinó para descalzarse, cuando un movimiento atrajo su atención. A lo lejos, entre las sombras, se encontraba una tienda beduina. A un lado estaba una fogata y una figura vestida de blanco con el tradicional shemag de Omán en la cabeza. La escena parecía sacada de Las mil y una noches, y si Simbad hubiera salido en ese momento del mar,

Clemence no se habría sorprendido.

—Te gusta vivir bien —comentó a Khalid.

—Ingrid y yo disfrutamos de nuestras citas de amor en la tienda

—respondió Khalid, visiblemente arrogante—. Supuse que a ti también te agradaría.

—¿Y quién es Irigrid?

—Una amiga, igual que tú —y a continuación siguió con sus cumplidos melosos.

Con las sandalias en la mano, Clemence lo siguió. Ahora ya no hacía tanto calor, soplaba una brisa fresca y sintió en sus pies la suave arena. Era un lugar perfecto, una noche perfecta y Khalid le comparaba ahora el cabello con "dorados mechones de seda" cuando su estómago protestó. ¡No todo era perfecto! Tenía hambre y eso la hizo pensar en que algo faltaba. ¿No debía flotar en el aire el aroma a carne asada? ¿En dónde estaba la comida? Pero sobre todo... ¿en dónde estaba la gente?

—No veo a ningún invitado —dijo la chica al ver el auto solitario.

—No hay más invitados —sonrió Khalid con inocencia—. Esta no che sólo para nosotros. Mahmoud hará guardia... sólo como medida de precaución. Lo entiendes, ¿verdad? Pero no temas, es de confianza.

Quizá lo fuera su sirviente, pero no Khalid, quien en ese momento daba órdenes en árabe al hombre vestido de blanco que estaba junto a la fogata.

—Antes hablaste de más asistentes —le dijo Clemence, poco después—. Deliberadamente diste la impresión de que nos reuniríamos con una multitud y lo siento, pero no me gusta que me engañen.

—No te engañé —le sonrió—. Todo fue... una mentira blanca. Y ahora eres mía para hacer lo que deseo. Como lo dijo Howard.

—Estoy segura que él no lo dijo así —objetó Clemence, mientras el joven árabe la tomaba por la cintura.

—Claro que sí. Cuando le pregunté si le molestaba que hablara contigo, que fuera tu amigo, sus palabras fueron... "No te preocupes por mí. Clemence es toda tuya. Tómala"

—¡Pero no hablaba literalmente! —presionó sus manos contra el pecho de Khalid previniendo el abrazo que veía venir, aunque sin

mucho éxito. El joven, aunque de figura pequeña y delgada, tenía mucha fuerza y rodeándola con ambos brazos, jadeó en el cuello de Clemence—. Lo entendiste mal —insistió ella—. Howard utilizó el sentido figurado.

—Tienes una figura encantadora... senos firmes, cintura pequeña, caderas redondeadas. Deja que te vea —y antes que pudiera detenerlo, Khalid le zafó la chaqueta y la arrojó en la arena —. Figura adorable —repitió mirando los senos bronceados de Clemence—. Y veré más cuando nos bañemos desnudos en el mar.

—¡Si estás pensando que haré eso contigo, permíteme desengañarte!

—¿Qué dices? —el joven frunció el ceño extrañado, pero entonces su expresión se aclaró—. ¡Ah, tienes miedo de las serpientes marinas Está bien. Sólo permaneceremos desnudos en la tienda.

—¡Desde luego que no!

Contra su cuerpo, Clemence se dio cuenta de su estupidez. Permitió que la llevara a lo desconocido un joven cuyo comportamiento indicaba que interpretó su cordialidad como otra cosa, además de interpretar las caballerosas palabras de Howard como el mismo Evangelio. Demasiado tarde, también, recordó las palabras del mismo Howard cuan do se refirió a que el joven árabe quisiera tenerla en su harem. La idea le pareció sombría, pero la razón para llevarla a esa remota bahía era tan clara como el cristal.

—Khalid, yo no estoy interesada en... una aventura.

Clemence hizo un gran esfuerzo por apartarse de ese abrazo, pero no tuvo éxito. Khalid se negó a dejarla libre. La chica continuó la lucha, gritando enojada, pero el joven árabe sólo rió y apretó más el abrazo. Entonces la chica empezó a ser presa del pánico. Hasta ese momento se mostró aprensiva, pero trató de hacerlo entrar en razón. La risa de Khalid lo cambiaba todo. Ahora no era un joven sin fuerza, sino un lobo fríamente calculador. Todo esa noche, la tienda, el guardia, todo fue planeado con anticipación, igual que una estrategia militar. Y el general estaba dispuesto a ganar.

—Lucha, capullo mío —la animó---. Ingrid acostumbraba luchar, pero la domé, igual que te dominaré a ti.

—¡Eso nunca! —Clemence trató de escapar del aliento que abanicaba su rostro. Las manos de Khalid empezaron a moverse

buscando la cremallera del vestido—. ¡Auxilio! —gritó Clemence, aunque bien sabía que nadie llegaría en su ayuda. El sirviente no intervendría, estaba segura, y las probabilidades de que alguien en un bote proveniente del mar llegara a salvarla, eran nulas.

—Tu no quieres que alguien venga en tu ayuda —rió Khalid—. Conozco las... ¿cómo las llaman ustedes?... flaquezas de las mujeres occidentales. Sé cuánto les gusta luchar. Continúa peleando, mi apasionado capullo.

—No soy tu apasionado capullo —jadeó Clemence, apartándose lo poco que se lo permitía el abrazo.

—¿No? Pues pareces tan modesta como un pastel de manzana, pero ya he notado el movimiento de tus caderas.

—Estás hablando tonterías —agregó Clemence, tratando de imponer autoridad a sus palabras—. ¡Y quiero que me lleves de inmediato al hotel!

—Te llevaré después, mucho después. Dentro de dos o tres días.

Khalid trató de llevarla hacia la tienda.

—¿Dos o tres días? —repitió Clemence, mirándolo con detenimiento.

—Ya te dije que iba a holgazanear.

—Holgazanear —corrigió Clemence, automáticamente.

—Como se diga. Y cuando descubras con cuánta experiencia trato a una mujer, dos o tres días no te parecerán largos. Más tarde, esta noche, te llevaré a mi escondite y allí nos uniremos una y otra vez. Descubrirás que los árabes somos los mejores amantes del mundo.

—Me doy cuenta que piensas que Roward me entregó a ti, pero estás equivocado —empezó la chica—. Por el contrario, si llega a saber lo que haces conmigo...

—No le importará —contestó Khalid, abriendo la tienda. Cuando sus ojos se adaptaron a la penumbra, Clemence advirtió que estaba en lo que bien podía describirse como la esencia de Arabia. En un rincón de la alfombrada tienda había muchos cojines de colores rosa y escarlata. Bajo una lámpara de aceite, se encontraba una mesa baja con aceitunas, nueces y dulces; otra más contenía un servicio de café. El aire estaba pesado por el aroma de rosas que flotaba en un incensario de plata. En otras circunstancias, Clemence habría quedado encantada en ese retiro de amantes, pero ahora lo

único que sentía era terror.

—Por favor, es que no comprendes —empezó de nuevo, mientras Khalid le volvía el rostro para verla. Ella trataba de apartarse pero sus intentos sólo lo azuzaban. El dijo algunas cosas en árabe y después prosiguió en su meloso inglés:

—¿Eres tan difícil con tus otros amantes, querida? ¿Antes de entregarte te gusta ponerlos frenéticos?

—No tengo ningún otro amante. ¡Ayy! —gritó cuando Khalid mordió su oreja.

—¿No te gusta esto? A Ingrid sí.

—Pero yo no soy Ingrid, y no me gusta que me muerdan. Ni me gusta que me llamen querida. Pero sobre todo, no me gusta que me hayas traído aquí.

—¿No te agrada la playa? —las facciones infantiles del árabe mostraban extrañeza—. Está bien. Iremos a mi retiro.

--¿No!

Si khalid se las ingeniaba para meterla en una casa, sería práctica mente su prisionera y supo que debía escapar en ese momento. Si la memoria no le fallaba, notó que Khalid dejó las llaves en el auto, así que... ¿Cómo quedar libre? Luchar como enajenada era inútil. Piensa, piensa, se decía. Entonces sonrió y se acercó a la mejilla de Khalid, quien sonrió. Si éste conociera la palabra capitulación, de seguro la habría gritado en ese momento, pero como bajó la guardia y murmuraba palabras en árabe, Clemence aprovechó el momento para levantar la pierna y golpear con la rodilla la ingle del joven con toda la fuerza de que fue capaz. En un segundo todo cambió. Khalid se tambaleó hacia atrás, el rostro contorsionado por el dolor y la sorpresa.

Clemence salió de la tienda hacia la playa. Corrió y corrió pero, al igual que en las pesadillas, no llegaba a ninguna parte. La arena que antes le pareció azúcar, ahora se había convertido en pegamento, y a pesar de que sentía que le dolían los pulmones por el esfuerzo que hacía, no avanzaba casi nada. Los metros que la separaban del auto se convirtieron en kilómetros. ¡Si tan sólo tuviera pantalón en vez de ese ridículo vestido!

En medio de su loca carrera, distinguió una figura entre las sombras. Corría hacia ella cuando escuchó un ahogado grito en árabe. Detrás de ella se escuchaban pasos y una respiración agitada

y se dio cuenta de que la seguían. Dio una rápida mirada sobre el hombro y reconoció al sirviente. Levantó una mano y Clemence distinguió algo brillante en ella. La chica se recuperó y corrió más aprisa. Si el sirviente tenía un khanjar en su cinturón, lo que llevaba en la mano no podía ser más que... ¡una daga! Con el corazón a punto de estallar por el miedo, se dirigió a toda prisa al lugar donde se estacionó Khalid, y subió al auto. El vestido se desgarró, pero no le importó ni le habría importado en ese momento si no llevaba nada puesto. Lo único que le interesaba era escapar. Con el sudor corriendo por su frente y la respiración entrecortada, trató de poner el auto en marcha mientras de re ojo notaba que el sirviente se acercaba más y más.

—Gracias. Gracias —murmuró Clemence cuando el motor se puso en marcha.

Viró salvajemente, como nunca-antes lo hiciera. Si se atascaban los neumáticos estaría perdida. En medio de una gigantesca nube de arena, Clemence condujo hacia el lecho seco del río. La suerte estaba de su lado y, a punto de la histeria, la chica soltó una carcajada incoherente. ¡Estaba a salvo!

Pero su alivio duró muy poco. Frente a ella vio luces con las pupilas dilatadas por el terror. Alguien iba hacia ella. Seguramente Khalid tuvo tiempo de pedir refuerzos, y en el camino no cabía más que un solo vehículo, así que... ¿qué podía hacer? ¿Provocar un choque o rendir- se? No tuvo otra alternativa. Frenó con fuerza y detuvo el auto. Cruzó los brazos en el volante y apoyó la cabeza. Se sentía morir y las luces se acercaban más a cada momento, hasta que el otro vehículo se detuvo. Pasó un segundo y se abrió su puerta. Clemence estaba rígida por la anticipación. Enseguida la llevarían de regreso a Khalid, tendría que someterse.

—¿Qué pasa aquí? —escuchó una voz de acento peculiar y levantó la vista para mirar a su lado a un hombre de pelo oscuro y ropa deslavada que a su vez la miraba extrañado.

—¡Jassim!

Clemence supo, sin necesidad de lógica alguna, que el hombre fue a salvarla. Salió del auto y lo abrazó.

CAPITULO 4

G RACIAS a Dios que estás aquí —balbuceó la chica, acomodan do su cabeza en el hombro más cálido que conociera. Pasó los brazos por el cuello de Jassim y lo sujetó con fuerza—. Khalid dijo que me traía a comer carne asada con otras personas, pero en vez de eso... ¡me atacó!

—¿Estás herida? —preguntó Jassim con cautela.

—No —contestó Clemence. En el pasado, despreció el hábito de Yvonne de llorar al más mínimo pretexto, pero ahora se sorprendió al notarse llorando, en la camisa de Jassim. Después de varios sollozos indignos de una dama, agregó—: Pero por poco lo estoy. Verás, tenía una daga en la mano.

—¿Khalid tenía una daga? —preguntó Jassim apartando los brazos de la chica.

—No, su sirviente. Quería detenerme.

—Mahomoud no lastimaría ni a una mosca —contestó Jassim moviendo la cabeza.

Clemence no esperaba que la contradijeran, al contrario, esperaba condolencias, muestras de simpatía, cuidado amoroso y tierno. Y por añadidura, él no quería ningún contacto con ella, ahora que más necesitaba la cercanía de alguien. Limpió sus mejillas húmedas, arruinando su maquillaje.

—¡Iba a atacarme! —declaró. La indignación elevaba el tono de su voz.

—¿Estas segura? —preguntó Jassim, con el ceño fruncido.

De pronto, Jassim la tomó por los hombros con brusquedad y la hizo a un lado. El sirviente se acercaba por el camino, igual que un fantasma con su túnica blanca. Con el pecho subiendo y bajando, su respiración era un sonido ronco. Clemence lo miró atónita. Lo único que Mahmoud llevaba en las manos era un par de sandalias doradas que brillaban a la luz de la luna.

—Parece que te confundiste —le dijo Jassim, al sacar un arrugado pañuelo de su bolsillo—. Ten, por amor de Dios, límpiate la nariz.

Clemence habría aceptado su error si al menos l pareciera comprensivo, pero su actitud sólo sirvió para empeorar su estado de ánimo, pues no estaba preparada para que la trataran con esa

ligereza. Jassim debía reconocer el trauma por el que atravesaba y mostrarle consideración. Limpió su nariz y estaba a punto de acusar formalmente a Khalid y a su secuaz, cuando noto que Jassim se acercaba al sirviente. Hubo entre ellos un intercambio verbal, en árabe, pero una cosa sí le quedó muy clara: no le prestaban la menor atención. Con una mano en el hombro de Mahmoud, Jassim escuchaba atento cada una de sus palabras... ¡cuando debía escucharla sólo a ella! ¿Cómo se atrevía a hacerle -eso? Y pensar que se arrojó a sus brazos creyendo que era su ángel guardián que llegaba al rescate. Jassim Al Fon no era el ángel guardián de nadie, y menos de ella.

—Vamos. Debemos arreglar esto con Khalid Entiendo que lo dejas te tirado en el suelo y con lágrimas en los ojos —sonrió y agregó—:

¡Espero que no hayas arruinado sus posibilidades de por vida!

—¡No! —el enérgico movimiento hizo ondear su cabello—. Nada quiero tener que tratar con tu hermano. Es un salvaje, un libertino. ¡Debían castrarlo! -

—Me parece drástico —comentó Jassim, antes de reír a carcajadas.

—Me alegra que pienses que esto es divertido —explotó furiosa —. 1 si la policía queda tan divertida cuando le presente los detalles!

En un segundo la risa de Jassim cambió por una expresión adusta.

—No hay necesidad de mezclar en esto a la policía —si dijera eso otra persona, podría tomarse casi como una súplica. Pero no era el caso de Jassim.

—No estoy de acuerdo —le entregó su pañuelo— Estoy segura que les interesará saber que tu hermano es un lascivo, un monstruo sexual que ataca a las mujeres. -

—¿Mujeres? —recibió con una mueca el pañuelo empapado antes de guardarlo otra vez en el bolsillo del pantalón—. ¿En plural?

—Mujer, entonces. Khalid es un auténtico Jekyll y Hyde... un chico encantador durante un momento, pero después se dedica a molestar me. Le diré todo a la policía —reiteró Clemence.

—Dejémonos de juegos, ¿te parece?

—¿Juegos?

—¿De que se trata todo esto algún chantaje Eso debe ser si no, ¿qué otra cosa? —su ira estalló como volcán—. Desde luego Ya que estás en el mundo del espectáculo, debí suponer que también actuarías. Hasta con lágrimas. ¿Alguna vez estudiaste drama? Porque eres bastante buena. La angustia de tus grandes ojos azules casi me convence —pasó una mano por su cuello y agregó— No seas tímida Puedes establecer tus términos. ¿Cuál es tu precio por guardar silencio? ¿Una bolsa de monedas, o prefieres tu pago en oro?

—No sé de qué hablas —protestó Clemence.

—¿Porqué, por una vez en tu vida, no hablas con claridad? —su mirada la congeló—. ¿Por qué no admites que desde un principio tenías a Khalid en la mira? Esperaba algo de ti, pero esto es increíble. ¡Gran Dios! Parece que es forzoso que gente de tu clase..

—Tu premisa básica está, equivocada —lo interrumpió Clemence.

—¿Cual premisa básica?

—La que establece que pertenezco a un gremio. No es así. Soy sola mente yo.

—Felicidades.

—Gracias. Y ahora permíteme felicitarte a mi vez por ser la más grande y cínica fuente de desinformación que tengo la desgracia de conocer. Tus acusaciones son ridículas. Vine aquí de buena fe, sin imaginar que Khalid pensaba atacarme.

—¿Continuas sosteniendo esa versión?

—¡Sí! —le espetó Clemence.

—Imagino que piensas que eres inocente, pero sería prudente que sepas que la policía también estará interesada en escuchar algunas cosas acerca de ti —la voz de Jassim bajó de tono, se hizo más suave, más peligrosa— Encontrarán muy interesante saber que permitiste que Khalid te obsequiara con bebidas y que en todo momento animaste esa amistad. Y sobre todo, les interesará saber por qué estaban solos en una playa desierta y estando tú vestida como si pertenecieras a las chicas del Folies Bergére.

Lista para contestar, Clemence siguió la trayectoria de los ojos ver des. Para su desmayo, notó que su vestido estaba rasgado desde la axila hasta la cintura, y era obvio que no llevaba nada abajo.

—Esta es ropa para mis actuaciones —se defendió, tratando de unir los jirones de tela. Miró hacia el sirviente para ver si se atrevía a reaccionar contra ella, pero éste se encontraba apoyado en una roca, con los ojos cerrados, descansando.

—Maravillosa disculpa —se mofó Jassim—. Trata de convencer a un juez y a un jurado. Llega vestida así a cualquier jefatura de policía

—Tenía una chaqueta que tu hermano me quitó. Y si piensas que trato de chantajear a alguien, ¡estás loco! —contestó Clemence, retornan do a su enojo inicial— No quiero nada de Khalid —y la verdad, no estaba segura de desear nada en ese momento. Un gesto de simpatía habría sido perfecto, pero... ¿retribución? Reportar todo a la policía fue una idea loca que no tuvo la intención de llevar a cabo, pues recordaba que Howard le indicó que debía comportarse correctamente—. Sólo acepté una bebida de él y fue jugo de frutas. Lo que es más, nunca lo perseguí, ni lo animé a nada. Se comportó agradable, así que pagué con la misma moneda. No considero eso como una ofensa a la humanidad.

—Pues en mi opinión, toda mujer casada que al minuto de que desaparece su marido se dedica a esos juegos, merece todo lo que le pueda pasar.

—Yo no me dediqué a ningún juego —contestó Clemence, con las manos deteniendo los jirones de su vestido.

—¿Te trajeron aquí por la fuerza esta noche?

—No, pero...

—Entonces accediste -a esta cita —su voz denotaba desdén—. Por qué no terminamos este... —Jassim lo pensó mejor y agregó—: Hazte un favor a ti misma, rayo de sol. Deja de fingirte la virgen ultrajada y admite que incitabas a Khalid.

—]¡Yo no hice tal cosa!

—En Khalid viste la forma de convertirte en millonaria —ignoró su protesta—. Representa la manera de dejar de tocar el arpa en los bares

de los hoteles.

—¡Eso no es verdad! —Clemence trataba de convencerlo de su inocencia. Lo esencial era la creencia de que ella era una mujer casada, entonces, ¿cómo anunciar de pronto su soltería? Considerando las circunstancias en las que entró a Omán, eso

provocaría más problemas de los que ya tenía. Si decía algo, Jassim era muy capaz de interrogarla hasta hacerla decir las verdaderas razones que hicieron a Howard volver a Londres Se estremeció al pensar cómo utilizaría Jassim esa in formación—. No es verdad —repitió—. Fue al contrario. Aquí la única victima soy yo

—Tienes mas de veintiún años Cuando Khalid sugirió venir aquí, tu debiste suponer —la congeló con la mirada

—Subí a su auto con la creencia de que me llevaba a una cena. Ahora veo las cosas muy diferentes, pero en ese momento no sospeché nada

Jassim la observó durante un largo momento, para decir al fin:

—Es de mal gusto no creer en una adorable chica —dijo Jassim —, así que le daré el beneficio de la duda, señora Harrell.

—¡Qué amable de su parte, señor Al Fon!

—Mis amigos me llaman Jassim.

— cómo te llaman tus enemigos? —preguntó Clemence, mirando como si sus ojos fuesen puñales— En el lugar de donde vengo, una chica puede pasear con alguien sin que se sospeche algo malo, y eso fue precisamente lo que hice esta noche. Yo...

—¿Está bien, está bien, calma! Lo que haya sucedido, ¿por qué no lo olvidamos? Lamento que te hayan manipulado, pero Mahmoud me dice que Khalid llevó la peor parte. Te aseguro que no se volverá a acercar a t4 —sonrió lacónico— Y dudo mucho que se pueda acercar a alguien mas durante un tiempo Pudiste alejarlo de cualquier mujer para toda su vida.

—No me parece probable —aliviada al saber que Khalid se tranquilizaría, Clemence distaba mucho de estar satisfecha. Saber que Jassim le daba el beneficio de la duda no era un premio en sí, porque no se había retractado Un minuto la acusaba de lastimar a Khalid y después aceptaba sus palabras Por que el rápido cambio Algo no encajaba bien—. ¿Quién es Ingrid? —preguntó.

—¿Por qué —ternia rígida la mandíbula— ,Qué te dijo Khalid de ella

—No mucho, pero...

—Ingrid no tiene importancia —de pronto parecía impaciente por marcharse—. Ya perdimos mucho tiempo aquí y debes estar ansiosa por regresar al hotel —miró el rostro manchado de la chica, así como sus dedos trémulos—. Parece que lo primero que debes

hacer, será darte una ducha y cambiarte de ropa —otra vez se dirigió a Mahmoud en rápido diálogo, después el sirviente se dirigió hacia la playa. Jassim le entregó sus sandalias Será mejor que te pongas los zapatos —son rió—, antes de que haya otro intento de asesinato.

Clemence los tomó, pero en ese momento las costuras de su vestido cedieron todavía más. Con un gruñido de impaciencia, Clemence unió los bordes.

—Parece que es hora de mi acto de príncipe encantado —dijo Jassim con burla—. Permite que te ponga tus zapatillas de cristal.

Sin otra opción, dejó que Jassim le prestara ayuda. Permaneció en un pie y después en otro mientras se sostenía de sus amplios hombros con uná mano y con la otra sujetaba el vestido.

—Gracias —le dijo, cuando terminó de calzarla.

—Fue un placer. Y ahora... —Jassim hizo una graciosa reverencia .y agregó—Tu carruaje te espera.

El carruaje era un jeep, un vehículo destartalado que hacía juego con su conductor, aunque se veía increíblemente fuerte. Clemence supuso que debía tener un toldo, pero no lo vio en ese momento. Jassim la miró dudoso y comentó:

—Será mejor cubrirte con algo —decidió—. En este momento tu vestido haría que a un eunuco le subiera la presión arterial —después de unos momentos de buscar en la parte posterior del jeep, Jassim ex clamó triunfal al encontrar una chaqueta de pana—. Puedes usar esto. Vas a sudar, pero es preferible a que te arresten —levantó una ceja—., cosa que no sucederá mientras vayas conmigo —esperó a que se pusiera la chaqueta y palmeó el trasero de Clemence al agregar—: Vamonos.

Esas familiaridades provocaron en ella una crisis de identidad. ¿Quién era, amigo, o enemigo? Unos momentos antes estaba furioso, ahora la hechizaba con su sonrisa y casi rogó para que ante ella apareciera el verdadero Jassim Al Fon; cuando se comportaba dominante, era el auténtico hombre del desierto, pero cuando estaba tranquilo, Salía a la superficie su lado bromista australiano.

—¿Pasastes mucho tiempo en Australia? —preguntó la chica.

—Treinta años. Allá nací y crecí. Soy mitad omaní, aunque hace só lo dos años que pisé el suelo de este país. Hubo mucha oposición fami liar. Salta.

Hacía poco tiempo, Clemence tuvo que doblarse para abordar un bajo automóvil deportivo, y ahora tenía que “saltar” para subir en el jeep. Estudiaba la mejor forma de hacerlo sin dañar más su vestido, cuando Jassim gruñó:

—¡Gran Dios! —la subió al asiento con los mismos miramientos que si se tratara de un saco de papas—. Calla —puso un dedo en sus labios indicando que guardara silencio. Subió en el jeep y condujo mientras le decía—: Salir de aquí en reserva será como conducir con los ojos cerrados, así que será mejor que no me interrumpas.

—De acuerdo.

—Y no te enfurruñes —le sonrió Jassim.

—No lo haré, pero tampoco hay necesidad de que acto es tan... autócrata!

—¿No? —puso el motor en marcha—. Pues me parece que hice bien manteniéndome al tanto de todo. De otro modo, ¿cómo habrías salido de todo esto?

—Para empezar, habría llegado a la carretera principal si no se hubiera cruzado en mi camino este pedazo de metal decrépito —dijo Clemence, vivaz.

—¿Y después?

—Habría encontrado el camino de regreso al hotel.

—¿En la oscuridad? Lo dudo.

—¿lo dudas? Pues permíteme decirte algo. Yo...

—Calla —su dedo la hizo guardar silencio de nuevo. Clemence sujetó la chaqueta contra sí. Le quedaba grande, pero al menos la cubría.

Retrocedieron y el jeep brincaba tanto, que a pesar de tener puesto el cinturón de seguridad, Clemence tuvo que sujetarse de donde pudo.

—Me parece que hace cinco minutos que viajo en montaña rusa —suspiró la chica cuando las paredes de roca dieron por fin paso a terreno abierto—. Es un milagro...

—No me distraigas —contestó Jassim, sujetando el volante con firmeza para dar media vuelta—. Todavía no pasa lo peor. Hasta que lleguemos a la carretera, podrás hablar todo lo que quieras. Pero mientras.., silencio.

—Pídelo por favor —agregó Clemence, con acritud.

—Por favor —sonrió Jassim.

La velocidad con la que pasó por allí la primera vez, le impidió no tarlo peligroso del camino, y a pesar de la cautela con la que Jassim conducía en ese momento, Clemence se horrorizó al recordar el des cuido de Khalid al pasar por ese lugar. El joven pudo ocasionar la muerte de ambos y sólo la Providencia los salvó, igual que la Providencia le envió a Jassim. ¿La Providencia? El corazón de Clemence se detuvo Jassim apareció en el lugar exacto y en el momento preciso Era demasiada casualidad para tratarse de la Providencia.

Sus pensamientos corrían alocados. ¿Por qué llegó él hasta esa pla ya? ¿Cuál era el papel que jugaba? La situación podría ser lo mismo buena que mala. Le dirigió una mirada cargada de suspicacia. ¿Cómo podía alguien ofrecer una sólida seguridad y al mismo tiempo parecer amenazante? Confiar en él fue un grave error. ¿Acaso no era hermano de Khalid? Tuvieron el mismo padre, podían tener los mismos genes, los mismos 4nstintos perversos. Clemence sujetó con más fuerza la chaqueta. No sabía cómo, pero en todo lo que sucedió esa noche, Jassim estaba mezclado hasta su bronceado cuello. ¡Y pensar que al ver lo cayó en sus brazos gritando su agradecimiento, igual que una loca! Y mientras, era probable que él y Khalid tuvieran un plan para que cualquiera de los dos se quedara con ella. Parecía que esa era la noche de suerte para Jassim.

Clemence se reprendió diciéndose que en momentos de crisis debía mantenerse calmada. Ya antes pudo manipular a dos personas, ¿por qué no hacer lo mismo con una tercera? Escaparía en cuanto llegaran a la carretera principal Esperaría a que disminuyera la velocidad en algún crucero para bajar de inmediato. Antes de saber qué hacer, Jassim la vería alejarse en otro vehículo. Durante unos segundos, Clemence consideró la situación. Si bajaba así, era probable que se estrellara en el pavimento, y aunque terminara con los huesos intactos, se los fracturarían los autos que los siguieran.

Dirigió otra mirada de sospecha al hombre que conducía a su lado. ¿Era amenazante? Parecía sincero cuando le dijo que la llevaría de regreso al hotel, así que por qué no permanecer tranquila y esperar lo mejor de todo eso? Por otro lado, no tenía alternativa.

—¿No hablas? —le preguntó Jassim cuando recorrieron

kilómetros y kilómetros y la chica permanecía en silencio—. ¿Estarás sufriendo algún shock de efecto retardado o algo así? ¿Te sientes bien?

—Sólo un poco débil —contestó Clemence con una sonrisa.

—¿Quieres tomar algo? Ayudaría a reanimarte.

La idea de algo de beber le pareció milagrosa, pero a punto de acep tar, Clemence dudó. ¿Ese ofrecimiento sería una manera amigable de jugar con alcohol? Después del comportamiento de Khalid en la playa, nada le parecía imposible.

—¿Qué tipo de bebida? —preguntó con cautela.

—Soy bastante bueno preparando daiquiris de fresa y moscovitas, pero aquí sólo tengo agua en botellas, por si llegara a quedarme en me- dio del desierto.

—El agua estará bien.

Jassim salió de la carretera y se detuvo. Poco después, le entregó a Clemence una botella de plástico con una sonrisa.

La chica inclinó hacia atrás la cabeza y bebió varios tragos.

—¡Ah! —exclamó, secando unas gotas de su barbilla, para después beber más.

—¿Sabe bien?

—Mejor que el champaña.

La sonrisa de Jassim pareció eternizarse. Era una sonrisa que clamaba porque la trazara un dedo femenino, o por recibir un cálido beso. Clemence se estremeció. ¿En qué pensaba? Sonrisa o no sonrisa, debía actuar con circunspección frente a ese hombre, pues aún no sabía si era digno de su confianza. Con la sed satisfecha, entregó la botella y se alarmó cuando, en vez de limpiarle el gollete, se prendió de la botella para beber. El hecho de pasar su boca directo a la de él, le pareció demasiada intimidad, casi como compartir el cepillo de dientes.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Jassim, al guardar la botella.

—Mucho, gracias.

Cuando volvió a sentarse a su lado, la chica experimentó una extraña sensación. Era como si los dos flotaran en una burbuja de cristal; no se daban cuenta del tránsito a su alrededor, ni siquiera notaron el avión que pasó a poca altura Jassim continuaba sonriendo, satisfecho por la recuperación de la chica, quien a su vez se perdía más y más en esa sonrisa.

—Clemence —la voz de Jassim parecía dudosa—, ¿no crees que es hora de que me digas la verdadera razón por la que tu esposo te dejó con tanta prisa?

Esa pregunta le pareció un baño de agua tan fría como la que acababa de tomar.

—Nunca te das por vencido, ¿verdad? —lo acusó—. Escuchaste lo que dijo Howard. Fue a ver a su madre.

—¿Sabes? Con facilidad podría enamorarme de ti. Eres muy hermosa, tocas el arpa de manera muy hermosa —puso el jeep en marcha—.

El problema es que creo que también sabes mentir con habilidad.

—¿Y qué hay de mi matrimonio? —replicó Clemence, furiosa.

—No pareces una mujer casada.

—¿Y cuántos de nosotros parecemos lo que en realidad somos?

—murmuró Clemence, convencida de que en cuanto a enigmas, Jassim Al Fon era uno de los más grandes. Sin embargo, ella tenía muchos tiros listos, ¿por qué no usarlos? Miró el blanco, que nada menos era la cabeza morena de Jassim, y disparó—: ¿Puedes darme una res puesta directa a una pregunta directa? —exigió—. ¿Puedes explicarme cómo es que llegaste en el jeep a esa playa en particular, en el momento preciso esta noche?

—Bueno —Jassim frunció el ceño—, algunas veces voy por allí a nadar y...

—¿Y quién es el que miente ahora? —lo interrumpió Clemence —. Encuentro increíble la forma como llegaste justo a tiempo.

—Hablando de tiempo, ya pasan de las diez de la noche —comentó Jassim, mirando el reloj en su velluda muñeca—. No importa cómo es que llegué a esa playa. Lo importante es que no estás lastimada y que Khalid aprendió su lección. Ahora lo que me interesa, es llevarte de regreso al hotel e ir a casa. Tuve un día pesado.

—Eres evasivo a pesar de que hice una pregunta directa —declaró Clemence—. La razón por la que estuviste a la mano, es que de alguna manera estás relacionado con la sórdida escena de seducción de Kha lid. 1 contra mí!

—No es así —respondió Jassim, con un suspiro—. Tenía algunas pistas y decidí seguirlas, eso es todo. Hasta ese momento sólo tenía

algunas sospechas.

—¿Sospechas? ¿De qué? ¿Qué cosa pude hacer para?... —Clemence alcanzó a leer algo en su rostro—. Sospechabas de Khalid, ¿verdad?

Por eso vigilabas a diario el hotel, fingiendo que era yo quien te inspiraba desconfianza, ¡y todo el tiempo sospechabas de tu hermano!

—Jassim quiso hablar, pero la furia de la chica se lo impidió—. Sabías que planeaba algo, que intentaba llevarme a un lugar desolado, pero no hiciste nada —golpeó con un puño el hombro de Jassim—. ¡Maldito!

—¡Dios detente! ¡Vamos a chocar!

La chica volvió a cruzar los brazos, cerrando de paso las solapas de la chaqueta. De nuevo tenía calor y además de sudorosa, se sentía... traicionada.

—Khalid es despreciable —murmuró—, pero tú eres peor. Permaneciste a la expectativa, mirando y esperando...

—No es así —contestó Jassim, cortante.

— Es como si me hubieras llevado a esa playa y me... ¡violaras!

—Khalid no te violó —le indicó, con un gruñido.

—Lo habría hecho si no me defiendo.

Jassim levantó una mano como si quisiera tocar la de ella, pero se contuvo.

—Rayo de sol, en esta vida se debe aprender a esquivar los golpes.

Comprendo que estabas asustada, pero todo lo que sucedió esta noche es que Khalid se puso fresco. Está bien, es lamentable, pero el chico es joven e inexperto. Tiene que aprender a comportarse de acuerdo a la situación. Estoy seguro que una vez que entienda que encontraste repulsivas sus atenciones, tendrá...

—Como acabas de decir hace un momento, no era lo que parecía —lo interrumpió—. ¡Me llevó a esa playa con un objetivo en mente y se burló cuando lo rechacé! Quizá después de todo lo reporte a la policía.

—¿Tienes idea de lo que sucederá si haces eso? Las leyes son más duras aquí que en occidente. Si se encuentra que Khalid es culpable de molestarte, es posible que lo azoten y lo echen a una celda para que se pudra en vida.

—¡Lo merece!

—¿Estarías contenta viendo cómo se arruina su vida a causa de una indiscreción infantil? —movió la cabeza—. No lo permitiré.

—¿Y cómo se supone que vas a detenerme? —lo retó.

La pregunta era retórica, hecha para probar su independencia, nada más. Haciendo caso omiso de su necesidad de ser discreta, no tenía intenciones de reportar el asunto a la policía porque, sin importar lo que dijera, dudaba que Khalid la hubiera forzado a algo deshonesto. ¡Sólo tuvo que levantar una rodilla para hacerlo desistir! Y mandar al inofensivo Mahmoud para entregarle sus zapatos, difícilmente parecía la acción de un violador en potencia. Antes de llevarla a la playa, el joven actuó con corrección, además de hacer cuanto estuvo en sus manos para ayudarla en todo. ¿Acaso sufrió un total cambio de carácter?

Y analizándolo bien, tuvo que admitir que hubo errores en ambos lados, quizá hasta ella cometió la mitad de las faltas y Khalid el resto. ¿Acaso, al comprender que el joven era inmaduro, ella, como la señora Harrell, no fue demasiado amistosa con él? Y al encontrarse sola y aburrida en un país extraño, ella tendió a buscar sus charlas. ¿Cómo culparlo por haber mal interpretado su interés? El hecho de ser extranjera debió motivar el comportamiento del joven allá en la playa. Si cualquier hombre hiciera lo mismo con ella allá en Inglaterra, un sonoro bofetón habría puesto todo en su lugar. Pero estaba tan encantada con el escenario, que durante un rato aceptó los cumplidos de Khalid sin siquiera murmurar. Si él se felicitaba del exitoso galanteo con una compañera complaciente... ¿acaso no era su culpa no sacarlo de su error? Clemence suspiró. No debía quejarse, porque Khalid no lo merecía.

—Una manera de prevenir cualquier declaración desagradable sería llevarte esta noche a mi casa —le informó Jassim—. Mañana, después de un sueño reparador, verás las cosas de otra manera. De manera sensata.

—No te preocupes, ahora estoy considerando las cosas con sensatez —le aseguró con una sonrisa—. Olvida lo de la policía, no pensaba hacerlo. Como tú tampoco quisiste decir que me llevarías a. tu casa esta noche.

—¿Y si fuera verdad lo que dije?

—¿Un soltero invitando a su casa a una mujer casada? —lo miró

—. Considerando lo estrictas que parecen ser las leyes en este lugar, sólo un tonto haría algo tan peligroso.

—Pero si la casa se encuentra en un lugar apartado como lo está la mía, ¿quién va a saber que estás allí? Se necesitaría que dieras a conocer la noticia. O que lo hiciera yo —agregó Jassim, de manera significativa.

—¿Y qué objeto tendría decírselo a alguien? —preguntó Clemence, frunciendo el cejo.

La respuesta de Jassim, fue encoger los hombros y levantar las cejas.

En la siguiente salida, Jassim condujo el jeep hacia la izquierda. Pasaron por un pueblo silencioso, después ascendieron hasta llegar a una planicie. No había rastros de nada. Todo lo que Clemence distinguía, eran grandes extensiones de arena en la más completa oscuridad. Las montañas se distinguían distantes y sus cimas brillantes relfejaban los rayos de la luna.

—¿Estamos tierra adentro? —preguntó la chica, sabiendo que esa ruta no la recorrió con Khalid. Jassim asintió—. El Hotel Plaza se encuentra en la costa —Jassim volvió a asentir—. Entonces, ¿por qué nos encontramos aquí?

—Clem, una noche en mi casa no le hará daño a nadie, en cambio, te hará mucho bien. Verás, vivir en Omán me hace extrañar a mis amigas...

—¡Oh, no! —la voz de Clemence denotaba desaliento. Justo en el momento en que decidió que Jassim era de los “buenos”, era bastante duro tener que aceptar que era de los “malos”—. ¿Así que ahora te toca a ti atacarme en algún lugar despoblado? —preguntó.

—No te adelantes tanto. No te estoy atacando, ni nada por el estilo. Todo lo que sugiero es que...

—¿No deseas dormir conmigo? —preguntó, cortante.

—La respuesta honesta sería... sí, lo deseo. Pero... —cauteloso levantó una mano—, no lo haré. Sucede que eres la esposa de otro hombre y eso te pone fuera de mi alcance. Es algo que me enseñó mi madre. También me enseñó moral, lo cual significa que puedes confiar en mi.

—¿Puedo?

—Lo juro sobre la Biblia —contestó Jassim con los ademanes adecuados—. La única razón por la que sugiero que pases aquí la

noche, es porque tu presencia será la solución a un problema que tengo desde hace tiempo. Agradecería mucho tu cooperación.

—¿Y qué pasará si no quiero? ¿Qué pasará si?...

—Mejor míralo así: estarás haciendo la buena obra del día —Clemence masculló algo que lo hizo mover la cabeza y comentar—: ¡Creí que las chicas buenas no sabían decir eso!

— ¡Y yo no creí que pensaras que soy una chica buena —contestó Clemence—. ¿Por qué habría de ayudar a quien me cree capaz de todas las maldades del mundo?

Durante un segundo, Jassim tuvo la decencia de mostrarse apenado.

—Empezamos del modo equivocado. Y casi todo por culpa mía, lo admito, pero tú...

—¿Yo qué? —preguntó Clemence.

—Olvídalo. Y no tienes razón para hacer nada por mí. Pero... ¿la bondad de tu corazón no te inclina a sentir compasión de un pobre y solitario ser humano?

—¿Estás diciendo que debo cooperar por humanidad?

—Esa es una de las razones y estoy tratando de alinear las otras. Diablos, estoy dispuesto a todas las negativas que tengas en mente, sólo para convencerte —le sonrió a la chica como si fuera su dulce favorito—. Y debo advertirte que soy bastante bueno para con vencer.

Clemence imaginó que su persuasión sería de las que derriban muros. Jassim volvió a tomar el volante y continuaron su camino tierra adentro.

—Me harías un gran favor —continuó Jassim.

— ¡Apuesto que Sí!

—Clem, te pondré al tanto de los detalles cuando lleguemos, pero mientras tanto, créeme cuando te digo que no voy a violarte.

Clemence no estaba segura. Jassim parecía bastante convincente, pero aun así... Conocía las tácticas de los Al Fon. Pedirle con amabilidad que lo sacara de un problema, podía significar lo mismo que cuan do Khalid la invitó a comer carne asada. Se sentó rígida en su asiento. Las montañas ahora se veían más cerca. Jassim habló de llevarla a su casa, pero podía llevarla a una de las tribus del interior para venderla como esclava.

—No quiero saber nada de tus problemas y no quiero

acompañarte a ningún lado —declaró• Clemence—. Lo único que quiero es...

—Rayo de sol, ya casi llegamos y hay mucha distancia que recorrer hasta el Plaza. Volvernos en este momento, no tiene objeto.

Mas para Clemence tenía toda la importancia del mundo. Debió hacérselo saber, pero por alguna razón pensó que perdería el tiempo.

Trató de hacerlo con Khalid. ¿Y qué consiguió? Además, su hermano parecía más testarudo. Una vez que Jassim decidía algo, se necesitarían bombas, no palabras, para disuadirlo. Bueno, ella no tendría bombas, pero podía actuar.

El tránsito era irregular, pero en cuanto viera que se acercaban las luces de otro auto... ¿por qué no tratar de llamar su atención? El camino frente a ella seguía solitario y oscuro. Clemence pedía a las brillantes estrellas que apareciera alguien y, a escasos cinco minutos, distinguió unas luces a lo lejos. Su corazón saltó gozoso. Sigilosamente soltó su cinturón de seguridad mientras las luces se acercaban más y más. Afianzó los pies calzados con los altos tacones y, con una mano deteniéndose de la ventanilla, levantó la otra para transmitir su desesperado mensaje.

—¿Qué demonios haces? —Jassim la miró azorado.

Clemence hizo señas con la mano, gritó y se inclinó hacia él. El reflejo de Jassim fue volver el volante hacia la derecha y el vehículo Salió del camino para internarse en la arena. El impacto hizo que

Clemence diera tumbos dentro del jeep y con ambas manos trató de encontrar algo de que asirse, pero no encontró nada. Sintió que salía del jeep para impactarse contra la arena del desierto de Omán.

CAPITULO 5

C LEMENCE despertó sorprendida. ¿En dónde estaba? ¿Qué sucedió? Todo lo que sabía era que durmió como una piedra.

Al desperezarse, gimió. Ese movimiento era una agonía porque además se sentía como una piedra. La cama en la que yacía no ayudaba, porque tenía la misma elasticidad que una piedra de sacrificios. Al volverse hacia los rayos del sol que se filtraban por una cortina cerrada, advirtió que estaba en una habitación casi vacía. Los tonos de agra dable azul con líneas blancas le dijeron que no se trataba de un hospital. En un hospital tampoco encontraría antiguos baúles de latón. Permaneció quieta tratando de tomar presentes los hechos que la llevaran a ese lugar. Tenía presentes sus movimientos en el jeep al igual que su brusca salida, pero lo demás era oscuridad. Tenía el vago re cuerdo de una luz frente a ella y... ¿qué más? Olor de antiséptico, voces bajas, un dolor punzante en su brazo; ¿fueron reales o imaginarios?

Levantó una mano para frotarse los ojos e hizo otro descubrimiento. Tenía la mano vendada. De manera tentativa, movió los dedos y los sintió entumecidos, pero parecía que no tenía huesos rotos. Se revisó y descubrió con alivio que el resto de ella estaba intacto, aunque bastante adolorido. Molesta, se reclinó en la almohada sólo para recibir otra sorpresa, Llevaba puesta una camisa blanca de hombre, una camisa de fina seda, a juzgar por la sensual caricia en su cuerpo. ¿La camisa pertenecía a Jassim?

¡Jassim! ¿Qué le sucedió cuando salieron del camino? En la inconsciencia de la noche anterior, pasaron frente a ella muchos rostros, pero no podía ahora distinguir uno de otro. ¿Estaba el de Jassim e ellos o también resultó herido cuando perdió el control d el jeep? Imaginarlo bajo una tonelada de hierros retorcidos, desangrándose, la hizo sentir- se mal. Si estaba herido, todo era culpa de ella. Volvió a pensarlo y concluyó que no, que era culpa de él. Considerando que la llevaba a un lugar desconocido y contra su voluntad, tenía todo el derecho de defenderse. Y si Jassim resultó herido... mala suerte! Su corazón dio un vuelco. ¿Estaría muerto? No, Jassim provenía de una raza de sobrevivientes.

Tambaleando fue hacia la ventana, e hizo a i lado las cortinas.

Horrorizada observó los kilómetros y kilómetros de desierto, cuya arena vacilaba y se movía bajo el ardiente sol. Jassim dijo que su casa estaba alejada... y más cierto no podía ser. De hecho, bien podía estar en la luna. Pasó un dedo del pie por las orillas de la alfombra oriental, mientras los temores por su seguridad se volvían a presentar.

Un llamado a la puerta la sacó de sus cavilaciones.

—Adelante —contestó esperanzadas pero su visitante era un joven delgado, moreno, que vestía una túnica de color verde y pantalón holgados—. ¿Dónde está el señor Al Fon? ¿Se encuentra bien? —Preguntó Clemence, mientras el joven fruncía el ceño—. ¿Está herido? ¿Puedo verlo?

Por toda respuesta el joven le indicó con un movimiento de cabeza que lo siguiera por un angosto corredor blanco. Dieron unos pasos y el joven se detuvo frente a una puerta cerrada. Cuando le hizo la seña de que podía entrar, Clemence respiró profundo. ¿Qué encontraría adentro? ¿Pedazos de Jassim? Con las piernas temblorosas, abrió la puerta y miró a su alrededor. El joven la llevó al cuarto de baño! Se volvió para protestar, pero el joven ya no estaba a la vista. ¿En dónde estaba Jassim?

Con un ex abrupto, se dijo que debía olvidarse de él. ¿Por qué perder tiempo pensando y preocupándose por alguien que perdonaba con tanta facilidad la flaqueza de su hermano, insistiendo en que todo era una trivialidad, para finalmente raptarla? Lo primero que debía tener en mente era su propia seguridad que, ahora a la luz del día, no podía poner en duda. La noche anterior la experiencia en la playa la dejó emocionalmente trastornada. Y a eso se agregaba el sentimiento de ser una extranjera perdida en Omán y su aprensión al ser transportada a lo desconocido en un jeep, la llevó a dramatizarlo fuera de toda pro porción. Ahora se encontraba más tranquila.

Contando con las facilidades para su aseo, le pareció prudente aprovecharlas, pues se sentía pegajosa. La arena en su cuerpo aunada al

- maquillaje para el escenario y las lágrimas vertidas la noche anterior, debieron dejar su rostro en estado lastimoso. Un espejo revelaría lo peor, pero no pudo encontrar ninguno. El cuarto de baño, al igual que la habitación, sólo tenía lo indispensable. Todo

en blanco, tenía el anonimato espartano de una morgue. No tenía cortinas, ni repisas para los afeites y, según comprobó, tampoco manera de asegurar la puerta. Malo, malo. Pero Clemence estaba decidida a ducharse.

Haciendo uso de su mano izquierda, se despojó de la camisa y entró al cubículo de la ducha. El agua no salía con mucha presión y ducharse sin mojar el vendaje de su otra mano requirió de múltiples contorsiones. Recordó entonces los refinamientos del hotel: la presión de la ducha, los enormes espejos bien iluminados, la amplia cama. Jassim debió tener sus razones para vivir en Omán, pero su vida en Australia quiso tenía un nivel superior a eso. Cerró el grifo y tomó la toalla. O quizá no. Si allí llevaba ese pobre nivel de vida, tal vez vivía peor en Australia.

Secarse y volver a ponerse la camisa requirió de otras contorsiones que la dejaron débil y temblorosa. Sus esfuerzos por acomodarse el cabello fueron infructuosos, además, por más que se secaba seguía sintiendo húmeda su piel. De manera que cuando se puso la camisa, ésta se adhirió a su cuerpo resaltando sus senos. Eso ya era bastante molesto, pero lo era más, no poder disponer de ropa interior. Salió del pasillo pensando que Jassim Al Fon era el único responsable de todo lo que sucedía, incluyendo el hecho de que él se encontraba ahora en un hospital enyesado de pies a cabeza.

Supo que no era así cuando escuchó su risa. Clemence dio vuelta en una esquina del pasillo, pasó por un arco y lo encontró sentado ante una mesa sonriéndole al joven moreno. Lo sometió a inspección, pero no le descubrió ni un solo rasguño. Parecía un atleta, listo a romper todas las marcas. Clemence no supo si sentir alivio o enojo.

Jassim levantó la mirada y continuó sonriendo al ponerse de pie. Como si fuera incapaz de dominar sus ojos, la recorrió de pies a cabeza. Consciente del aspecto que presentaba, escuchó el zumbido del mosquito de nuevo. Ese maldito mosco!

—¿Qué hora es? —preguntó Clemence, para romper el silencio —. No encontré mi reloj.

—Es mediodía y tu reloj está a salvo. ¿Cómo te sientes? —preguntó Jassim, asumiendo el papel de anfitrión preocupado.

—Rígida.

—¿Pero no muy rígida?

—No —admitió Clemence.

Jassim sonrió satisfecho y habló en árabe con el joven moreno.

—Estoy tranquilizando a Sunthi... estaba preocupado por ti. Es mi sirviente, así que permíteme que haga las presentaciones —más palabras en árabe y cuando el joven sonrió Clemence también lo hizo—. Viene de Pakistán, así que su inglés es mínimo. En comparación, el de Khalid es como el de un egresado de Oxford —le ofreció una silla y agregó—: Siéntate, debes estar hambrienta. Estaba por pedir huevos revueltos y tomates. ¿Quieres lo mismo para ti?

Clemence dudó un momento. Los modales de Jassim eran tranquilos, ¿podría interpretarlos como un acto de sumisión? ¿No debía permanecer firme y castigarlo un poco por su brusquedad, además de exigirle que la llevara de regreso al hotel en ese mismo momento? El aroma de café recién hecho la hizo decidir que el viaje podía esperar.

—Huevos revueltos está bien —aceptó.

Jassim envió a Sunthi a la cocina y después tomó la cafetera.

—¿Quien una taza de café? ¿Tomas leche? Sólo es de cabra, pero sabe bien. ¿Azúcar?

—Ambas —contestó Clemence y se distrajo tratando de arreglar la camisa. La seda podría cubrir bien, pero a juzgar por las miradas de Jassim hacia su pecho, la tela le parecía más delgada a cada momento.

—¿Por favor? —Jassim sonrió, con la leche al borde de la taza.

—Por favor —murmuró Clemence—. Pude hacerlo yo misma —pro testó, cuando Jassim le sirvió azúcar.

—¿Y privarme de ese placer? Rayo de sol, incapacitada como estás de la mano, es lo menos que puedo hacer. ¿Quieres pan tostado mientras esperas?

—Sí. Por favor.

—¿Mantequilla?

—Por favor.

—¿Mermelada?

—Sí... por favor —agregó, cuando Jassim se quedó esperando, y después de hacerlo su sonrisa se hizo más amplia.

Clemence era consciente de que jugaba con ella el juego tonto y amable de los amantes. Pero ellos no eran amantes, ni siquiera

amigos. Y cuanto más pronto volviera a la civilización, mejor.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó Jassim, cuando Clem trataba de acomodarse una manga.

Cuando Jassim la tocó, Clemence sintió que se congelaba. Ese toque era demasiado íntimo, además de que no ayudaba en nada la manera como él servía el café y preparaba su pan tostado. Esperó, rezando para que él la dejara sola y cuando al fin lo hizo, ella se sintió aliviada… pero anhelante.

—Me tienes secuestrada —lo acusó, pues necesitaba poner una barrera entre ellos.

—Secuestro es una palabra muy fea —contestó Jassim—. Todo lo que hice es tenerte bajo custodia toda la noche. Estuviste perfectamente a salvo.

—¿A salvo? —preguntó ondeando la mano vendada frente a la nariz de Jassim.

—Clem, si vas a ir por la vida arrojándote de los vehículos en movimiento… —encogió los hombros en gesto que dijo lo que faltaba.

—No me arrojé del vehículo. Me secuestrabas y cuando traté de escapar…

—¿Qué yo qué? ¿Yo te lancé del jeep? ¿Con toda intención lo saqué del camino para que se hundiera en la arena? ¿Tienes idea del problema que causaste? Creo que me salió una hernia al tratar de librarnos del problema, sólo porque necesitaba llevarte a un doctor.

—¿Y lo hiciste?

—¿Te refieres a la hernia? Sólo el tiempo podrá decirlo —contestó Jassim cortante, aunque parecía que bromeaba. Puso frente a ella el pan tostado—. En cuanto al doctor… sí, finalmente te llevé con un doctor. El diagnóstico fue que sólo tenías golpes. ¡Gracias a Dios!

—Agradezco tu preocupación.

—Clemence, cuando te vi en la arena, imaginé que tendrías costillas fracturadas, hemorragias internas, en estado de coma, tantas cosas

—La informó, mientras su tono cortante degeneraba en ira—. El doctor te recetó sedantes y dije que te sentirías mejor cuando despertaras. Y ya me dijiste que estás bien.

—No, lo que yo dije es que me sentía demasiado rígida.

—Si tuviera una soga a la mano, te colgaría del árbol más cercano

—Declaró Jassim—. ¿A qué demonios jugabas anoche? Cuando una mujer me acompaña en auto, por lo general trata de acercarse más, ¡no tirarse a morir!

—No pretendía caer, sólo quería... mi libertad! —contestó Clemence y frunció el ceño cuando la carcajada de Jassim le dijo que sobreactuaba.

—No necesitabas llegar tan lejos. Habría escuchado tus razones.

—Te pedí que me llevaras de regreso al hotel y contestaste que no.

—Y también te aseguré que no saldrías lastimada y que te explicaría todo cuando llegáramos aquí —le indicó, después de un sorbo de café.

—Sólo imponías tu voluntad. Howard es bastante bueno ordenándome que haga esto o aquello, pero tú eres cien veces peor. Si yo fuera tú, dejaría el negocio del concreto y entraría de lleno a la milicia. ¡Pareces un sargento!

—Y quizá regiría tu vida —comentó Jassim, pensativo.

—No te hagas ilusiones.

—Pero querer bajar de un vehículo en marcha es una de las cosas más atolondradas y estúpidas que he visto. ¿Sabías que tal vez tengas espíritu de kamikaze?

—Está bien, fui demasiado impulsiva —reconoció.

—Claro que sí.

—¿Y de quién es la culpa? —levantó la mano vendada—. ¡Esto nunca habría pasado si tú no..Oh, no! —exclamó—. ¿Y ahora cómo voy a tocar el arpa?

En ese momento apareció Sunthi y guardaron silencio mientras dejaba el servicio en la mesa y se retiraba sonriente.

—Tu mano sólo estará fuera de servicio tres o cuatro días a lo sumo

—Le informó Jassim—. Anoche te quejabas de que te dolía, así que traje al doctor. Cree que se lastimó cuando hiciste tu acto de caída libre.

Sin embargo, me aseguró que no tenías fractura —señaló el plato mientras agregaba—. ¿También debo alimentarte?

—Puedo hacerlo, gracias —se dedicó a comer con la mano izquierda con tanta rapidez como pudo.

De una u otra manera, Jassim hizo lo que pudo por ayudar y su comportamiento subsecuente estaba lejos de algún reproche. Una parte de ella quería agradecérselo, otra disculparse y otra más le decía que todo era culpa de Jassim. Si no la hubiese llevado con engaños, nada de eso estaría pasando.

—Parece que estuviste muy ocupado mientras estuve inconsciente. ¿A qué hora llegamos?

—Cerca de las dos de la mañana.

—Bueno, al menos hoy pudiste dormir hasta tarde —sonrió, sintiéndose culpable.

—No tuve oportunidad. Me levanté con el alba —mordió un pan tostado y continuó—: Tuve que reportarme para que continuaran trabajando sin mi. Como no hay teléfono, necesité ir en persona.

—¿No le importó a tu jefe?

—¿Mi jefe? —sonrió Jassim—. No, es un buen tipo, después fui al Plaza.

—¿Por qué?

—Rayo de sol, tenerte deambulando aquí en esa camisa, puede ser tan estimulante para ti como para mí —durante un segundo los ojos verdes mostraron picardía, mas cambiaron de pronto—, pero considero mi deber proteger a Sunthi de... —sus ojos volvieron a mostrar picardía—. ¿Cómo decirlo?

—No digas nada —contestó Clemence, provocando la risa de Jassim.

—Fui a tu cuarto y traje que espero sea ropa suficiente para los próximos días.

—¿Los próximos días? —repiti6 Clemence y puso su tenedor en el plato.

—Como no puedes tocar el arpa, podrás permanecer aquí.

—¡No gracias!

—Pero si regresas al hotel como soldado herido en batalla, puede prestarse a malas interpretaciones.

— mala suerte! —Espetó Clemence, para después continuar con más calma—. Jassim...

—Jass.

—Jass, si temes que voy a ir por allí contando cuentos acerca de

que eres el responsable de mis heridas, deja de preocuparte. Aunque eras tú quien me raptaba, fui yo quien te hizo perder el control del jeep, así que la culpa es mía —concedió.

—Estás equivocada por completo. Sí, el asunto del jeep es todo culpa tuya —aceptó, con más energía de la que ella creyó necesaria —, pero para resolver el problema del que hablé ayer, necesito estar en condiciones de hacer creer que tú y yo disfrutamos de una, o de varias noches de... pasión desenfrenada. Tu mano vendada pondría todo en entredicho.

—¿Y no crees que es hora de que me expliques cuál es el problema?

—Clemence hizo a un lado lo que quedaba de su desayuno, pero Jassim tomó el tenedor de sus manos y le dijo:

—Abre la boca —para acto seguido hacerla comer lo que quedaba en su plato—. El problema es una mujer. Parece que tengo suerte para tener problemas con las mujeres —agregó, lacónico—. Verás, cuando llegué a Omán, me enfrenté a un muro de agresiones. La familia de mi padre enfureció cuando se enamoró de mi madre hace muchos años y...

—¿La conoció en Australia?

—Sí, cuando fue allá para estudiar ingeniería. Es una larga historia

—Comentó, restándole importancia—. Cuando llegué hace dos años, pasé por un periodo de aislamiento y esa mujer me tendió la mano.

Yo le estaba agradecido... muy agradecido. Desde el principio consideré nuestra relación algo platónico y nunca se me ocurrió tener con ella otro tipo de relación. Pero las cosas ocurrieron de manera que parecía que yo le hacía la corte, aunque no era así. Es muy atractiva y muchos hombres querrían tenerla, por lo cual cree que debo estar interesado en ella. Hace un mes me hizo saber que ya había desperdiciado demasiado tiempo en juegos y que ya estaba preparada para algo más serio. Eso me dejó perplejo. Decidí rechazar su ofrecimiento.

—¿Y?

—Y la endemoniada mujer no comprendió el mensaje. El problema es que ella es voluble y además vengativa, así que tengo que tratarla con mucho tacto.

—Debes ser bastante bueno para eso.

—Tengo mis maneras de decir “no estoy interesado en ningún compromiso” en la conversación, pero ella insiste en la idea de que tarde o temprano tendré que sentar cabeza, pero, ¡gran Dios!, nunca con ella. Y en nada ayuda que desde que la conozco hayan pasado por m vida muchísimas mujeres. No es por elección propia que viva al otro lado de los muros de un monasterio ni que cuando quiera holgazanear, como diría Khalid, haya viajado alguna vez a Brisbane, pero paso la mayor parte del tiempo trabajando. Y aunque tuviera energía después de un día de trabajo de diez horas, ¿en dónde podría buscar compañía? Las mujeres de Omán están muy vigiladas, mientras que las chicas occidentales son pocas y están muy lejos de aquí. ¿Más café?

—Sí, por favor. ¿Así que quieres usarme como señuelo?

—Si estás de acuerdo. Estoy seguro que el ver a otra mujer en mi vida la hará desistir. Y te aseguro que no te comprometerás. No quiero buscarte problemas Con Howard.

—El no importa —replicó sin pensar, pero al momento se sonrojó y agregó—: Quiero decir...

—Sé lo que quisiste decir —Jassim hizo una pausa. Durante un momento a ella le pareció que quería abundar sobre el tema, pero él cambió de idea y continuó—. Nadie, aparte de esa mujer sabrá que estuviste conmigo. Por ejemplo, esta mañana cuando fui al hotel vi a Otto...

—¡Oh, Dios! Se suponía que hoy me mostraría algunos lugares —comentó Clemence.

—Te estaba buscando —asintió Jassim—, pero le dije que te enseña ría el desierto en compañía de dos de mis amigos y que saliste del hotel al amanecer.

—¿Y lo creyó?

—¿Por qué no habría de hacerlo? Y tampoco te preocupes por tu actuación con el arpa. El debut de los hindis fue un éxito. Regresarán hoy por la noche.

—Parece que lo tienes todo arreglado —contestó Clemence.

—Mis reportes escolares hacen mención especial a mi capacidad de organización.

—Ya lo creo. Me controlaste, me encerraste y... ¿Tú me desvestiste?

—¿Y quién más? Pero quita esa cara. Tu vestido no sólo estaba des trozado, sino lleno de arena, así que pensé que darte ropa limpia era lo decente. Decente —insistió—. Te quité esa ropa y te puse la camisa en poco menos de dos segundos. Todo lo que me interesaba en ese momento, en la madrugada, era ir a la cama... solo.

—¿Y dónde está mi ropa ahora?

—En el hotel, donde la lavarán y le harán las reparaciones necesarias —tomó un mechón de su cabello y agregó—. Como ya terminamos de desayunar, supongo que necesitas ayuda, para arreglar tu cabello.

—Sí, por favor.

—¿Tan cortés? Parece que aprendes buenos modales —comentó Jassim divertido—. ¿Vamos?

La llevó por el pasillo hasta su habitación. Allí la decoración era igual de frugal. Paredes blancas, cama de pino y el mínimo de muebles. Para ser un hombre que pasaba la mayor parte de su tiempo trabajando, Jassim tenía muy pocas posesiones

—Gracias —dijo Clemence cuando él le entregó un peine. Después la chica arregló el espejo para ver su imagen. Cuando lo hizo, trató de peinarse con la mano izquierda, algo nada fácil, mucho menos si se tomaba en cuenta que Jassim la observaba. Una vez más sintió que había demasiada intimidad entre ellos.

—Tus esfuerzos son patéticos —gruñó Jassim y la volvió hacia él.

Con el peine en la mano, Jassim estudió la situación. Estaba cerca, demasiado cerca, sólo los separaban unos centímetros. Clemence pensó que la besaría, y que no tendría la fuerza suficiente para negarse.

Sus pensamientos eran caóticos, pero Jassim sólo estaba organizando las cosas. Con la precisión de un experto, arregló su cabello y dijo:

—Así está mejor.

Clemence se miró al espejo y comentó:

—Te equivocaste de profesión —si Jassim notó el temblor de su voz, no lo expresó.

—Y ahora debo ir al almacén —su voz Pera impersonal de nuevo —. Estaré fuera dos o tres horas, así que... ¿por qué no tomas una

siesta? Eso es lo que hace Sunthi todas las tardes. Tu ropa está en tu habitación. También te dejé algunos libros y...

—¡Detente! —protestó Clemence—. Todavía no accedo a tomar par te en tu plan.

—Lo discutiremos más tarde.

—No. Lo haremos ahora.

—No me entretengas más tiempo, rayo de sol —Jassim la miró con impaciencia.

—No, pero...

—¿Por casualidad lo pensaste mejor y no quieres ayudarme?

—Ni siquiera he tenido tiempo de pensarlo. Ese es el problema. Necesito un poco de tiempo para...

—Es que yo no tengo tiempo —la interrumpió Jassim, mirando su reloj—. Prometí a los chicos del trabajo que estaría allí temprano, y si no lo hago, aquello se convertirá en un tumulto.

—¿No dijiste que tenías un jefe muy comprensivo? Seguro que diez minutos no...

—Es importante que vaya al trabajo —insistió Jassim entre dientes y de dos zancadas llegó a la puerta Mientras estoy fuera, sé buena chica y piensa en lo que te dije. ¿Está bien?

—No, no está bien —empezó, pero Jassim ya había salido.

Escuchó que llamaba a Sunthi y después una puerta se cerraba. Sus piró y mientras escuchaba el motor del jeep que se alejaba, fue a su habitación. Vio la maleta junto a su cama. Una rápida revisión le indicó que Jassim llevó todo lo que pudiera necesitar para su estancia, hasta su bolso y un par de sandalias. También incluyó el bikini. “Muy organizado” pensó Clemence, mientras se vestía con pantalón y camisa de manga larga. Se puso las sandalias y caminó hacia la ventana. Permaneció mirando hacia afuera con las manos en los bolsillos del pantalón.

Se preguntaba por qué debía permanecer encerrada sólo porque él lo quería. Sobre todo, se suponía que era una mujer casada, y como la señora Harreil, ¿debía prestarse a que la mostrara como lo que quería? Lo dudaba mucho. Una esposa hubiera dicho que no desde el principio. Y en cuanto a Jassim, seguro que pensaba que la relación con Howard tenía sus limitaciones.

Y se fue pidiéndole que fuera una buena chica. Buena chica... ¡qué arrogancia! ¿Qué le daba derecho a darle órdenes? Si ella

deseaba regresar al hotel, eso haría. Quería mostrarle su independencia. Con los ojos entrecerrados, estudió los alrededores. La casa estaba construida al pie de las colinas que se convertían a lo lejos en verdaderas montañas. Al principio pensé que todo estaría aislado, pero ahora... sonrió al descubrir unos techos en la lejanía. Debía ser algún pueblo. Y en los pueblos por lo general hay teléfono, y eso significaba que podría llamar al hotel para que la fuera a recoger un taxi. ¡Cuanto sentía no poder presenciar la sorpresa y enojo de Jassim cuando regresara para descubrir que la chica buena escapé!

Una vez que decidió su partida, Clemence planeé la supervivencia. La distancia a recorrer sería de aproximadamente tres kilómetros, lo que eliminaba, además, cualquier riesgo de encontrarse con algún beduino errante, aparte de que el intenso calor haría de su caminata una maratón, a menos que fuese preparada. En su bolso encontró unos anteojos para el sol. Después, fue a hablar con Sunthi. Con exagerados gestos de mímica, le dio a entender cuán sedienta estaba. ¿Podría llevarle una botella de agua para tenerla al lado de su cama? Sonriente, el chico fue por lo que le pidió. Al pasar por el pasillo, Clemence entró a la habitación de Jassim para descubrir que en su prisa, olvidó su sombrero. ¡Bastante conveniente! Se lo puso, pero comprobó que le quedaba grande, así que lo único que pudo hacer fue ajustarlo a su medida con dos pañuelos.

De regreso a su habitación, la chica esperé. Después de un rato, los ruidos de la cocina cesaron. Esperó otros diez minutos y caminó de puntas por el pasillo hasta llegar a una puerta que viera antes y salió a un patio. Recogió su cabello dentro del sombrero, se puso los anteojos de sol, el recipiente con agua en la mano izquierda y salió.

El calor le quitó el aliento y durante unos momentos permaneció dudosa, pero después continué. En cuestión de minutos estaba sudando.

Los anteojos resbalaban por su nariz y ansiaba que su cabeza recibiera un poco de aire. Fijó la mirada en los techados lejanos y caminó, caminó, caminó.

Sobre ella un halcón volaba en círculos, demasiado amenazadores para su gusto. Clemence observó el paisaje unos momentos y después continuó la marcha. Todavía no tomaba nada,

porque llevaba quince minutos de caminata. ¿Sólo quince? Pues parecían quince eternos minutos si tomaba en cuenta la rigidez de sus huesos. Continué caminan j do. Dos veces se detuvo a tomar agua, y las dos veces siguió viendo manchas blancas, llegó un momento en que se preguntó si su vista le habría jugado una mala pasada. A los cuarenta minutos ya sentía débiles las piernas. ¿Debía regresar? A los cincuenta minutos, los techados tomaron forma específica, por lo cual no debía regresar. Ahora distinguía las construcciones y alrededor de ellas unos árboles bajo cuya sombra estaban unas cabras. Las casas, todas con antena para televisión, permanecían en silencio. No se veía un alma. Comprendió que era la hora de la siesta.

Se volvió al escuchar una risita y vio a una niña. Reía y sus enormes ojos oscurecidos con kohl brillaban de curiosidad. Clemence también le sonrió. Estaba a punto de decirle que necesitaba un teléfono cuando la niña desapareció corriendo, sólo para aparecer después con otros niños que la veían, algunos sonrientes, otros solemnes como jueces. Vestidos de rojo, púrpura o anaranjado, le recordaron una nube de mariposas. Otras niñas se materializaron, llenas de gracia en sus vestidos de muselina blanca y murmuraban entre sí. Entonces apareció una mujer. Otros hombres en túnica empezaron a llegar, mirándola serios bajo sus llamativas shemags. Fuera o no hora de la siesta, de cada casa salió por lo menos una persona para ver a la visitante.

Clemence se quitó el sombrero y movió la cabeza, soltando su cabello. En ese mismo instante las risitas cesaron. Todos estaban expectantes. Hasta las cabras parecían haber interrumpido su comida. Pensó que no era una extraterrestre, pero para el caso poco le faltaba. Una niña empezó a reír y todos señalaron su cabello. Empezaron a hablar entre sí y Clemence se sintió mejor.

—Perdón —le dijo a la mujer que estaba más cerca de ella, pero ésta se alejó riendo. La segunda mujer a quien se dirigió hizo lo mismo, entonces, la chica se acercó a un hombre y sólo preguntó—: ¿Teléfono? —pero el hombre permaneció impasible—. ¿Es que nadie sabe hablar inglés?

Nadie respondió. La casa de Jassim no tenía teléfono y por lo visto tampoco lo había en el pueblo. Hasta la civilización tenía sus límites. Miró a su alrededor y en la lejanía distinguió más techados,

pero el deseo de hacer lo que consideraba .si decisión había desaparecido. Frente a ella estaba lo desconocido, atrás estaba Jassim... ¿no era él preferible? Hubo momentos en los que pensó que le agradaba, pero frunció el ceño. Agradar no era la palabra correcta pues la emoción había aumentado a más. Aunque las chispas estallaban cuando se encontraban juntos, bajo ellas se encontraba la atracción en todo el sentido de la palabra. Hablaban el mismo idioma, tenían el mismo sentido del humor. ¿Y qué decir del mosquito? Considerando que hacía poco que se conocían, ya existía un considerable grado de atracción. No era que ella creyera mucho en esa cosa. Pero no podía negar que su vida adquirió un brillo especial desde que lo conocía.

Volvió a recoger su cabello en el sombrero y estaba a punto de continuar la marcha, cuando distinguió una nube de polvo en el camino. Esperó. Todo el poblado esperaba también. La nube de polvo se acercaba y ya se distinguía el viejo jeep conducido por un hombre moreno.

El confiable Jassim venía por ella! Olvidando que momentos antes había decidido no regresar, permaneció inmóvil hasta que el jeep se detuvo a su lado.

— ¿Qué es lo que piensas que haces? —Los ojos verdes de Jassim lanzaban chispas—. ¿Tomar parte en una marcha de protesta?

CAPITULO 6

M E voy —le informo— Estoy cansada de ser la chica buena, cansada de que quieras hacer conmigo lo que se te antoja, cansada de no tener espacio ni para respirar, así que dejé tu casa.

—¡Bien hecho, compañera! —Respondió Jassim, con pesado acento australiano— Te levantas y te vas, pero qué hay de los demás Que hay con Sunthi? Está enfermo de la preocupación. Lo encontré en la puerta de la casa diciendo que te habías ido a las arenas movedizas y que no te veríamos jamás.

—¿Arenas movedizas en el desierto? —la mirada detrás de los ante ojos oscuros se volvió cautelosa.

—Hay un lugar llamado Umm as-Samim en donde rebaños enteros de cabras han desaparecido, amén de uno que otro camello.

—¿Queda por aquí?

—No —replicó como queriendo que fuera lo contrario—. Umm as Samim está al este del Cuarto Vacío, pero Sunthi no tiene mucho sentido de la geografía. Sólo la tribu duru conoce un camino secreto para cruzarlo. Los hombres duru son altos, feroces y dominantes. Vagan por los caminos de Omán como aves de rapiña. Todos se cuidan cuan do los duru se acercan y —Jassim levantó un dedo frente a su nariz—, fuiste afortunada de no encontrarte con ellos.

—Pues acabo de encontrarme con uno de ellos —respondió con una sonrisa.

—¡Ah, no! Los duru tienen todo el tiempo del mundo para vagar en busca dé mujeres locas, yo no.

—¿Por qué no estás trabajando? —preguntó ella—. Dijiste que regresarías hasta dentro de dos o tres horas.

—Terminé temprano porque, si debes saberlo, quería enmendar las cosas. Me sentí mal por lo que te dije anoche en la playa y me sentí culpable de dejarte sola. Pero no debí preocuparme, según veo.

—Iba a regresar —comentó, asiendo con fuerza el recipiente con agua—. Y siento mucho que Sunthi estuviera preocupado.

—Te tiene en un brillante concepto, aunque si te viera ahora, seguro cambiaría de opinión, si es que no estalla en carcajadas —arqueó una ceja—. Estabas deliciosa en mi camisa. Para ser honesto, cuando llegaste a mi lado esta mañana, todas mis fantasías

estuvieron a punto de hacerse realidad y me parece que lo mismo sucedió con Sunthi Pero con mi sombrero... —el mal humor de Jassim había desaparecido—, estoy seguro que si no tuvieras orejas, te llegaría a los hombros. Y el sudor en tu rostro tampoco hace mucho por tu presentación Más pareces Clint Eastwood en un mal día —miró alrededor y pareció notar por vez primera a los atentos espectadores—. Sólo Dios sabe lo que habrán pensado de ti cuando llegaste Te das cuenta que arruinaste para siempre la r de la rosa inglesa?

—¿Quien lo dice? —lo retó quitándose el sombrero de nuevo. Movió enérgica la cabeza y cuando su largo cabello cayó,-los aldeanos murmuraron admirados.

—Estrella al instante —sonrió Jassim. Uno de los hombres gritó algo y Jassim contestó en rápido árabe—. La traducción sencilla sería que vales más así.

— no parezco Clint Eastwood en un mal día?

Jassim rió de buena gana, pero al recordar que los escuchaban, señaló hacia el jeep.

—Iremos a casa a recoger tus cosas y de allí iremos directo al hotel

—Cuando la notó dudosa, su gesto fue más enérgico—.¡Vamos!

Clemence lo obedeció. Los aldeanos se dispersaron, sólo los pequeños permanecieron atentos y se retiraron un poco cuando el jeep se puso en marcha.

—¿Y qué te hace pensar que quiero regresar de inmediato al hotel?

—preguntó la chica mirando sobre el borde de los anteojos de sol.

—Cariño —gruñó Jassim—, olvidas que quisiste lanzarte de un jeep y que pretendiste llegar caminando a no se dónde” Acciones tan sutiles como esas, me hacen darme cuenta de que estás decidida a regresar al hotel, pase lo que pase. Además, si permanecemos juntos más tiempo, temo que pronto empieces a levitar, cosa que no me sorprendería.

—¡Ya lo tienes decidido todo! No has comprendido nada de lo que he dicho.

—¿Pero de qué hablas?—preguntó Jassim, con aire de resignación.

—¡De mi decisión de hacer lo que quiero!

—¿Se trata de alguna lucha por la autonomía?

—No, se trata sólo de una súplica para que se me permita hacer las cosas a mi manera aunque sea sólo por una vez.

—Está bien. Me rindo. ¿Qué quieres hacer?

—¿Me estás dando a elegir?

¡Dios todopoderoso! Si —levanto una mano haciendo un gesto de resignación.

—En ese caso, me gustaría llegar a tu casa, permanecer allí durante los tres o cuatro días que necesita mi mano para curarse, y después regresar al hotel —dijo la chica, con toda tranquilidad.

—¿Y por qué el cambio de opinión?

—¿No se permite?

—Rayo de sol, ¿quién soy yo para interferir en tu camino?

—Además, estoy de acuerdo en actuar como tu amiga para que puedas deshacerte de tu admiradora persistente. Por cierto, ¿cómo se llama?

—Llamémosla señora X —le indicó Jassim, molesto.

—¿Señora?

—Es viuda.

—¿Quieres tu sombrero? —le ofreció Clemence a medio camino.

—Déjatelo puesto. El sol todavía está fuerte —Jassim frunció el ceño—. Dije que me sentí mal por lo que expresé anoche y así es, pero no son sólo mis palabras de las que me arrepiento. Durante todo el tiempo he sido muy brusco contigo Me he comportado como un auténtico autócrata. ¿Hay alguna posibilidad de que me perdones?

—Podría ser.

—Me disculpo, sinceramente. Lo digo de corazón.

—Muy bien dicho —sonrió Clemence.

—Son sinceras mis palabras —la miró de reojo—. ¿Ayudará en algo si detengo el jeep y me postro ante ti?

—De rodillas, por favor.

—Lo que tú digas —contestó Jassim y frenó.

—Bueno, no es para tanto —protestó Clemence, confundida ante la idea de que se humillara frente a ella. Jassim rió y continuaron la mar cha—. ¿Entonces aceptas que estoy limpia de culpa? —preguntó la chica, con satisfacción. Estar en la lista blanca de

Jassim era infinitamente mejor que estar en la negra.

—Debí saberlo desde el principio —asintió Jassim—, pero era difícil resignarse a... Para mitigar un poco las circunstancias, debo explicarte cosas que me ocurrieron, como dos ejemplos de verdaderas féminas mercenarias.

—¿Eso quiere decir que habiendo conocido a dos de ellas, estabas a la caza de una tercera?

—Me temo que sí. Sin embargo, esta mañana Khalid me explicó con lujo de detalles lo que sucedió y aceptó toda la responsabilidad.

—Eso no es honesto —protestó Clemence.

—Lo es —afirmó Jassim, muy serio.

—No, no es culpable del todo. Dadas las circunstancias, creo que me comporté un poco, o demasiado amigable —explicó Clemence —. Y eso, combinado con la idea errónea que tenía de que Howard, me dejaba a su merced, no creo que fuera toda la culpa de Khalid...

—Fue la culpa de Khalid —insistió Jassim.

—¿Dices que lo explicó todo? ¿No será que lo llevaste al desierto y lo ataste a una estaca para que confesara? —preguntó Clemence, maliciosa.

—No hubo necesidad. Leyla llegó de París anoche —rió Jassim —. Quizá a veces soy un poco rudo, pero debías haber visto su reacción. Podrá mimar en exceso a su hijo, pero cuando desea una confesión, es capaz de sacársela junto con las uñas de los dedos. Cuando terminó Leyla, el pobre chico estaba al borde de las lágrimas, igual que yo. ¿Recuerdas la canción que dice que lo que Lola desea lo consigue? Bueno, pues cambia el nombre por el de Leyla, y tienes la medida exacta —se estremeció— Siempre mantiene a Khalid bajo su mirada como le agradaría hacerlo con todo mundo, pero esta mañana lo aplasto —miró a Clemence y sonrió El movimiento del jeep había desliza do el sombrero hasta el borde de los anteojos oscuros de Clemence—. Ya no sufras en silencio, Clint Eastwood —agregó

Clemence frunció la nariz. La caminata le tomó poco más de tina hora, pero el regreso lo hicieron en sólo quince minutos. En el momento en que se acercaron a la casa, Sunthi salió a encontrarlos. No hubo necesidad de una traducción de palabras del chico pues su expresión de alivio y su sonrisa lo decían todo.

—Ya le expliqué que te quedaras unos días —la informó Jassim

cuando entraron y el chico se había calmado—. ¿Sabías que el tener a una mujer aquí es motivo de celebración? Así que para la cena, tendremos uno de los especiales de Sunthi; carne de res al curry con sambals.

—Parece delicioso.

—Y lo es. Sin embargo, no estará listo hasta que nademos un poco. Clemence recordó los kilómetros y kilómetros de ardiente desierto que se perdían en el horizonte y dijo:

—Nadar también será una delicia, ¿pero dónde?

—En mi piscina.

—¿Tienes piscina?

—Ponte el bikini y te la mostraré.

Clemence salió de su habitación cinco minutos después, con el bikini blanco y encontró que Jassim la esperaba. Llevaba un breve traje de baño negro y una toalla sobre el hombro. Caminando detrás de él, a Clemence le fue imposible no notar el cuerpo musculoso. Notarlo y admirarlo. Tenía amplios hombros, vientre plano y lo que Yvonne tanto admiraba en Howard, un bonito trasero. Pero Jassim se movía con gracia, cosa que no hacía Howard. Su piel era dorada y tersa y sería cálida al tacto, con toda seguridad.

Jassim la guió por la cocina, bromeando con Sunthi antes de abrir una puerta que daba a un pequeño patio soleado.

—La vista de la casa desde el frente podrá ser monótona, pero atrás es diferente.

Clemence deslizó la mirada más allá de la pared de piedra. Contra ella, había palmeras que delineaban el principio de un jardín que terminaba donde se alzaba una montaña. En ese lugar se formaba un re manso natural, que la chica contemplaba extasiada. La roca que debería estar desnuda e inhóspita, tenía helechos frondosos y por todas partes había flores. Era como tener en medio del desierto un oasis fantástico.

—¿Cómo? —preguntó simplemente la chica.

—En lo alto de la montaña hay un arroyo que se alimenta de un manantial. El agua que escurre por la montaña, termina en mi piscina.

Jassim le permitió admirar todo durante otros dos minutos, pero después la guió hacia otro jardín, caminando entre las plantas y verdes palmeras. Exóticas orquídeas perfumaban el aire y los

helechos acariciaban sus tobillos. Clemence admiraba todo y apenas notó cuando llegaron a una poza de forma oval rodeada de musgo verde. Se habría sumergido de inmediato, si no llevara la mano vendada. Fue Jassim quien lo hizo mientras ella rodeaba la piscina natural hasta que encontró un lugar para sentarse en el borde.

—¿Quieres que te ayude? —ofreció Jassim, apareciendo a poca distancia de donde ella estaba sentada. El sacudió la cabeza para apartarse el pelo del rostro—. Me temo que no hay escalones para que entres.

—No, pero estoy bien —le aseguró Clemence. Unos minutos antes luchó contra el deseo de tocarlo, pero ahora el que él la tocara sería peligroso—. Puedo meterme... ¡así!

Pudo nadar un poco, manteniendo fuera del agua su mano vendada. Después se mantuvo a flote, pero por mucho que le agradara nadar, era incómodo hacerlo de esa manera. Mientras Jassim iba de un lado a otro, ella se dedicó a examinar la piscina. ¿Había alguna parte por donde pudiera salir sin ayuda? Tuvo que admitir que no.

—¿Me puedes dar una mano, por favor? —pidió la chica.

Jassim lo hizo literalmente. Salió en un movimiento fluido y se inclinó hacia ella.

—Dame la mano —le indicó entrelazando sus dedos bronceados con los de la chica. Dio un enérgico tirón que dejó a Clemence entre sus brazos.

Después debía liberarla o Clemence tenía que apartarse, pero ninguno de los dos se movió. La sostenía muy cerca, tanto, que el cuerpo de ella palpitaba contra el de Jassim.

—Gracias —murmuró Clemence. Cuando Jassim sonrió, ella levantó la mano, casi contra su voluntad. Con la punta del dedo, recorrió la mejilla de Jassim. Estaba cálida y húmeda—. Muy tersa —dijo ella y agregó—. ¿Qué pasó con la barba de las cinco de la tarde?

—No me atrevería a dejar de afeitarme y menos ahora. Nunca después de la forma como me miraste.

—¿Y cómo te miré?

—Como si fuera uno de los más grandes desarrapados. Dos años en Omán deben haberme convertido en alguien primitivo —su mirada adquirió seriedad—. Sospecho que llevar una vida tan

básica, me hizo comportarme como un cavernícola contigo. Sobre todo anoche, cuan do tuve la idea de que permanecieras aquí, y hoy antes de irme a trabajar. Estoy acostumbrado a dar órdenes a mis trabajadores y hasta espero que salten cuando lo hago, así que creo que he olvidado las delicadezas.

—¿Tienes trabajadores?

—Uno o dos.

—Suena como si fuera afortunada de que anoche no me golpearas la cabeza y me arrastraras del cabello.

—Mis gracias sociales pueden haberse tornado bruscas, pero no al grado de hacerme olvidar que ese comportamiento es inadmisible

—dijo con el ceño fruncido y soltándola—. Sobre todo con una mujer casada.

—Oh —comentó Clemence, consciente de su supuesto estado civil.

—¿Estás segura que no hay nada que quieras decirme? —continuó él al fin.

—¿Como qué?

Howard le advirtió en contra de las indiscreciones, ¿pero debía re velar que no estaba casada? La idea parecía tentadora y el momento ideal. Confiaba en que Jassim no iría contando por todas partes lo que ella dijera, así que... ¿a quién lastimaba haciéndole una revelación?

—Vamos a sentarnos —le dijo él casi arrastrándola a su lado a la orilla de la poza. Apoyado en sus brazos, miró sus piernas y pies metidos en el agua—. Clem, cuando fui al hotel a recoger tus cosas, yo descubrí algo —dijo cauteloso.

—¡Oh! —volvió a murmurar la chica.

Lo único que pudo descubrir era que no estaba casada. Eso debía ser. Bueno, estaba a un paso de decírselo, pero como ya lo sabía, eso cambiaba las cosas. La mente de Clemence bullía, pues el acceso a esa información estaba sólo en su pasaporte, que se encontraba en el fondo de uno de los cajones. Y los cajones estaban cerrados con llave, y la llave estaba en su bolso de mano. Su ira estalló. Miró furiosa a ambos lados. ¿Cómo se atrevió a hurgar entre sus cosas? Bueno, si esperaba que desfalleciera cuando le dijera que sabía que no era la esposa de

Howard, estaba muy equivocado. Si estaba ilegalmente en

Omán, no era culpa suya, sino de Bernie. Se sentó tan derecha como un soldado.

—¿Y bien?

—Rayo de sol, no es necesario que estés a la defensiva conmigo.

—No lo estoy. No tengo por qué estar a la defensiva. Todo lo que sucedió antes que llegáramos a Omán fue que Howard...

—¿Encontró a otra mujer?

—¿Como lo supiste? —rió Clemence, sorprendida ante la inesperada revelación.

—¿Ella es la razón por la que él te, dejo aquí?

—Sí, pero...

—Lo sabía. Su comportamiento en la oficina de Khalid fue muy sospechoso. Llegó diciendo que quería estar al lado de su madre, pero la historia nunca me pareció verdadera.

—Fue la primera excusa que se nos ocurrió en ese momento —murmuró Eso me incomodó desde el principio y sobre todo, odié la mentira que se esparció con tanta rapidez.

—Mentiste y yo sabía que mentías —agregó Jassim, torvo—. Ese ha sido todo el problema. Eso fue lo que me hizo comportarme tan antagónico, pues no sabía dónde terminaban las mentiras y empezaba la verdad. Cuando el chico que asea las habitaciones me dijo que tú dormías en la cama mientras que Howard utilizaba el sofá, se confirmaron mis sospechas. Pero créeme que no interrogaba al chico —agregó, cuando ella se le quedó viendo azorada—. No creí propio entrar así nada más a tu habitación y empezar a recoger tus cosas, por lo que le pedí que me acompañara. Mientras yo guardaba tu ropa, I empezó a decirme todas esas cosas.. Quizá no debió hacerlo, pero en cualquier hotel las actividades o falta de actividades de los huéspedes, son del conocimiento del personal Debiste darte cuenta de que desde la primera noche todo se sabría.

—Yo... sí, así lo hicimos, pero no podíamos hacer nada al respecto

—Clemence confirmó que Jássim no andaba hurgando sus pertenencias. No vio su pasaporte. Pero si la información que obtuvo no se utilizaba adecuadamente, podía llevarlo a conclusiones falsas—. Es asunto nuestro De nadie mas —explico— Sin embargo

—Cierto, sólo es asunto de ustedes —interrumpió Jassim y

volvió a sumergirse en el agua.

Así, la conversación quedó terminada y la oportunidad de hablarle acerca de ella y Howard desapareció. Jassim continuó nadando hasta que Clemence le gritó que Sunthi los llamaba a cenar. Durante la cena y después, Clemence buscó el momento para volver a hablar del tema, pero su anfitrión parecía dispuesto a todo lo contrario y sólo habló de libros, películas, sus viajes por Omán, los viajes de Clemence por Europa. La chica tuvo que admitir que pasó una velada agradable.

Al día siguiente, despertó sin dolores y la mente despejada. Si ella y Jassim empezaron con el pie equivocado, todo eso pertenecía al pasado.. Le diría que era soltera porque... necesitaba que él lo supiera. Y si entonces Jassim decidía acercarse más a ella, Clemence no pon dría ningún obstáculo. Ninguno.

Pero cuando llegó a desayunar, descubrió que estaría sola durante las próximas dos o tres horas. Jassim le dejó una nota llena de disculpas, explicando que un problema requería su presencia donde estaban las máquinas. Lo sentía mucho, pero debía ir allá. Además no tenía idea a qué hora regresaría.

Antes de ducharse, Clemence revisó su muñeca. Parecía en buenas condiciones. Imaginó que tocaba el arpa y descubrió que también sus dedos estaban bien. Informó a Sunthi que le ayudaría a lavar los platos del desayuno, cosa que el chico agradeció con una sonrisa. Después Clemence vagó por la casa y revisó los libros que Jassim le dejó. Entre ellos se encontraban algunas novelas de las que hablaran la noche anterior. El Jardín Perfumado, tres libros sobre viajes árabes y una copia del Rubaiyat de Omar Khayyam. ¿Por dónde empezar?

Clemence abrió uno de los libros de viajes y la dedicatoria llamó su atención. “Para mi amado Jassim, de Roz”. ¿Quién era Roz? ¿La misteriosa señora X o alguna chica que estaba en Australia? Una chica con la que quizá deseaba regresar. Frunció el ceño quejándose de su estupidez. Estaba tan ocupada pensando cómo hablar con Jassim, creyendo que si estaba disponible, él querría buscar un acercamiento, que nunca se le ocurrió que sucediera algo así. Tal vez él no buscaba un acercamiento. Admitió que parecía atraído hacia ella, pero si las mujeres escaseaban en su vida últimamente, cualquiera lo atraería igual. Era un hombre normal. Suponiendo que

se tratara para él sólo de un romance para llenar el tiempo... ¿qué? Ella ya sabía lo que era ese tipo de aventuras.

Regresó a la cocina donde encontró a Sunthi preparando el almuerzo. Clemence era afición entusiasta de la cocina, pero pocas oportunidades tenía de hacerlo, debido a sus constantes viajes. Pidió a Sunthi que la dejara ayudar, y todo su disgusto desapareció cuando el joven la admitió en la cocina con una amplia sonrisa. Con una mezcla rara de señales y de idioma inglés, amén de mucha risa, prepararon el almuerzo. Después lo ayudó otra vez a lavar los platos, y cuando el chico empezaba los preparativos de la cena, todavía no había señales de Jassim.

Como no tenía por costumbre dormir durante el día, Clemence decidió leer un poco. Pero al poco tiempo de recostarse, sus ojos se cerraron. Cuando los volvió a abrir, ya habían pasado casi tres horas.

Encontró a Sunthi muy ocupado en la cocina y se ofreció a ayudar.

—¿Te ayudo en algo? —preguntó, pero Sunthi la sacó de la cocina.

—El jefe —le dijo señalando la puerta trasera.

—¿Nadando? —hizo mímica exagerada que provocó la risa de Sunthi, quien asintió.

Minutos después, caminaba descaJ.za hacia la piscina, en su bikini blanco. Jassim nadaba con gracia y al llegar a la orilla salió con un movimiento enérgico. El pecho de Clemence se ensanchó por la sor presa. Estaba desnudo.., por completo. Su cuerpo era una gloriosa combinación de músculos) nervios y piel dorada. No había comparación posible con la palidez de Ralph, ni con el desgarbado Howard. Jassim era una raza completamente diferente.

—Ahora estamos igual —dijo haciéndola saltar: Tomó una toalla y la enredó en su cintura—. Acostumbro venir aquí cuando llego del trabajo, y como Sunthi me dijo que dormías la siesta, decidí hacerlo igual que siempre.

—Comprendo —Clemence esbozó una débil sonrisa.

—El problema que te mencioné, estaba en la construcción de un hospital. No importa que sea viernes, día de descanso para los musulmanes, se decidió que urgía más concreto. Había cinco o seis mezcladoras allá, pero una se descompuso. Así que en vez de

descansar el único día de la semana que puedo hacerlo; tuve que ir a componer la maldita máquina.

—¿Eres mecánico? —preguntó la chica.

--Entre otras cosas. Trabajar horas y horas bajo el ardiente sol no es cosa de broma. Cuando dejé la máquina funcionando, llegó otra con el neumático pinchado. Viajé horas y horas para conseguir un repuesto y cuando lo hice, ¿qué crees? Uno de los conductores no se sentía bien. Debí imaginar que las desgracias llegan de tres en tres —Jassim la miró ceñudo—. Bueno, di algo.

¿Qué? ¿Cómo? Clemence sentía la boca seca y los pulmones sin aire. Trató de comentar algo, pero nada le vino a la mente. Todo lo que podía hacer era mirar al hombre que tenía enfrente, un hombre musculoso con piel acaramelada y ojos verdes.

—¡Detente! Detente, Clem —le ordenó él—. Deja de mirarme así.

—¿Cómo? —apenas pudo preguntar.

Entre ellos parecía flotar una energía pujante. Trató de no mirarlo, pero le fue imposible. Poco a poco se fueron acercando uno al otro y no supo quién de los dos lo hizo, pero en un segundo estaban abraza dos. Parecía que el destino la tenía reservada para su cuerpo. Ciernen- ce pudo sentirlo todo... su pecho musculoso, su vientre plano, el impacto de sus muslos. Y cuando la besó, saboreando la miel de su boca, el fuego corrió por las venas de Clemence.

—¡Maldición? —murmuró Jassim contra su boca y se apartó un poco—. ¡Maldición! —repitió con más firmeza. Arregló la toalla alrededor de su cintura—. Según veo, ya no llevas vendajes, lo que quiere decir que ya estás bien —ella asintió—. Perfecto, después de cenar, te llevaré de nuevo al hotel.

—¿Despues de cenar? —repitió sin sentido.

—Querrás regresar a tu arpa.

—Sí, eso supongo, pero...

—Y como te pagan bastante bien para que toques en el Plaza, cuanto más pronto te regrese, mejor.

Clemence estaba extrañada de que la quisiera llevar tan aprisa al hotel.

—Mi muñeca parece bien, pero creo que-no lo suficiente para una sesión completa.

—Cierto, y la única manera de mejorarla, es practicando. Algo que no podrás hacer hasta que la tengas en tus manos.

—Jassim, el doctor recomendó tres o cuatro días para mi restablecimiento, así que..., por qué no me llevas mañana? —sonrió de manera encantadora—. No habrá mucha diferencia si me quedo esta -noche.

—Haría toda la diferencia —objetó Jassim.

—¿Cómo?

Jassim lo dudó un momento, pero agregó apresurado:

—La fecha de regreso de Howard nunca se especificó, ¿verdad? ¿Entonces qué pensaría si llega esta noche y no te encuentra?

—¿Esta noche? —Clemence rió incrédula—. De ninguna manera. No puede aparecer como el genio de una botella.

—Podría cambiar de planes.

—No lo hará, pero aunque llegara y descubriera que estoy contigo, no...

—Está bien, está bien —la interrumpió—. Ya aclaramos que tanto tú como él son libres, pero no tiene objeto complicar las cosas. Si estás allí para recibirlo...

—Lo espero hasta el próximo jueves, no antes —frunció el ceño —. ¿Ha tratado de hablar conmigo?

—No. Esta tarde llamé al conmutador del hotel y no lo hizo. No has tenido llamadas.

—Entonces es definitivo que no regresará al Plaza esta semana.

—Pero tú sí.

—Si me quedo un poco más, aunque sea sólo esta noche, la situación se presentará más creíble ante tu señora X —señaló Clemence.

—No será así. Ya hablé con ella. Le dije que estarás conmigo y...

—miró sobre su hombro que me interesas, pero todo lo que hizo fue llamarme bribón. No fue la reacción que esperaba —agregó seco.

—Le explicaste que Howard y yo estamos...

—Sí. Mira, si fueras soltera, ella te consideraría algo serio en mi vida. Pero como no lo eres, no lo creyó. Así de sencillo.

—No, no es así —protestó Clemence—. Howard y yo acordamos seguir caminos separados, pero eso es porque...

—Me lo dirás después —caminó hacia la casa—. La cena casi

está lista, así que si quieres nadar, hazlo ahora. Yo voy a vestirme. Y cuanto más pronto cenemos, mejor —declaró Jassim con brusco acento australiano.

—Te agradecería que me escucharas un momento —terqueó Clemence.

—Como dijiste ayer es asunto suyo, de nadie más —Jassim movió la cabeza.

La chica se enfurruñó al verlo alejarse. ¿Qué iba a suceder? Cuando él sugirió.., no, ¡insistió! que se quedara en su casa, su ausencia y presentaciones canceladas no presentaron ningún problema. Y ahora veía cada hora perdida como algo vital. ¿Por qué? Tampoco hubo objeción cuando supo que ella y Howard estaban por separarse. ¿Entonces, en medio de su beso, fue el recuerdo de la chica, Roz, lo que lo ha actuar así?

¿Era la culpa, el deseo de fidelidad lo que lo hacía insistir en alejarla de su lado?

—Acerca de mí y de Howard —gritó Clemence, en último intento desesperado.

—No me interesa —gritó él sobre su hombro— Todo lo que me in teresa es que nades y que vengas a cenar. Quiero llevarte al Plaza dentro de dos horas.

—¿Se me permite decir lo que quiero yo?

Jassim se detuvo, la miró y dijo:

—¿En esta ocasión, Clemence, no, no y no!

CAPITULO 7

J ASSIM se movió aprisa. Apenas cenaron, la llevó en el jeep de regreso, cruzando el desierto a velocidad peligrosa, y ya en el

hotel, casi la empujaba para dejarla en su habitación, donde le dijo adiós a toda prisa Herida e indignada, Clemence sintió deseos de golpear algo Pero lo que hizo fue acomodar sus cosas, darse un baño de tina con esencias perfumadas y después ver películas. Sin embargo, la comodidad que la rodeaba, tan atractiva a distancia, no la alegraba mucho.

Después de preguntar al otro día, supo que su arpa estuvo bien guardada, así que después de desayunar, fue a practicar un poco. Mientras lo hacía, se dio cuenta que la recomendación del doctor fue exagerada. Sus dedos y muñeca estaban tan ágiles como siempre. Queriendo avisar a Khalid que estaba lista para reiniciar sus presentaciones, se dirigía a su oficina, cuando le avisaron que tenía una llamada telefónica. Era Howard.

—Estoy en una caseta y no tengo mucho dinero, así que trataré de ser breve —dijo él, en cuanto escuchó su voz—. Me disculpo por no haber llamado antes, pero te aviso para que me esperes en Omán el próximo fin de semana.

—¿El fin de semana? ¡Pero quedamos que llegarías el jueves! —siseó, deseando estar en un lugar más privado que en la recepción —. Y, ahora que lo mencionas, debí saber que te quedarías un mes, tal como dijiste. Ahora dices que llegarás el fin de semana, pero... ¿no intentarás dejarme aquí hasta que termine nuestro contrato

—Clem, tienes mi promesa solemne de que estere en el Plaza el próximo fin de semana.

—¿Sábado o domingo? —preguntó Clemence.

Se hizo una pausa mientras Howard depositaba más dinero.

—El domingo. Estoy tratando de encontrar un vuelo por la mañana, pero todavía no me lo confirman en la agencia. En cuanto tenga el número de vuelo te aviso. ¿Y tú cómo estás? ¿Todavía nadas con Otto? No sabes lo afortunada que eres de estar donde hay sol. Aquí no pasa nada más que llover. Y hace mucho frío. En televisión dicen que son las temperaturas más bajas de todo el año.

—Howard, el clima es lo que menos me interesa discutir.

“Beeb, beep, beep”, sonó la señal de nuevo.

—Lo siento, no tengo más dinero —comentó Howard— No te preocupes, trataré de...

La comunicación se cortó y Clemence dejó el auricular en su lugar. Howard era poco confiable, un caso perdido. ¡Se merecía a Yvonne! Esbozó una sonrisa al empleado y ahora tenía dos razones para hablar de inmediato con Khalid. Pensó que debido a lo que sucedió en la playa, Khalid no pondría objeción a que se prolongara la ausencia de su compañero. Hasta era probable que con el rostro enrojecido le pidiera disculpas y accediera a cualquier cosa.

Pero no encontró a Khalid por ninguna parte. Pensando que estaría en sus oficinas superiores, Clemence se dirigía al ascensor cuando Otto la alcanzó.

—¿Ya terminó el safari por el desierto? —la sorpresa de encontrar a Clemence, fue tan grande como la de ella al verlo.

—Voy a avisar que estoy lista para continuar con mis presentaciones. —

—En ese caso me aseguraré de que se le diga al señor Varoop y su grupo que ya no necesitamos Supervisar la programación de espectáculos es por el momento mi obligación —explicó el suizo y Clemence pareció extrañada—. Y aquí entre nos, es un alivio que ya estés de regreso. ¡Todavía tengo que adquirir gusto por la música hindú!

—Me temo que sólo estaré yo en escena —se disculpó—. Howard me llamó para decirme que regresará hasta la semana entrante.

—No te preocupes por eso.

—Gracias, Durante su ausencia hemos estado recibiendo la paga completa —dijo Clemence, ansiosa por arreglar de una vez el aspecto financiero, aunque Howard se enojara—, y no me parece justo para el hotel. Agradecería si reducen el sueldo de acuerdo con la ausencia de Howard.

—Olvídalo. Ya hablaremos de eso cuando regrese Howard —la acompañó hacia el ascensor y preguntó—: ¿Y con qué vas a complacer a nuestros huéspedes esta noche?

—Pensé en música de los Beatles.

—No estaría mal —le sonrió Otto.

Y así fue. Aunque Clemence pensó que su muñeca y dedos

estarían débiles para una actuación completa, sus temores fueron infundados y todo salió bien Eso le dejó un sentimiento de satisfacción mucho más de lo que podía decirse de otros aspectos de su vida.

Howard y sus frecuentes pretextos para no regresar la molestaban como lija, pero quien verdaderamente la intranquilizaba era Jassim. Para ella era un misterio su premura por marcharse. Lo único que podía suponer era que lo acosaban los recuerdos de la mujer de Australia. Tenía presente que mencionó llamadas y visitas a Brisbane. No sabía lo que pasaba, pero Jassim se había convertido en alguien importante para ella y, muy dentro de sí, sabía que lo mismo le sucedía a él. Su besó se lo demostró. Y si lo miraba con anhelo, con aceptación, ¿acaso él no hacía lo mismo con ella? Estaba segura de que aunque le dijo “adiós” no era así Compartían algo, y ese “algo” lo haría

Volver a su lado.

El sábado se volvió tantas veces a buscarlo mientras tocaba, que es tuvo a punto de marearse. Como no apareció, esperó al domingo. Es pera yana. Puso todos sus anhelos en el lunes, pero el lugar favorito de Jassim permaneció vacío. Al quinto día y la décima presentación, decidió que esa angustia debía terminar. Tenía que admitir que se equivocó y que, cuando Jassim dijo “adiós”, hablaba en serio.

Clemence cepilló de prisa su cabello y buscó su sombrero Stetson. Aunque Jassim no quisiera regresar, la más elemental cortesía dictaba que al menos preguntara si su mano estaba bien, pensó la chica. Salió del bungalow después de mirarse al espejo y confirmar que su apariencia era impecable. Se dirigió al escenario pensando que los Al Fon eran cortos de atenciones Mal de familia, seguramente Jassim se disculpó por su comportamiento anterior, pero Khalid, el verdadero villano, todavía no lo hacía. De hecho, desde que regresara de casa de Jassim, no lo vio en ninguna parte. Los días en que la buscaba para charlar y bromear se habían terminado. El joven debía estar en alerta continua, escondiéndose detrás de las columnas cuando ella aparecía por algún lado. Clemence pensaba que no era necesario que la viera, al menos pudo escribirle una nota, eso habría sido más que suficiente.

—¿Puedes decirme dónde puedo encontrar a Khalid? —preguntó

a Otto, cuando lo vio.

—No está aquí.

—Entonces me agradaría hablar con él en cuanto regrese —manifestó decidida—. Y silo que se necesita es hacer cita, pues la hago en este momento.

—No puedes. Quiero decir, no tiene objeto. ¿Es que no lo sabías? Khalid está en Estados Unidos. En San Francisco, para ser exactos. Pero si me dices cuál es el problema, haré todo lo que pueda para ayudarte.

—No... no. Gracias ¿Cuándo se fue?

—El viernes pasado por la tarde. Tengo entendido que tomará un curso de administración de hoteles de dos años. Desde luego, vendrá al término del primer semestre, pero... —Otto bajó la voz y volvió la mirada para ver si nadie los escuchaba—, aquí entre nos, sospecho que el arreglo fue bastante precipitado. El viernes empezaron las oleadas de llamadas telefónicas desde el penthouse después llego el coche con chofer en donde fue acomodada media docena de maletas. Clem que aunque casi acababa de llegar, la señora tu Fon volvería a salir, pero en vez de eso, era Khalid quien se iba. Y parecía muy compungido. Cuando el botones le preguntó si algo andaba mal, él contestó que estaba en un aprieto. ¡En un aprieto! —se escuchó un violento resoplido—Cualquier cosa que haya hecho, debió ser algo grave, pues su madre nunca lo envía lejos a menos que... —de pronto Otto miró l reloj de pared y agregó —: Te estoy retrasando.

Clemence subió al escenario. Empezó a tocar con calma, aunque por dentro estaba muy agitada. Ahora todo encajaba. Jassim la retuvo en su casa sólo hasta que su hermano se marchara. Su cuento de que la necesitaba para engañar a la misteriosa señora X era una mentira. Hasta el nombre, señora X, debió despertar sus sospechas. Y también debió sospechar cuando él le dijo que su plan no daría resultado. En lugar de eso, se arregló la salida de Khalid para que no hubiera problemas con ella.

Pensó en los acontecimientos de la ultima semana. Ella fue importante para Jassim en la medida en que le fuera útil. Pero después... nada. Era claro que Leyla Al Fon lo arregló todo, pero Clemence es taba segura que su hijastro dio el primer paso. ¿Por qué actuó con tanta rapidez? Otto suponía que Khalid hizo algo

grave, pero ella creía que el fallido intento de seducción de su parte no era para tanto Esfumarlo era llegar a los extremos. ¿Y suponiendo que Khalid nO sólo hubiese cometido ese “error”, sino varios de ellos? ¿Si Khalid tenía por costumbre raptar mujeres? Suposiciones, puras suposiciones.

Ensimismada en sus pensamientos, Clemence casi no prestó atención a los aplausos al término de su actuación, pero de pronto su mira da se detuvo. Un hombre alto, con ropa de trabajo y apoyado en la pared, la miraba con fijeza. Así que después de cinco noches, Jassim decidía aparecer de nuevo. Guardó apresurada sus partituras y bajó del escenario. Taconeando con las botas, se dirigió en línea recta hacia él.

—¡Qué llegada más oportuna! Eres la persona a quien deseaba ver.

—¿A mí?

— Supe que exiliaste a Khalid. ¿Podrías explicarme por qué?

—En primer, lugar, yo no lo exilié —le indicó Jassim, echando atrás su sombrero.

—Está bien. Lo mandaste —corrigió, impaciente.

—Yo no. La idea fue de Leyla, y por lo demás, debo decir que estuve de acuerdo, aunque mis razones para enviarlo lejos, son muy diferentes a las de ella. Khalid está allá para estudiar administración hotelera.

—No escuchaste la pregunta. Quiero saber por qué se fue, no para qué. Fue por lo que pasó en la playa, ¿verdad? —preguntó Clemence, alzando la voz.

—Sí. Leyla pensó que en vista de lo que sucedió contigo...

—¿Solo conmigo? ¿No se te olvida Ingrid? ¿Y no se te olvida alguien más? ¿A cuántas mujeres más ha tratado Khalid con demasiada.., atención? ¿Media docena? ¿Veinte? ¿Todas las imaginables?

Su alegata había atraído la atención en el vestíbulo y todos querían escuchar.

—Hablaremos en tu habitación —sugirió Jassim, tomándola del brazo—. Vamos.

—¡No iré! No iré a ninguna parte contigo. ¡Oh! —en su intento por evitar que la tocara, las hojas pautadas salieron volando por todas partes—. Todo esto es culpa tuya —protestó Clemence y se

arrodilló para recogerlas.

—Permíteme —arrodillándose a su lado, Jassim empezó a ordenar las hojas con todo cuidado—. ¿Quieres guardarlas en la carpeta que estás estrujando? —preguntó.

—¡No! —Jassim era tan calmado, tan tranquilo, tan organizado —. Lo que quiero es una explicación de.

—¡Shh! —igual que momentos antes, Jassim se puso el dedo en los labios.

—¡No quiero ningún shhh!

—Clem, es posible que no te importe dar un espectáculo aquí, pero a mí sí —dijo poniéndose de pie—. Así que prefiero continuar esta discusión afuera, en un lugar más privado —le entregó las hojas pautadas y se alejó. Al llegar a las puertas de cristal se volvió —. Eso, si quieres continuar discutiendo.

Clemence lo siguió. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—El incidente de la semana pasada fue el último de una serie, ¿verdad? —preguntó, cuando llegaron a la terraza—. Y la razón por la que tu hermano está ahora en Estados Unidos, es porque tanto tú como su- madre están aterrorizados de que su costumbre llegue a ser fatal —lo miró de tal manera, que su mirada parecía puñal—. Dijiste que las leyes en Omán son muy estrictas. ¿Qué hacen con los raptores y galanes? ¿Los entierran vivos?

—Khalid no es nada de eso y bien lo sabes —suspiró Jassim.

—¿Lo sé? Está bien, no resulté herida ni lastimada, ¿pero qué me dices de las otras?

—No ha habido ninguna otra.

— Y qué me dices de la pobre Ingrid?

—¿La pobre Ingrid? —preguntó con voz cortante—. ¡Si hubiera me dalla olímpica para premiar a las brujas más calculadoras, ella obtendría la de oro siempre!

---¡Y en mi opinión, Khalid la obtendría en la categoría varonil! Yo...

En ese momento Jassim vio a dos hombres que se acercaban a ellos y frunció el ceño. Ella tuvo que callar hasta que pasaron y, lista para continuar, tomaba aliento, cuando Jassim la interrumpió.

—Me niego a permanecer aquí donde todo mundo escucha lo que hablamos, y como ya aclaraste que no vas a ir conmigo a ninguna par te, espero que me indiques qué hacer y adonde quiera

que decidas ir, agradecería que antes pasaras a dejar a tu bungalow esas hojas de música, porque por la manera en que las llevas, en cualquier momento acabarán esparcidas por los cuatro puntos cardinales.

Clemence apretó las hojas contra su pecho y bajó por los escalones de la terraza.

—¿Entonces quieres que crea que Ingrid es una bruja y Khalid un chico bueno e inocente? —inquirió, mientras caminaban por los jardines.

—No Khalid tiene su parte de culpa Pero Khalid y su fortuna fue ron para Ingrid lo que la carne fresca es para un tiburón. Y como no puso objeción para dormir con él, la oportunidad de obtener dinero es taba más cercana.

—¿En dónde la conoció?

—Aquí, en el Plaza.

—Déjame adivinar. ¿Ella tocaba el arpa?

Se dedicaba a holgazanear y a visitar el bar. Sin embargo, era rubia y bonita. Supongo que eso también me predispuso en tu contra. Sólo vi las semejanzas y sí, está bien, necesito anteojos —agregó con tono beligerante.

—Y con mucho aumento.

Casi llegaban a la habitación de Clemence y se detuvieron cerca de la piscina alumbrada por una lámpara antigua.

—Khalid se quemó las manos una vez —explicó Jassim—. No permitiría que se volviera a quemar.

—¡Según tú!

—Así es. Mira, en cuanto a las mentiras que dicen tú y Howard, yo me siento inclinado a darte el beneficio de la duda. ¿No puedes hacer lo mismo?

—Bueno.., sí —suspiró Clemence.

—No había manera de que yo te cuidara todo el tiempo, pero suponía que si llegabas al escenario a las seis en punto, nada podía haber pasado entre ustedes —Jassim dejó de hablar y con los ojos entre cerrados miro a los arbustos., a la oscuridad—. Ingrid coqueteó con Khalid y le hizo creer que lo deseaba —dijo concentrando otra vez su atención en lo que decía—. Así que la invitó a la playa.

—¿Khalid fingió que la invitaba a comer carne asada?

—No. Fue una invitación directa, para encontrarse a solas. Y ella sabía que... —Jassim se interrumpió para ver otra vez hacia la oscuridad—. El quería besarla así.

Mientras se inclinaba para besarla, Clemence se quedó pasmada. No podía creer lo que sucedía. Un momento Jassim hablaba como si nada, y después la besaba como si su vida dependiera de ello. No había tiempo para pensar en las hojas que se arrugaban entre ellos. Quiso apartarse, pero la sujetaba con fuerza. El beso se hizo eterno, y hubo un momento en que ella abrió su boca para besarlo. Al fin, Jassim se apartó.

—Gracias —miró uno de los senderos del jardín y frunció el ceño. Lo siguiente que supo Clemence, fue que Jassim la empujaba hacia su cabaña y la abrazaba.

—¿Donde tienes la llave? —preguntó, mientras la volvía a besar.

—No creo que...

—La llave —insistió él. El sombrero de la chica estaba a punto de. caer de su cabeza, así que levantó una mano y se lo volvió a acomodar—. ¿Dónde está la maldita llave?

—Jassim, nosotros...

Besándola por tercera vez, Jassim buscó en la chaqueta de Clemence. Cuando encontró la llave se movió rápido. Antes de saber qué su cedía, ya estaban adentro.

—Gracias —le volvió a decir Jassim. El lugar estaba semialumbrado por la luz de la lámpara exterior y ella distinguió la sonrisa luminosa de Jassim—. Gracias por cooperar —repitió.

—¿Cooperar... en qué? —Clemence se sentía débil, maravillada.

—Para engañar a la señora X.

—No esperas que crea que esa mujer existe, ¿verdad?

—Existe, Clem. Estaba allá afuera. Supongo que nos vio discutiendo en el vestíbulo y nos siguió. Si antes no creyó que lo nuestro fuera serio.., vernos abrazados la hará reconsiderar la situación.

Clemence puso sus partituras en el escritorio y se volvió.

—Debo haber estado loca para creerte antes, pero no pienses que voy a caer por segunda vez en tu juego. Me llevaste a tu casa con falsos pretextos. Nada tengo que ver con la señora X, pero sí con Khalid.

—Incorrecto —dijo Jassim caminando hacia la ventana y

mirando entre las cortinas—. ¿Te mantuve allá? —Regresó a su lado —. No. Pero piensa. Después que te fuiste, ¿quién era el ansioso por regresar al hotel? ¿Y no fuiste tú quien dijo que no?

—Lo arreglaste todo de manera que pareciera que era yo quien tomaba la decisión.

—¿Dios? ¿Cómo podía mantener a una chica como tú?...

Clemence lo interrumpió.

—Entonces fingiste que me dabas a elegir, pero era obvio que no se me permitió opinar cuando ya no me quisiste allá. Claro! Ahora recuerdo que dijiste que habías llamado acá el viernes por la tarde. Calculabas que al preguntar si Howard llamó...

—Así fue.

—¡Vaya! —exclamó Clemence y Jassim encogió los hombros—. Apuesto a que llamaste para ver si Khalid ya no estaba por los alrededores. Como así era, entonces fue buena hora para cenar, subirme al jeep y venir a botarme —dijo la chica, sin molestarse en ocultar el dolor en su voz.

Jassim se quitó el sombrero y contestó:

—Si te hubieras quedado, todo habría sido... —frunció el ceño mientras daba vueltas entre sus manos al maltratado sombrero—, desastroso o maravilloso, según lo veas. Te explicaré más tarde —dejó su sombrero en el escritorio junto a las hojas pautadas de Clemence—. Primero quiero aclarar el asunto de Ingrid. Se fue a la playa con Khalid y allí tuvieron gran jolgorio, después se fueron a una casa que tiene Leyla en el sur. Esa mujer lo convenció de que unos días solos serían maravillosos. Kha lid recordó que la casa de su madre estaba vacía, así que hacia allá se dirigieron —el tono de Jassim tranquilizó a Clemence—. Lo primero que supe del asunto fue cuando Leyla me llamó al trabajo al otro día, frenética porque Khalid había desaparecido. Acostumbrada a seguirle la pista, decidió averiguar qué planes tenía su hijo para el día anterior. Supo que comentó que se iba a la playa con un acompañante... hombre. Sin embargo, alguien se dio cuenta de que se marchaba con Ingrid. Con discreción Leyla averiguó que se vio el auto de su hijo rumbo al sur. Como la casa parecía el destino lógico, hacia allá me dirigí. Los tomé por sor presa e Ingrid confesó que todo fue idea suya. Después de una noche de pensar bien las cosas, decidió cambiar su historia, dijo que Khalid era un maniático sexual y amenazó con avisar a la

policía…

—Igual que hice yo.

—Así parece —aceptó cortante—, y también juró que vendería la historia al mejor postor. ¿Te imaginas los titulares. “Chica rubia secuestrada por joven maniático árabe”? —su voz era acre—. Eso puso a Leyla al borde de la histeria, que además es su estilo, pero cuando se tranquilizó, pudo negociar un arreglo.

—¿Yú no estabas de acuerdo? —Clemence captó su desdén.

—No. No había nada que apoyara lo que Ingrid decía y cualquiera habría captado los motivos que tenía para hablar así. Protesté, pero Leyla continuó con su espectáculo —sonrió—. Creyó arreglar todo, dando mucho dinero, pero eso dejó en Khalid la idea de que podía volverlo a hacer, si se necesitaba.

—¿No le advirtieron, y debió saberlo, que se metería en graves problemas si algo igual sucedía de nuevo?

—Desde luego. Se lo advertí con claridad y su madre también lo hizo. Supongo que se mostró muy dura con él porque… ¿cómo iba a saber que el maldito muchacho iba a tratar de propasarse contigo? Leyla es especialista en gritar y hacer escándalo, pero nunca cumple sus amenazas. ¿Me crees? —preguntó bruscamente Jassim.

—Sí —contestó Clemence. Le creería, pero sólo en lo referente a Khalid e Ingrid. Lo de la señora X era algo más sospechoso.

—Qué bueno, odiaría haber gastado aliento sin ningún provecho. ¿Te importa si me siento?

—Adelante —Clemence decidió ponerse cómoda y se sentó junto a Jassim.

—No quería decirte todo esto porque perjudicaría al pobre chico, pero ahora que se fue… —encogió los hombros—, quiero aclarar todo de una vez —se inclinó poniendo ambas manos en sus rodillas—. ¿Re cuerdas que te pregunté un día si tú y Khalid ya se conocían? Bueno, es posible que tú no, pero él ya te conocía.

—¿Si? ¿Dónde?

—El año pasado en Londres. Confundí las fechas. Fue a finales de febrero cuando estuvieron allá, no en marzo.

—Creo que fue cuando Howard y yo tocábamos en el restaurante del penthouse del hotel Galaxia —recordó Clemence.

—Así es. Khalid y Leyla ocupaban una de las suites. Durante mucho tiempo me intrigó por qué el Plaza pagaba tan exorbitante

cantidad por tener a Harrell y compañía, así que mientras Leyla viajaba hice una o dos investigaciones por mi cuenta. Parece que el chico te oyó tocar el arpa y quedó encantado. Su versión es que dado que tu relación con Howard era... —encogió los hombros—, frívola, tendría oportunidad de lograr algo contigo, pero sin que su madre rondara por allí, como en Londres, así que hizo algunas preguntas, descubrió el nombre de tu agente y... ya conoces el resto.

—¿Qué lo hizo pensar que Howard y yo tenemos una relación... frívola?

Jassim abrió las manos, estiró los largos y bronceados dedos y volvió a cerrarlas.

—Parece que había otro joven rondándote. Era frecuente verlos jun tos, pero es evidente que a Howard no le importó.

—Yo no recuerdo a nadie —murmuró Clemence tratando de recordar aquellos días.

—Es un chico un poco más joven que tú. Ah, y tiene una motocicleta, i vieja, por cierto. Khalid te siguió un día hasta el estaciona miento y los vio irse juntos.

—¡Misterio resuelto! —rió la chica.

Jassim no pareció muy impresionado y contestó:

—Pues Khalid vio al joven admirador como su oportunidad. Le dio la idea de que preferías a los muy jóvenes.

—¿Jóvenes que apenas acaban de salir de la escuela? —rió Clemence—. ¿Quieres saber con quién me fui esa vez? Su nombre es Pete. Y es mi hermano menor.

—¿Tu hermano? —al instante el humor de Jassim cambió. Ahora es taba muy sonriente.

—El único hermano que tengo. ¡Así que Khalid creyó que era mi amante!

—Khalid tiende a ser un poco inocente —contestó Jassim, sus ojos verdes brillaban.

—No tan inocente —exclamó Clemence—. Traerme hasta Omán con esas intenciones, es una verdadera perversidad,

—Es algo imperdonable, por eso sostengo que todo ha sido por su culpa. Desafortunadamente, el chico piensa a veces que sólo él cuenta.

Así lo acostumbro Leyla. Como es su Chico Maravilla, parece pensar que lo que él quiera, debe tenerlo —agregó Jassim

conteniendo la risa—. Hace año y medio le pareció divertido convertirse en el gerente del hotel, a pesar de su juventud y falta de experiencia, y su madre accedió.

—Debe ser algo temerario dejar un lugar así a su mando —comentó Clemence y pensó, no por vez primera, que era injusto que Jassim tu viera tan poco y su hermano tanto.

—Cierto —encogió los hombros—. De cualquier manera, dos años fuera le enseñarán que el sol no sale sólo porque él sea Khalid Al Fon. Y romper un poco los lazos que lo unen a su madre será bueno para él. Fue por eso que también estuve de acuerdo en que se fuera. Leyla lo mandó lejos para alejarlo del problema, pero sospecho que los verdaderos problemas vendrán después —su sonrisa se hizo más amplia—. El golpe que le diste con la rodilla lo hará pensar. Otras dos experiencias como esa, y te aseguro que recibirá el mensaje.

—¿Y no volvieron a saber nada de Ingrid? —preguntó ella, después de una pausa.

—Ni una palabra. Una vez que recibió su dinero, se marchó.

—¿Era soltera? —preguntó la chica y Jassim asintió—. Entonces, ¿cómo pudo entrar en Omán?

—Su hermano trabajaba en asuntos petroleros aquí y vino como su invitada. Imagina, él trabajando en una instalación de ese tipo y ella prefería las luces del a ciudad, así que rara vez se vieron. Pero el hermano sirvió para el propósito de la chica. Nunca hubiera podido entrar en Omán si él no estuviera aquí.

—Igual que yo no hubiera entrado si no existiera Howard.

—Mmm —accedió—. Aunque Howard no es tu hermano.

—No, no es mi hermano, pero... tampoco es mi esposo.

—¿Qué? —se volvió a verla de inmediato.

—No estamos casados, nunca lo estuvimos. No somos el señor y la señora Harreil.

—Quieres decir... —Jassim estaba asombrado.

—Que soy soltera, y entré en Omán bajo el peso de una mentira. Howard me registró en los papeles como su esposa, porque Bemie, nuestro agente, dijo que así sería más fácil la entrada al sultanato —suspiró---.. Estoy aquí como casada, lo cual me hace una inmigrante ilegal.

—¿Y a quién le importa? ¿No estás casada? Entonces no hay

razón para que yo no deba... no debamos... —rompió en carcajadas —. Oh, Clem, ¿por qué no me lo dijiste?

—¿Como iba a hacerlo? Desde el principio te mostraste hostil y yo temía que...

—Olvida eso —agregó impaciente—. No importa. Lo que importa es que ahora no soy hostil, que no estás casada y... —se acercó a ella y la tomó entre sus brazos—. Lo que sea que hubo entre tú y Howard ya terminó, ¿verdad?

Cualquier tipo de conversación se le dificultaba ante su cercanía. En vez de pensar con coherencia, Clemence se preguntaba acerca de la tersura de la mejilla que estaba tan cerca de su rostro.

—Pues... sí... —pudo decir al fim—. Ya terminó. Decidimos que cuando terminara el contrato en Omán, Harrell y compañía desaparecería como grupo.

—¿Y no quieres volver a verlo después? —preguntó Jassim.

—Oh, debo verlo. Quiero decir, quiero verlo porque...

—¿Por que existe el lado profesional que deben terminar? Perfecto, puedo -soportarlo —le dijo y, de nuevo, volvió a besarla.

Pero esta vez el beso era diferente. Ahora era la afirmación que Jassim hacía sobre su mujer. Sosteniendo su rostro entre las manos la mantuvo cautiva, prisionera de su lengua golosa. Cuando al fin levantó la cabeza, Clemence estaba sin aliento.

—¡Espera un minuto! —jadeó ella.

—¿Por qué esperar? Ya hemos desperdiciado demasiado tiempo. ¿Sabes que pensar en ti me mantuvo despierto muchas noches? Era in capaz de sacarte de mi mente.

—Y tú querías sacarme de tu casa a una velocidad pasmosa —le recordó poniendo las manos en el pecho de Jassim—. ¿Por qué? Seguro creíste en mi palabra y en que no denunciaría a Khalid. Seguro que sabías que no representaba ningún peligro.

—Rayo de sol. Eras peligrosa. No para Khalid, sino para mí — aflojó un poco su abrazo y rodeó sus hombros—. Desde el principio me atrajiste como un imán.

—¡Pues vaya manera divertida de demostrarlo!

—¿Por qué crees que te besé en los jardines? Era la primera vez en mi vida que me abalanzaba sobre una mujer extraña. No es mi estilo, pero tenía que hacerlo —movió la cabeza incrédulo—. Perder el control de esa manera, me enfureció.

—¿Pero era tal tu sangre fría, que cuando me dejaste, hasta ibas silbando!

—¿Sangre fría? El ardor por poco me hace estallar allí mismo. Si pude retirarme con cierta indiferencia, fue porque mis piernas amenazaban con aflojarse. Ese es un ejemplo de lo que puede hacer el deseo conmigo, pero hay toda una gama de ellos.

—¿Como cuáles? —preguntó sin aliento, al darse cuenta del efecto que producía en él.

—Como cuando te arrojaste en mis brazos allá en la playa, como esa misma noche cuando nos detuvimos a tomar agua, como cuando apareciste en la piscina con ese diminuto bikini blanco cuando yo estaba desnudo —Jassim emitió un gemido de tortura—. Clem, cuando un hombre está excitado, deja de pensar con el cerebro. O al menos eso sucede conmigo. Es otra parte de mi anatomía la que me guía.

—¿De verdad? —sonrió Clemence.

—Sí. Y no te hagas la inocente y preguntes cuál —le advirtió—. Sabía que si pasabas la noche bajo mi techo, terminaría en tu cama. ¿Pero cómo podía hacerlo si en lo que a mí concierne, tú estabas casada? Sabía que Howard te había dejado a la deriva —continuó cuando ella estaba a punto de protestar—, pero hacerle el amor a una mujer casa da, estaba fuera de mis planes —sus manos se deslizaron para acariciarle los senos—. Eso fu€ lo que me mantuvo a distancia toda esta semana.

—Entonces, ¿por qué viniste hoy?

Las manos que acariciaban sus senos le hacían difícil permanecer sentada y tranquila. Clemence floreció. Se sentía mujer. Suspiró cuan do él soltó un botón, después otro.

—Porque ya no aguanto más —al quitarle la blusa, Jassim descubrió que no llevaba nada abajo—. Eres tan hermosa —murmuró y mientras la volvía a besar, sus manos acariciaron sus senos a placer.

Clemence pasó los brazos por el cuello de Jassim y devolvió sus besos con igual ardor. Deslizó sus dedos bajo la camisa de Jassim, ansiosa por palpar la piel firme. Nunca anheló tanto hacer una caricia así. Quería acariciarlo todo, desnudo… pero… ¿se atrevería? ¿Debía? Empezó desabotonando un botón, después otro, pero Jassim perdió la paciencia y arrancó los demás de un tirón.

Entonces las manos de Clemence pudieron acariciar con libertad los amplios hombros en un éxtasis de placer.

—Tú también eres hermoso —le murmuró.

—Pero nunca tan atractivo como tú —más que ver, Clemence intuyó su sonrisa.

Ansioso de algo más que sólo acariciar sus senos, Jassim capturó sus pezones con los dedos. Ese toque dejó a la chica murmurando incoherencias de placer y, cuando la presión aumentó, ella gimió. El deseo corrió por su cuerpo. En respuesta, Jassim bajó la cabeza y su lengua acarició los pezones, haciéndolos más firmes, más sensibles que nunca. Arqueando hacia él su cuerpo, Clemence se sintió mareada por la necesidad.

—¡Jass, oh Jass!

—Clem, querida. Yo… —el timbre del teléfono congeló el instan te—. Déjalo que suene —le pidió Jassim al notar su duda.

—No puedo —le dijo ante la insistencia del timbre.

—Vuelve pronto —le indicó con un suspiro, aflojando su abrazo.

—Si —la modestia la hizo buscar su blusa y ponérsela al contestar—. ¿Hola?

—Hola, Clem. Aquí tu guitarrista perdido.

—¡ Es Howard! —Jassim levantó la cabeza de pronto.

—Estaré contigo mañana —le dijo su compañero.

—¿Mañana? —Clemence rió sorprendida—. ¿No hasta el domingo?

—¿Prefieres que llegue el domingo?

—No, no. Ven mañana. Por favor, ven mañana.

—Allí estaré. Te dejé sola durante mucho tiempo, pero hubo una razón poderosa, Clem. Una razón excelente. Verás, hace dos días me casé con Yvonne.

—¡Casados! —exclamó la chica.

—Bueno, te consta que hace tiempo hacíamos planes y como esperamos al nene dentro de seis meses, bueno, era obvio que deseaba hacer de mi amante una mujer decente, y cuanto antes mejor. Al día siguiente a mi llegada, Yvonne me dijo que detestaba la idea de esperar hasta que regresara de Omán. Dijo que ese era el momento ideal para solicitar una licencia especial. ¿Me escuchas?

—Sí —dijo Clemence, pensando que sus sospechas eran correctas.

—¿Nos deseas buena suerte?

—Sí —respondió, sonriendo. La morena era la última mujer que ella elegiría como esposa para Howard, pero suponía que podría hacerlo feliz.

—¿Estás contenta?

—Estoy feliz. Estoy encantada. Es maravilloso —contestó Clemence, pensando que no podía negarle eso al recién casado—. Eres un gran chico y… —se le hizo un nudo en la garganta al pensar en decir lo mismo de Yvonne—, y sé que desde ahora todo será fantástico.

—Lo será —contestó Howard contento—. Y también para ti.

—¿Para mi?

—Uno de estos días llegará tu oportunidad de conocer a alguien especial —profetizó—. Alguien que te haga sentir. Alguien con quien desees estar todo el tiempo, alguien que te haga enloquecer con sólo tocarte, alguien…

—Debo irme —escuchó esas palabras en voz baja y descubrió a Jassim que se ponía de pie y metía apresurado la falda de su camisa en el pantalón.

Mientras Howard continuaba enumerando su apasionado futuro amor, puso una mano en el auricular.

—¿Por qué? —imploró Clemence.

—Te esperan para tu segunda presentación en el bar.

—No habrá otra…

—Clem, ¿todavía escuchas? —preguntó Howard.

—Sí —dijo viendo con desmayo, cómo Jassim se dirigía a la puerta—. Espera —le suplicó.

—Rayo de sol, no tengo que esperar nada.

—¡Claro que sí!

—No.

—Yvonne espera mi partida como se espera a la muerte, no importa que vaya a regresar a su lado dentro de cuatro semanas —anunció Howard al vacío—. Ya le dije que el tiempo pasa rápido, pero parece que se trata de un año. Aunque la llamara a diario y le escribiera todos los días, sería lo mismo para ella —continuo al no obtener respuesta—. Supongo que irás al aeropuerto a recibir al pródigo, ¿verdad? ¿Por qué no anotas la hora y número del vuelo?

—Jass, no puedes irte así —protestó Clemence.

—¿Tienes lápiz a la mano? —preguntó Howard.

—No tiene objeto… Rayo de sol, es evidente que no existe futuro para nosotros.

—¿No existe futuro? ¿Pero por qué? ¿Qué quieres decir?

—Debo llegar a las veintitrés horas y cincuenta minutos, o sea, diez minutos antes de la media noche —informó Howard—. Si pides un taxi para salir media hora después de tu segunda presentación tienes tiempo de sobra para…

—¡Howard, cállate!

Era demasiado tarde. Jassim se había marchado.

—¿Y por qué debo callarme? —preguntó Howard con tono plañidero—. Sé que Yvonne no es tu personaje favorito, pero no hay necesidad de enojarse. Está bien, tú y yo la pasamos bien, pero todas las cosas buenas terminan. Así es la vida. Clem, ¿me escuchas?

—Sí, te escucho —contestó Clemence con debilidad—. Lo siento, me alteré. Y no tiene nada que ver con Yvonne. Ahora cuéntame todos los detalles.

Los detalles le llevaron cinco minutos, durante los cuales le informó la maravillosa esposa que encontró. Pareceía que el costo de la llama da estaba permitido para todo lo referente a Yvonne. Cuando al fin terminó, Clemence se dejó caer en el sofá. ¿Por qué Jassim cambió de amante ardoroso a escapista en menos de cinco minutos? ¿Qué lo motivó a marcharse así? Algo tenía que ver la llamada de Howard. Si tan sólo no hubiera llamado en ese momento… Si no hubiera interrumpido los maravillosos momentos en los que Jassim la besaba, en los que la desnudaba… Si no hubiera llamado cuando ella estaba perdida en su amor…

¿Amor? Sus latidos se alteraron y la boca se le secó. Estaba enamorada de Jassim. Lo amaba. Al principio .e fascinó, la intrigó, siempre pendiente cuando estaba cerca, nunca conoció a otro hombre que la hiciera sentirse así, y ahora compren que ra el inicio del amor. Jassim Al Fon era su “alguien especial”. Era con quien deseaba pasar todo el tiempo. Y ah6ra deseaba tocarlo, abrazarlo. Pero él sólo se marchó con unas vagas palabras acerca de que no tenían futuro. ¿Por qué?

¿La conversación con Howard lo 1 pensar que tendrían problemas? ¿Qué tipo de problemas? Ninguno, pensó obstinada. Si

él quería permanecer en Omán, por ella no había problema. Después podían adquirir una casa en Australia, o en Inglaterra... De pronto Clemence cayó en la cuenta. Adquirir una propiedad costaba dinero, mucho dinero. Y como mecánico, Jassim, no podía disponer de mucho dinero.

Suspiró. Todos los hombres tienen ese orgullo, y quizá más si Jassim era árabe. ¿Acaso la dignidad árabe le dictaba que no podía pedir le que compartiera su vida si no podía darle las comodidades a las que estaba acostumbrada? Pero ella no quería lujos, todo lo que quería era estar a su lado.

Se sentó muy derecha. Debían hablar acerca de eso. Así, encontraría la manera de hacerle comprender que el dinero no tenía importancia para ella. Mentalmente,' iba a medio camino de convencerlo cuando sonó el teléfono.

—¿Hola? —preguntó trémula, esperando escuchar las explicaciones de Jassim.

—Buenas noches —respondió una voz femenina—. Soy Leylá Al Fon y creo que es hora de que nos reunamos. ¿Está libre mañana por la mañana?

—Mmm... sí —contestó Clemence, sorprendida.

—Entonces daremos un paseo en auto. Estaré esperando frente al hotel a las once en punto. ¿Está bien?

—Bueno... sí —repitió Clemence, y se cortó la llamada.

CAPITULO 8

M ASCATE resplandecía brillante bajo los ardientes rayos del sol. Cada casa y cada calle tenían características propias y la arquitectura en general era una mezcla de estilos árabe, persa e hindú. Cada jardín era diferente; las buganvillas contrastaban contra los muros blancos, y las palmeras estaban inmóviles como centinelas. Siempre recién pintado y pendiente de todos los detalles, la capital de Omán se proclama orgullosa el edén del Medio Oriente. Todo estaba en su lugar, todo brillaba, desde los techos de las mezquitas hasta los arpones de latón que estaban en la punta de las barandillas.

—Parece que los pulieron a mano —comenté Clemence, admirando todo al pasar.

—Y así es —le confirmé Leyla.

Cómo deseaba Clemence que su anfitriona palmeara el hombro del chofer uniformado para que se detuviera. Su cámara, considerada como esencial en cualquier viaje, llevaba siglos esperando que la utilizaran y sólo requería la menor oportunidad para captarlo todo, desde los minaretes de piedra hasta las elegantes arcadas del palacio, el fuerte portugués de la colina... Pero no pudo hacerlo. Cuando hizo mención al tema, Leyla sólo murmuré que no llevaba sombrero y allí terminó todo. Esa negativa la sorprendió y la mañana se convirtió en una sucesión de sorpresas.

Jassim le había dicho que Leyla era una mujer de apariencia dramática, pero ese comentario no la preparé para encontrarse con una mujer delgada que la invité a entrar al Mercedes plateado, una hora antes. Las matemáticas le decían que Leyla debía tener cuarenta años o tal vez más, pero el rostro ovalado no mostraba rastros del paso del tiempo. Debía darle mucho crédito a los cosméticos, a los masajes y maquillistas, pues la piel de las mejillas se veía firme. Era una mujer elegante.

Como pensó que la invitación era para que Leyla le ofreciera las disculpas que nunca le presentó Khalid, esperé que la recibiera con muchas sonrisas, deseos de agradar y, por qué no decirlo, un poco de humildad. Ciertamente no podía estar más equivocada. Los ojos oscuros brillaron mientras tomaba nota de su apariencia y su figura, catalogando con desdén su blusa y pantalón sencillos. El saludo fue

breve y de inmediato dio órdenes al chofer. El inglés de su anfitriona, aun que con cierto acento, era fluido, pero los intentos de Clemence por conversar, se redujeron a contestaciones como “sí” o “no”. La única vez que Leyla trató de conversar, fue al alabar el cabello de Clemence.

—¿Como te las arreglas para que tu pelo tenga ese brillo? —y agregó al momento a manera de contestación—. Si volviera a nacer, daría instrucciones a Allah para que me hiciera rubia.

Clemence estaba segura de que era difícil que Allah la obedeciera. Los ademanes imperiosos, el desdén hacia todo, advirtieron a Clemence que lo que Jassim dijo de su madrastra era cierto. Mientras el silencio se prolongaba entre ellas, el asombro de la chica iba en aumento. Esa mujer estaba ensimismada en sus pensamientos y era evidente que no estaba de humor para actuar de guía o para expresar alguna disculpa, pero... entonces, ¿por qué organizó esa reunión?

En una callecita, Clemence vio de pronto algo que, llamó su atención y que quiso fotografiar.

—¿Podemos detenernos? —suplicó, esperando salvar algo de la mañana de paseo.

—Dentro de un rato —contestó Leyla.

El auto viré en una esquina y entraron a una propiedad privada. Frente a ella se encontraba una construcción pintada de blanco, cuyas ventanas tenían adornos de hierro pintado de negro. El punto central era el pórtico, cuyos arcos se alegraban con flores multicolores.

—Vamos —fue la indicación lacónica de Leyla.

Su anfitriona salió para aceptar la sombra del parasol que sostenía el chofer. Clemence nunca supo para qué lo necesitaba si ya estaban a la sombra. Escuchó una campana a lo lejos cuando Leyla tiró de una cuerda. El silencio se hizo largo entre ellas, momento que la mujer aprovechó para sacar una polvera para examinar su imagen. Después de comprobar que todo estaba a su entera satisfacción, guardó la polvera y miró a Clemence. Otra vez sus ojos se mostraban cautelosos, fríos.

—Hay alguien en casa —se oyó decir Clemence cuando escuchó ruidos en el interior. Sabía que era un comentario tonto, pero también sabía que al estar bajo ese escrutinio debía decir algo.

Cuando la puerta se abrió, Clemence distinguió a un despeinado hombre moreno, descalzo y en pantalón de pijama.

—¿Qué demonios quieres, Leyla? —preguntó el hombre, disimulando su bostezo, pero cuando los ojos verdes se encontraron con unos azul-gris, el bostezo se convirtió casi en un grito—: Clem, ¿qué haces aquí?

—Yo la traje -contestó su madrastra y movió de tal forma su para sol, que Clemence no pudo más que hacerse a un lado para evitar que le sacara un ojo—. Has estado persiguiendo a esta... arpista —pronunció la palabra como si la actuación de Harreil y compañía fuera un número de vaudeville—, así que decidí que la única manera de hacerte entender que no es lo que parece, era trayéndola aquí y...

—Parece que se te olvidó, pero sucede que hoy es viernes, mi único día de descanso —la interrumpió Jassim—. La semana pasada, una desorganizada compañía de constructores amenazó con destruirme, lo que significa que deseaba pasarme toda la mañana en cama... durmiendo.

—Ya pasa del mediodía.

—No lo dudo, pero sucede que estoy cansado —Jassim se froté los ojos—. Y no estoy de humor para confrontaciones o lo que sea que tengas en mente. ¡Estaría más que agradecido si regresan al auto y se marchan!

—Debes saber lo que es esta criatura —Leyla no se movió ni un centímetro.

—No necesito saber nada —fue el gruñido de Jassim.

—La despreciaron, Jassim. Dijiste que ella y su esposo estaban a punto de...

—Recuerdo muy bien lo que dije, pero me equivoqué. Y estamos equivocados. Sólo olvídate de todo, Leyla —miró hacia el auto y agregó—: Tu coche espera, ¡así que vete!

—¡No antes de que me hayas escuchado!

—Disculpen la interrupción. ¿Debo entender que esta reunión tiene corno finalidad aniquilarme? —preguntó Clemence, sorprendida.

—Actúo con base en los mejores intereses de Jassim. Debe estar consciente que no eres conveniente para él —señaló Leyla, fulminan te.

La audacia de esa contestación la dejó temblando de ira. No tenía idea de por qué Leyla se inmiscuía en la vida amorosa de su hijastro, pero era evidente que a cualquier mujer que pusiera los ojos en Jassim la consideraba de su incumbencia.

—¿Se considera acaso su hada madrina? —preguntó Clemence, con voz cortante.

—Llegará el día en que me lo agradezca —replicó Leyla con sarcasmo.

—¡Pues vaya que tiene descaro!

—Aparte de que no tiene sentido de la realidad —intervino Jassim—. Gracias, Leyla, pero este no es ni el lugar ni el momento para que dramatices.

—Estoy de acuerdo. Aquí afuera hace mucho calor, ¿por qué no en tramos?

—Hoy no —la detuvo Jassim, levantando una mano imperiosa —. ¿Ya no te acuerdas que me despertaste? Por el momento, lo principal para mí es regresar a la cama.

Los labios pintados dibujaron un gesto meloso. Quizá consideraba que así lo ablandaría, pero a Clemence más le pareció la boca de una aspiradora.

—¿Me estás negando la entrada?

—Sí.

Al notar su determinación, Leyla hizo una seña al chofer para que entrara en el auto, y una vez que lo hizo empezó a hablar.

—Los vi juntos anoche. Los vi entrar a la habitación de ella.

—¿Entonces eras tú quien espiaba? ¡Así lo pensé! —contestó Jassim, con acidez—. ¿Y con qué derecho me espías?

—¿Te refieres a?... —exclamó Clemence mientras su mente registraba los hechos. Cuando comprendió, miró asombrada a Leyla y a Jassim—. ¿Quieres decir que ella es?...

Un asentimiento de Jassim dejó inconcluso el “señora X”.

—No te espiaba. Como esta criatura estuvo relacionada con Khalid y ahora contigo, creí de mi deber… —analizó lo que diría a continuación—, estar al tanto de todo. Cualquiera otra habría hecho lo mismo —le informó Leyla, demasiado ocupada en defenderse que ni atención prestaba a Clemence, quien además no se recuperaba de la sorpresa— Cuando noté que la chica parecía haberte hechizado sólo el cielo sabe cómo o por qué, decidí averiguar más sobre ella.

Sí, te seguí y arregle con la chica del conmutador, para escuchar todas sus llamadas.

—¿Qué hiciste qué? —preguntó Jassim.

—Cuando Howard Harreil, llamó, yo escuché todo.

—¡Dame paciencia! —gesticuló Jassim, mirando al cielo.

—No voy a disculparme —la madrastra daba muestras de sorprendente aplomo—. Lo que escuché es por demás interesante. Por ejemplo, el hecho de que es incapaz de mantener satisfecho a su esposo es de sobra evidente. Lo que quiero decir, Jassim, que tampoco te tendría satisfecho a ti.

—¡Vaya que tiene agallas! —clamó Clemence, saliendo de su sorpresa

—Es hora de que te enteres de todo, Leyla —interrumpió Jassim frotando su pecho velludo—. Para empezar, Howard Harreil no es el marido de Clemence.

Leyla ladeó la cabeza y preguntó:

—¿Entonces sabías que aunque se hacían llamar señor y señora Harrell, el matrimonio ya había terminado?

—No terminó porque nunca existió —miró a Clemence buscando su aprobación.

La sorpresa la paralizó por un momento, pero en seguida Leyla si guió su ataque.

—¿El hombre Harrell no quiso atarse a una perdedora? ¿Se aseguró de encontrar una manera de terminar la relación? Eso no me sorprende. Debió darse cuenta desde el principio que era... creo que la palabra correcta es inadecuada.

—¡Inadecuada! —respingó Clemence.

—Si alguien es inadecuada, esa eres tú, Leyla —le indicó Jassim.

—Dijiste que aparentemente se separaban —continuo la madrastra, sin inmutarse por las palabras de Jassim—. ¿Pero tienes idea del porqué?

Jassim entrecerró los ojos, esperando cauteloso.

—No me importa ni me interesa tenerte aquí. No quiero...

—Es porque otra mujer espera a su hijo, y lo que es más... —Leyla hizo una pausa tratando de dramatizar más—, ¡Howard Harrell se casó con esa mujer hace sólo dos días!

—¡Pero no pudo hacer eso! Yo lo escuché... creí... —miró con sus ojos verdes a Clemence y le preguntó—: ¿Es verdad, Clem?

—Pues... sí —contestó la chica sorprendida de que al fin la tomaran en cuenta.

—¡Oh, rayo de sol! —exclamó Jassim.

—¡No es necesario sentir lástima por ella! —protestó Leyla.

—No, claro que no —Clemence encontró demasiado extraño estar de acuerdo en algo con esa mujer—. Verás...

—El hombre abandonó a esta mujer, porque encontró a alguien más. Es evidente que está loco por su “amorcito”, como la llama —intervino Leyla.

—Nadie me ha abandonado —dudó Clemence al continuar—. Bueno, sí, supongo que puede interpretarse así, pero... —dudó una vez más, error que aprovechó Leyla demasiado bien.

—Abandonada, sí, y todavía les desea suerte y le dice que es un gran chico. Qué patético! Lo que debías preguntarte, Jassim, es dónde está el orgullo de esta mujer, dónde su dignidad.

—Esto no es asunto de orgullo o dignidad —objetó Clemence, pero el parasol estaba tan cerca de su rostro, que en esas circunstancias, lo más aconsejable era mantenerse tranquila. Leyla hablaba tan rápido, que encontraría más fácil entender a una parvada de cuervos, y aunque lo entendiera, prefería mantenerse al margen, a que le sacaran un ojo.

—Howard Harrell ya no quería tener nada que ver con su antigua amante una vez que terminaran en Omán, pero ella todavía se rebaja. ¿Es esa la mujer que deseas, Jassim?

—Sé cuál es la mujer que no deseo, Leyla, y esa eres tú —contestó Jassim con toda calma.

—¿Yo? —jadeó Leyla.

—Clemence no vale nada y tú vales millones. ¿Es eso lo que viniste a probarme?

—No necesito probar nada. Tú y yo... —una mano bien cuidada acomodó un rizo fuera de lugar.

—Ningún tú y yo. Nunca lo hubo, ni lo habrá. Como siempre me pareció brutal decirle a una mujer en su cara que no es atractiva, nunca lo hice contigo. Pero la forma como trataste a Clemence nulifica cual quier consideración que tenga hacia ti —ajustó el pantalón del pijama en sus caderas y continuó—: Otros hombres rondarán a tu alrededor como moscas, pero a mí no me inspiras nada.

—¡No es así! —rugió Leyla.

—Lo siento, pero así es. Y no sólo en el aspecto sexual. Para ser honesto, no imagino alguna manera en que tú y yo podamos ser compatibles.

—Pero lo somos, Jassim. Eres árabe como yo y...

—Sólo mitad árabe, pero no importa qué sangre corra por mis venas, nací y crecí en Australia, y por lo que a mi respecta, soy australiano. Cuanto más lejos estoy de allá más lo confirmo.

—Pero aquí tienes una vida agradable —protestó su madrastra —. Y podría ser mejor.

—¿Si la compartiera contigo? No, gracias. Mira, al principio cuando fingí que estaba relacionado con Clemence, esperaba...

—¡Fingiste? —repitió Leyla.

—Al principio sí.

—¿Y después? —insistió la madrastra.

—Después... —alzó los hombros—. A lo que quiero llegar es que esperaba que mi atracción por una mujer joven te abriera los ojos. Esperaba que si te dabas cuenta de que si consideraba una relación de pareja, sería con alguien como ella, no como tú.

—No te gusto porque soy morena y ella es rubia. ¿O acaso porque soy mayor? ¡Sólo hay ocho años de diferencia entre nosotros!

—La edad nada tiene que ver; tampoco el color de tu cabello.

—Entonces, quizá con el tiempo... —alzó una mano con la palma hacia arriba como una exitosa premonición.

—Con el tiempo nada —explotó, frustrado—. Acepta los hechos, Leyla, nunca estaremos juntos tú y yo. ¡Diablos, la única razón por la que te atraigo es porque me parezco a mi padre!

—¡ No!

— ¡Cuantas veces me dijiste que me parezco a él?

—¡Pero es que así es! Trabajaba mucho, igual que tú. Tenía la misma personalidad

—No es cierto, pero aunque lo fuera, yo no soy él.

—Lo sé.

—¿Estas segura? ¿No será acaso que porque se enamoró de ti, piensas que yo haré lo mismo? ¿No consideras que es mi deber hacer lo mismo? Nunca funcionaría de esa forma. No puedes utilizarme para retroceder el tiempo, ser joven otra vez y volverte a

enamorar.

—La idea de regresar a mis veinte años, no me atrae en lo más mínimo —contestó Leyla—. Nuestra amistad es...

—Nuestra amistad es sólo relación de familia —interpuso Jassim con firmeza—. Te lo agradecí en el pasado, y si continúa así en el futuro, también te lo agradeceré.

Después de considerar sus palabras unos momentos, Leyla cerró el parasol y dijo:

—Debo irme —y caminó hacia el Mercedes.

—Escuchen, ¿qué pasará conmigo? —protestó Clemence, cuando el auto se movió.

--¡Leyla! —Gritó Jassim—. No olvides que tienes un pasajero más.

—Si tanto la quieres, quédate con ella —comentó Leyla, abriendo la ventana.

—Clemence necesita regresar al Plaza... —la ventana se cerró y el Mercedes se puso en movimiento. Al verla pasar frente a ellos, Jassim gritó otra vez—. ¡Leyla, espera! —Jassim bajó los escalones y corrió por el pórtico y el jardín gritando—: ¡Leyla, detente! —Pero el auto había llegado a la calle—. ¡No debes hacer nada contra Clemence, ella y yo ya terminamos!

Cuando el auto cobró velocidad, Jassim permaneció de pie diciendo obscenidades.

—¡Esa mujer! —Tronó Jassim, al regresar igual que un oso de mal humor—. Hace sus dramas, sin importarle las consecuencias..

—No importa que me haya dejado aquí —comentó Clemence. No la satisfacía el que la hubieran arrojado a la puerta de Jassim como un fardo indeseado, un paquete que a cada momento tenía más calor. Quizá no la quería allí, pero no era necesario que se violentara—. Puedo regresar al hotel en un taxi.

—Sí, claro que puedes. ¡Ay! —Miró su pie—. Me lastimé.

—¿Pues qué esperabas si corres por allí como un demente sin zapatos?

—¿Está sangrando!

—Impresionante —se encogió de hombros con indiferencia_. ¿Te desangrarás?

Jassim inspeccionó de cerca la herida y contestó:

—Es una Cortada profunda —estaba muy mortificado—. Debe

tener por lo menos tres centímetros.

—Si acaso será un rasguño pequeño —agregó Clemence.

—Necesita vendarse.

—Y pronto. No queremos que mueras desangrado —Clemence lo miró con desdén y agregó—. Si crees que se necesite un torniquete, puedo hacer lo posible por recordar primeros auxilios.

Para su sorpresa, Jassim rió.

—Está bien. Ya no fingiré. ¿Debo mostrarte mis bordados?

—Será mejor que me des una venda y algo de tomar. Sólo agua —señaló Clemence para que no objetara su presencia—. Después, quizá quieras llamar un taxi. ¿Hay teléfono aquí?

—Sí —hizo el ademán de que entrara a la casa.

Después de inspeccionar de nuevo su pie, pasó detrás de la chica. Ella pensó que Jassim era muy buen actor a juzgar por la manera como cojeaba, pero también sabía que todos los hombres son buenos actores cuando se trataba de heridas, por pequeñas que sean. Bien recordaba cuando Howard se fracturó un dedo en Alemania. Sus gritos alertaron a todo el hotel y durante semanas enteras su expresión de mártir sobrepasó cualquier barrera del idioma.

—¿De quién es esta casa? —preguntó cuando Jassim la guió hacia un baño Suntuoso y lleno de plantas.

—Mía.

—¿Tuya?

—Mmm. La compré e! año pasado. Es una buena inversión —Jassim abrió un gabinete y frunció el ceño ante su contenido—. El exterior estaba en buenas condiciones, pero lo que necesitaba atención era el interior. Creo que el arquitecto hizo un buen trabajo.

—Ya lo creo. Es una casa adorable, pero... —se contuvo.

—¿Te sorprende que pueda pagarla? —terminó por ella mientras una Sonrisa bailaba en su boca.

—Pues para ser honesta, sí.

—Tenemos suerte —sacó venda y gasa— No pareces muy ansiosa por ayudar, así que quizá deba curarme solo —comenté Jassim.

—¡Dios me guarde de los hombres indefensos! —declaró Clem, y tomando la venda le ordenó—: Siéntate.

—Sí, señora. Y contra lo que parezca, algunas veces soy capaz de

gastar dinero. Esta casa la compré parte con lo que he ganado aquí y parte con lo que gané en Australia —explicó mientras la chica se arrodillaba para limpiar el pie—. Allá tengo una flotilla de camiones. Tom, el esposo de mi madre, está a cargo mientras estoy aquí. Y lo hace muy bien. Las ganancias han sido bastante buenas.

—¿Y por qué dejar un negocio floreciente para venir a Omán a trabajar como mecánico? —preguntó Clemence, concentrada en la curación. Era bueno tener algo que hacer, porque el tocarlo le traía recuerdos de la intimidad que una vez compartieron. Sabía que su pulso se había acelerado y si no hablaban, él notaría el temblor de sus de dos.

—No soy mecánico, aunque eso empecé a hacer cuando llegué aquí hace unos años. La flotilla de mezcladoras de concreto también me pertenece.

—¿A ti? Pero la casa del desierto es tan primitiva que... —se interrumpió—. ¿Mencionaste al jefe, pero bien te cuidaste de decirme que el jefe eras tú! —lo acusó.

—Preferí no revelar mi riqueza.

—Y lo lograste —miró el pie de Jassim y agrego sin permitir que la perturbara la intimidad del momento—: Esto necesita lavarse con algún antiséptico. ¿Tienes?

—En el gabinete. Y volviendo al tema, tuve una razón poderosa para no actuar con honestidad pues hace dos años sufrí una mala experiencia. Fue algo que me hizo decidir que en el futuro me aseguraría de que me quisieran por lo que soy, no por mi cuenta bancaria. ¡Ay! —protestó, cuando le puso el antiséptico—. ¡Eso arde!

—Me imagino que sí.

—Clem, no puedes imaginar el alivio que sentí cuando me di cuenta de que no te importaba mi dinero. No sucedió así con Roz.

—Ah, sí, Roz. Vi su nombre en uno de tus libros —comenté Clemence, al notar que Jassim la miraba extrañado.

—El libro que, entre otros temas, hablaba de una princesa rica árabe

—agregó Jassim seco—. Eso se suponía que me animaría a interesarme más por los orígenes de mi padre.

—¿Y así fue?

—Extrañamente, sí. Aunque era el lado histórico lo que más me

interesaba, no la princesa. Roz siempre estaba repitiendo que debía volver a mis raíces, a las que hasta entonces apenas prestaba atención. Supongo que ese libro cambió mi vida y me influencié para decidirme a venir aquí —agregó—. ¿Es muy profunda la cortada?

—No tanto como imaginabas, pero peor de lo que yo pensé. Ya no sangra, así que con un poco de suerte vivirás.

—Gracias. Roz fue esa mala experiencia. ¿Quieres escuchar qué pasó?

—Si tú me lo quieres decir —replicó Clemence. Contra su voluntad, su tono fue de enojo. Tocar el pie produjo en ella el más extraño de los efectos. El mismo Jassim parecía extraño, pues ahora quería hablar, cuando momentos antes deseaba que se marchara.

—La conocí hace aproximadamente cuatro años. En ese tiempo, la compañía de camiones había sobrepasado las expectativas, así que aunque una serie de mujeres pasó por mi vida, cuando alguna deseé un compromiso firme, yo les dije adiós. Entonces conocí a Roz —Jassim resoplé—. Trabajaba la publicidad, lo hacía bien y no pareció impresionada con mi creciente riqueza. Cuando se tiene un nombre árabe, se tiende a pensar que debemos vivir en la abundancia.

—¿Y siempre estás alerta contra ellas? —sugirió Clemence.

—Podría ser —frunció el ceño.

—Claro que lo estás. ¡Cielos, si todo lo que necesité decir fue ‘buenos días” a Khalid y tú ya estabas tirando a mansalva!

—En el futuro, haré todo ¡o posible por dominar ese impulso —pro metió sonriente, pero después continué con toda seriedad—. Mi relación con Roz creció y finalmente le sugerí que fuera a vivir conmigo.

Clemence empezó a desenrollar la venda y comenté:

— por qué no le pediste que se casara contigo?

—No lo sé. Algunas veces me lo he preguntado —su rostro se ensombreció_. Quizá igual que Howard contigo, el instinto me dijo que nuestra relación no duraría.

-----Jassim, Howard y yo...

—Fue algo inconsciente.

—Jass...

—Roz y yo vivimos juntos durante año y medio —continuó, sin

dejarla hablar—, y cuando sugirió que, legalizáramos la unión, accedí. Se fijó la fecha, se invitaó a los amigos, pero entonces... —suspiró—. Tres semanas antes de la ceremonia, asistí a una reunión con sus compañeros de oficina. Llegué puntual al restaurante, pero Roz llegaría después ya que tenía una cita con un cliente. Mientras la esperábamos, uno de los asistentes comentó que Roz decía que se casaría con un hombre que aparentemente sería mucho”más rico con, el tiempo. Le pedí que explicara sus palabras. No quería, pero al final confesó que ella decía que en cuanto mi padre muriera, yo saldría ganando. En esa época mi padre ya llevaba dos operaciones en el estómago a causa del cáncer y sus expectativas de vida no eran muy buenas.

—Pero no ganaste, pues Khalid heredó el Plaza..

—Sí, pero mi padre se acordó de mí en su testamento, a pesar de que hacía treinta años que nonos veíamos. El saber que a Roz le interesaba mi dinero fue un golpe para mí —continuó Jassim mientras sus ojos revelaban dolor al recordar—. Fue la noche más larga de mi vida. En ‘cuanto pude, me dirigí a casa, donde le que no esperaba recibir nada de mi padre. Ni un comino. —

—¿Y de dónde sacó la idea de que saldrías beneficiado?

—Parece que sacó conclusiones cuando le hablé de mis antepasados y por lo que le informó un compañero de escuela. .El chico exageró diciendo que mi padre tenía muchas posesiones. Roz empezó a calcular... —la mirada verde era glacial—. ¡Debiste ver su cara cuando supo que nunca sería millonario por ese lado! Sí, tengo ambiciones, pero lo que deseo es lograrlo por mi mismo, tener esa satisfacción —hizo un gesto de impaciencia—. Si alguna confirmación necesitaba que lo único que veía en mí era el signo de dólares, ya la tenía.

—Jass, distas mucho de ser el jorobado de Nuestra Señora de París —protestó Clemence—. No pudo ser sólo el dinero por lo que te que ría, por lo que te... —la palabra casi se atora en la garganta—, amaba.

—Pues en lo relacionado con ella, eso era el eje de nuestra relación.

—¿Entonces esa chica debió estar loca’ —Clemence tomó las tijeras para cortar la venda. Cuando terminó, levantó el rostro sonriente—. ,Y cuál era el eje de tu relación con tu madrastra ,Tu

cuerpo

Jassim sólo gruñó, disgustado.

—Es6 no es muy cortés de tu parte.

—Clem, esto es lo más cortés que puedo expresar. Lo diría de otra manera, si no fuera un caballero.

—Pero para la vanidad de un caballero debe ser estimulante el que lo persiga su propia madrastra —lo fastidió.

—Pues no imaginas la mortificación que significa para mí el que una mujer mayor haga esa clase de juegos.

—Pues Leyla dio a la palabra "decisión" un nuevo significado —rió Clemence—. ¿Puedes jurar con la mano en el corazón que ella nunca te acorraló en un rincón e hizo algunas insinuaciones contigo?

—Bueno, digamos que siempre me las arreglé para escapar.

—¿Pero cómo pudiste hacer eso con ella? —rió Clemence

—Con la mayor de las facilidades.

—Supongo que la mortificación fue lo que te hizo mantener en secreto la identidad de la misteriosa señora X —dijo con tono teatral.

—Así fue, además de que al principio no sabia qué terreno pisaba contigo. La discreción era esencial —Jassim miró el vendaje y comentó—: Quedó bien.

—Gracias. ¿Quieres revisar si no corté una arteria o algo parecido? Quizá debiera ir a un hospital para traerte un par de muletas —sugirió Clemence, cuando Jassim se puso de pie y dio unos pasos vacilantes.

—Quizá debieras mejor cerrar la boca.

—Y si tienes unas chinelas, el vendaje se mantendrá limpio y en su lugar —le sonrió la chica.

—Eso haré —se inclinó hasta donde ella todavía estaba arrodillada y le dijo—: Vamos, te mereces esa bebida.

Clemence lo miró dudosa. Una vez la tomó de la mano y terminó en sus brazos, aunque ahora no sucedería lo mismo, no cuando momentos antes gritara ante Leyla que las dos se retiraran a su casa. Pero Clemence aceptó su mano y ese toque revivió más recuerdos: cómo dedos acariciaron su cabello, cómo tocaron sus senos. Cuando es- tuvo de pie soltó su mano y caminó apresura hacia la estancia. La noche anterior interpretó sus palabras "no hay

futuro para nosotros” Como la carencia de dinero, pero ahora eso no tenía sentido Y aunque hubiera mal interpretado la llamada de Howard… ¡su madrastra esclareció ese asuntos Clemence suspiró La insistencia de Jassim de que ellos habían terminado aunada al fuerte deseo que él le inspiraba, hacía imperativa su retirada de esa casa.

—Olvida la bebida —le dijo a Jassim—. Sólo consígueme un taxi.

—No es necesario. Te llevaré al hotel.

—¿Y cómo? La presión en el pedal lastimará tu pie. Es posible que la herida vuelva a abrirse y sangre otra vez… No puedo permitir que me lleves en el jeep.

—No lo haré. También tengo un VMW… con pedal tan suave como el toque de una pluma —le sonrió—. ¿Estás impresionada?

—No imaginas cuánto —contestó Clemence, para después reír.

—Te iba a contar lo de la herencia que recibí de mi padre. ¿Por qué no tomas algo mientras escuchas’ y después pensamos en llevarte al hotel?

—Creí que estabas cansado y que lo único que deseabas era irte a dormir.

—¿Y crees que pueda dormir después de todo lo que sucedió? —llegó al final de la estancia y abrió dos puertas—. Y si tú no quieres tomar nada, yo sí.

Clemence no pudo resistir su sonrisa. Caminó a su lado, pero de pronto se detuvo. Las puertas que Jassim abriera daban a un espacioso salón. Había toda una pared de cristal que permitía la vista de un magnífico jardín. El lugar era espectacular.

—Mis dos casas de Omán están cerca de las montañas —le dijo Jassim complacido ante la admiración de la chica—. En este caso, la montaña es artificial. ¿Qué deseas tomar? Ahora puedo ofrecerte algo más que agua. ¿Qué te parece un poco de vino?

—Por favor, con mucho hielo.

—En un momento —dijo, antes de desaparecer.

Todo el lugar intrigaba a Clemence. Lo examinaba cuando Jassim regresó.

—¿El soldado herido está forzado a atenderse? —y sonrió cuando Jassim deposité en una mesita la bandeja con la botella y los hielos ¿Qué paso con Sunthi?

—Es su día libre. Y lo extraño. Lo extrañaré más cuando regrese a Australia.

—¿Y cuándo será eso?

—Dentro de seis meses.

—¿Por qué?

—Brisbane será mi base, pero haré viajes a Omán de vez en cuando para revisar aquí mis operaciones —Jassim sirvió el vino y le agregó hielo. Entregó un vaso a Clemence y continué—; Eso si Leyla no decide atacarme y hace que me traten como a un extranjero.

—¿Y dijiste que grita mucho pero nunca actúa? —rió Clemence —. Yo creo que una vez que se dé cuenta de que contigo no puede lograr nada, volverá la mirada hacia alguien más.

—¿Con algún tonto?

—Tienes que admitir que en el momento que comprendiste que quería algo más que un amor platónico, debiste detenerla.

—Lo admito, pero no supe hacerlo —tomó un trago de vino—. Te hablaré de mi herencia.

—¿Cambias de tema?

—Sí, si te refieres a mi renuencia de profundizar en mis debilidades. ¿Recuerdas cuando te hablé de que la familia de mi padre no estaba de acuerdo en que se asara con mi madre? —Clemence asintió—. Bueno, después de una mezcla de amenazas, chantajes y otras linduras, lo convencieron de que se divorciara. Yo tenía tres años cuando él regresó a Omán. A pesar del divorcio, prometió regresar a vernos, pero no fue así porque su familia no se lo permitió. Sé que Leyla habla de que mi padre tenía fuerza de voluntad, pero eso fue para autoelogiarse. ¿Te imaginas un matrimonio entre esa mujer y alguien voluntarioso? ¡Dios, sería como un duelo a muerte! Pero él era d Todo eso lo sé por mi madre, por las cartas que escribía.

—¿Tu padre les escribía?

—intercambiaban correspondencia ‘por medio de un tío que vive aquí, El no aprobaba esa situación, pero mi padre lo convenció de que tenía derecho a saber de su hijo. Tuvo que hacerse a escondidas, tenía que ser así porque la familia de mi padre le prohibía que nos mencionara a mí o a mi madre.

—¿Y nunca protestó?

—Nunca tuvo el valor. Pero hay algo a su favor, a pesar de la constante procesión de jovencitas que le presentaban, pasaron nueve años para que volviera a casarse. Es irónico, porque mi madre se casó con Tom a los tres años del divorcio.

—¿Así que tu padre la amaba y aun así permitió que lo alejaran de su lado? —preguntó Clemence. Qué triste.

—Casi para morir, cuando estaba muy enfermo, el contacto con nosotros cesó, pero demostró en su testamento cuán profundos eran sus sentimientos. Mi madre recibió una importante suma de dinero, mientras que mi legado consistió en canteras para explotar, terrenos, y la flotilla de mezcladoras. Pudo ser débil en otras cosas, pero era un mago para los negocios. Era una mezcla de contratista y urraca, haciendo dinero comprando y vendiendo terrenos, derechos mineros, bodegas, todo lo que le significara ganancia. El grueso de su fortuna se invirtió, a insistencia de Leyla y teniendo en mente a Khalid, en la construcción del Plaza, pero se. las arregló para dejarnos a mi y a mi madre lo suficiente.

—¿Y qué pensó Léyla de todo eso? —preguntó Clem, sin esconder la curiosidad mientras Jassim sonreía con amargura;

—A pesar de obtener lo que deseaba para su pequeño malcriado, por poco se vuelve loca, al igual que el resto de la familia. Cuando mi tío nos notificó su muerte, yo escribí a Leyla, pero nunca me contestó. Parece que ella quería mantenernos en la ignorancia sobre la herencia, pero mi tío insistió en que se nos debía avisar. Mi padre murió unos meses después de mi rompimiento con Roz, así que decidí venir a Omán.

—¿Porque querías venir o porque te querías alejar?

—Un poco de las dos cosas. A causa de la herencia, que era bastante atractiva, pero más que nada para olvidarme de Roz. Tom se ofreció a cuidar todo allá, así que vine.

—¿Sin pretender quedarte más de dos años y medio?

—No —sonrió Jassim—. Mi actitud mental era un desastre. Pensé que tres o cuatro semanas serían suficiente para reclamar mi herencia, pero cuando me di cuenta que no se trataba de cualquier cosa, todo cambió. Vendí casi todos los terrenos; pero cuando vendí la cantera, hice un trato con el nuevo dueño. Debido al surgimiento de la economía en Omán, su producto tenía gran demanda y tenía graves problemas de transporte —explicó Jassim—. Le propuse

complementar su negocio con las mezcladoras. Aunque a primera vista esa herencia era algo sin importancia por el aire seco y caliente, sólo se tuvieron que engrasar, se les hicieron algunos ajustes y.. Volvieron a funcionar. Empecé el negocio y...

—Todo eso no pudo suceder en sólo un mes: —lo interrumpió Clemence

—No Y cuando me di cuenta del potencial, creo que es la palabra adecuada, de la herencia de mi padre, no pude desperdiciarlo. Regresé a casa y cansé a Tom hablándole del reto que Significaba este trabajo. Sospecho que con tal que me callara, aceptó continuar a cargo de todo allá. Tom es un gran tipo —dijo con afecto—. Además, yo también quería descubrir el lado árabe que hay en mí, y él lo comprendió.

—¿Ya lo descubriste?

—Sí.

—¿Y?

—Y Como le dije a Leyla, ¡me siento más australiano que un koala!

—¿Y cómo aprendiste a hablar bien el árabe? —le preguntó Ciernen- ce pidiendo mas vino

—No es así —su sonrisa se amplió— Para ser sincero, lo hablo con

marcado acento Lo aprendí cuando era niño En eso mi padre insistió mucho Tomé clases siendo pequeñito, pero después lo dejé aprender a usar un deslizador que a Pronunciar el idioma! Sin embargo, poco antes de venir aquí tomé cursos, y todo lo que sabía lo recordé.

Clemence lo miró por el borde de su vaso de vino y preguntó

—Respecto a Leyla, al principio no te quería aquí, pero ahora está enamorada. ¿Qué pasó, te vio y cambió de parecer?

—Nada tan Instantáneo, aunque me aceptó más rápido que cualquier Otro miembro de la familia Al Fon La primera vez que me vio quedó impresionada por mi parecido con mi padre, decía que en las fotos de cuando era joven era igual a mí, y nuestra semejanza siempre con- fundía a todos.

—¿Y ahora te aceptan en la familia?

—Mas o menos, pero no sólo por mi parecido Lo que cambió las cosas primero con Leyla y después con el resto de la familia, es que

no represento ninguna amenaza para ellos.

—¿Y por qué habrías de serlo —Clemence frunció el ceño

—Suponía que por ser el hijo mayor de mi padre, reclamaría toda la herencia, Incluyendo el Plaza Se Imaginaban que llegaría ordenan do a los abogados que lo controlaran todo y lo vendería para irme de inmediato con los bolsillos llenos de dinero. Pasó mucho tiempo para que comprendieran que mi Intención no era esa, pero cuando lo comprobaron, eso hizo toda la diferencia.

—¿Como Leyla queriendo verte como su héroe?

Jassim maldijo como respuesta, y riendo, Clemence agregó:

—¿Ya no eres un caballero?

—Sólo veintitrés horas al día.

—¿Y hay alguien que se haga cargo de tus asuntos aquí cuando regreses a Australia?

—Sí. Tengo gente entrenada incluyendo un gerente y un contador.

—Y con esas personas preparadas, el director queda libre para pasar el tiempo reparando maquinaria descompuesta —comentó ella, con malicia.

—-Está bien. Lo que pasa es que para mí es divertido reparar maquinaria. Excepto en viernes.

—Divertido, pero sucio. ¡Cielos, la apariencia que tenias la primera vez que te vi!... —rió Clemence.

—¡No empieces tú también! Ya tengo suficiente con Sunthi, cada vez que llego a casa, me espera como perro guardián para decirme que antes que nada, debo cambiarme. Y tiene un tono especial de voz para esas ocasiones. Es el mismo que utiliza cuando se refiere a la casa del desierto.

—No me sorprende. Aparte de l piscina, esa casa es un castigo.

—Sirve para su propósito —protestó Jassim—. Verás, cuando empecé, a trabajar en el depósito, lo hacia hasta altas horas de la noche, lo que significa que necesitaba un lugar cercano para dormir. La casa es t bien situada y era barata, así que la compré para tener un lugar don de dormir, nada más. Por eso nunca la acondicioné. Últimamente vivo más tiempo aquí y rara vez la utilizo y sólo te llevé allá al calor del momento —tomó más vino—. Si quieres- saberlo, pasé media hora pe gado al teléfono del doctor hablando con Sunthi. Ahí arreglé que fuera para allá llevando

provisiones. Cuando supo que planeaba llevarte, me dijo que estaba mal de la cabeza... Y creo que así era.

—Pero me llegaste para terminar con Leyla.

—¿Si? Te llevé a causa de Leyla, te llevé porque había una posibilidad, aunque pequeñísima, de que denunciaras a Khalid la policía. Pero la razón principal por la que te llevé fue porque...

—¿Por qué? —insistió Clemence cuando se quedó callado.

—Porque te quería cerca de mí —Jassim fijó-sus ojos verdes en un lejano horizonte—. Sé que te parecerá cursi, y también sé que no teñía sentido hacerlo, porque ambos estábamos en una batalla Continua, pero te necesitaba a mi lado, A ti, no a otra. Necesitaba mirarte, absorber tu esencia, Necesitaba que durmieras bajo mi techo, en mi casa porque.., eso te haría —pertenecer a ese lugar. Pertenecerme a mí —sonrió apenas—. Era como si de pronto cayera en arenas movedizas. Y cuando te dije que al desvestirte no sentí nada, te mentí. Era Una masa de nervios. No podía ni abotonar la camisa porque mis manos estaban temblorosas. ¡Gran Dios, me haces sentir lo que Roz nunca hizo! Debí estar loco para permitir que las cosas llegaran al punto en que Leyla necesitara una confrontación EJ modo como te habló hoy.,.

—Eso ya pasó —le indicó Clemence, pero Jassim no le hizo caso y continuo

—La verdad es que temía una de sus escenas, de las que huí en el pasado. Clem —agregó anhelante—; sé que las cosas que te dijo te las- timaron, pero no le hagas caso. Podrá hurlarse de ti por continuar enamorada de alguien que ya hasta se Casó con otra mujer, pero yo no. Sé que los sentimientos no son algo que se pueda controlar, El amor no se puede encender o apagar a voluntad —la tomó de la mano en una caricia reconfortante. Entiendo,

—No, claro que no entiendes. Para empezar, no estoy enamorada de Howard.

-—Eso es lo que te dices, pero no es verdad. Te guste o no, el chico es parte integral de tu vida —le indicó, exasperado

—Jass, escucha...

—Rayo de sol, te escuché hablando con él por teléfono, Sé que existe esa unión,

—¡No sabes nada! —colocó el vaso de vino en la mesa latera con fuerza—, Existe esa unión y siempre existirá. Pero sólo porque

Howard es mi primo.

CAPITULO 9

TU primo? —preguntó Jassim cauteloso.

—¡Si!

---¿Ustedes no?

—¡No!—se hizo una pausa prolongada.

—¿Te das cuenta de que cuando habló contigo por teléfono, pensé que te estaba pidiendo en matrimonio? Y pensé que habías dicho que si.

—Me di cuenta que pensaste mal —contestó Clemence.

—¿Y que cuando Leyla me contó todo, no hubo diferencia, porque pensé que estabas loca por él? Convencerme de que estabas atada a Howard de por vida, me hizo perder toda esperanza. Sabía que supuestamente habías terminado para siempre con el chico, pero detecté una renuencia a romper ese vínculo.

—¿Y cómo podría romperlo? Aun cuando no lo volviera a ver, un primo es y siempre será un primo.

—Pudiste decirme que Howard no era nada tuyo, que sólo los unía un lazo de sangre —gruñó Jassim.

—Traté de hacerlo, pero siempre que empezaba a hablar, me mandabas callar. Jass, ¿crees que sí amara a alguien lo dejaría ir sin luchar por retenerlo Ciertamente tengo mas bríos y atractivo sexua1 para eso

—Se me hizo extraño que no hubiera amargura ni recriminaciones —admitió ceñudo—, pero pensé que eras muy... noble.

—¿Igual que fui noble contigo la otra noche en m habitación —pregunto Clemence, llegando de pronto al tema que ella trataba de evitar.

—Podría atribuirte un momento de lujuria —murmuró Jassim

—¡Lujuria! —rió nerviosa_ ¿La lujuria te hizo actuar así?

—No. No, yo... —parecía dudoso y cuando Volvió a hablar lo hizo de otra Cosa—. ¿y si no era para cubrir los convencionalismos socia les, por qué hacen.., por qué se hicieron pasar como marido y mujer?

—Para detener las atenciones exagera del sexo masculino. Cuan do se inició el grupo, mi padre dejó bien claro que Howard debía Cuidarme, y Howard toma muy en serio sus responsabilidades

—Cosa que no sucedió con Khalid —comenté Jassim,

—El sistema funcioné sin ser perfecto, porque eliminaba la mayoría de lo que se llaman aventuras de escenario. Como l negocio del espectáculo es una industria de oropel, se espera que las chicas estén dispuestas a las proposiciones que les hacen los hombres —explicó Clemence....,. Bailarinas cantantes, todas compartimos la fama.

—Y supongo que tú compartiste una rebanada grande del pastel.

—Lo que sucede es que cuando actuamos por primera vez, nuestra agenda incluía tocar en un club nocturno, Cuyo gerente era un hombre llamado Ralph.

—Antes de eso, dime por qué decidieron dedicarse a este negocio. —El trabajo decidió por nosotros Verás, cuando Howard y yo éramos estudiantes en la Real Academia de Música,..

—Chicos sesudos —comenté Jassim.

—¿Estas impresionado?

—Como no tienes idea —le sonrió Jassim.

—Venimos de familias de músicos —continué Clemence.. Mi padre es director de orquesta sinfónica, y mi madre toca el cello. Los padres de Howard se encargan de los alientos de madera. Como empezamos a conocer ese ambiente desde que éramos niños, se dio por hecho que seguiría esa misma línea, en la música clásica. Pero siendo estudiantes nos unimos a otros amigos y en nuestro tiempo libre, tocábamos música popular en las tabernas. La idea era sencilla y ganábamos bien. Nuestro espectáculo creció. Éramos puntuales tocábamos bien, y pronto nos ganamos la reputación de confiables El resultado final fue que cuando nos graduamos un agente nos dijo que conseguiría para nosotros buenos contratos, unos en centros nocturnos, pero la mayoría en hoteles extranjeros. El dinero que ganaríamos superaba con mucho lo que obtendríamos en una orquesta. Nuestros padres no estaban muy de acuerdo, pero accedieron, porque era una tontería dejar esa oferta de trabajo.

Después de una pausa, Clem continuó:

—Ralph es bien parecido, amable, y a pesar de que parecía que a diario se ponía medio litro de loción, yo caí a sus pies. Era joven y crédula y nunca me detuve a pensar que sólo teníamos una cosa en común... ambos estábamos enamorados de él —frunció la boca al recordar su dedicación—. Cuando me dijo que quería que fuera su

novia, le creí. Tenía la cabeza en las nubes, hasta que un día un miembro del equipo del centro nocturno decidió hablar conmigo.

—¿Y? —preguntó Jassim, cuando ella guardó silencio.

—Me dijo que Ralph casi siempre salía con las chicas que llegaban a trabajar al centro nocturno y que cada romance terminaba cuando el contrato concluía. Cuando se lo pregunté, me confesó que no sería la excepción y como mi primo Howard parece que pertenece a la raza San Bernardo, me dio a tomar una copa de brandy y me sacó de la nieve; entonces tuvo la idea de fingir que éramos marido y mujer.

—¿Ha sido efectivo, aparte de Khalid?

—En general, sí, aunque una vez nos encontramos con un italiano ultradecidido.

—¿Y tratas de decirme que no hubo nadie más desde lo de Ralph?

—No —Clémence rió al contestar—. He tenido mi ración normal de pretendientes, pero no llegamos a nada serio, debido a que por nuestro trabajo, permanecemos poco tiempo en un mismo lugar. Durante los últimos cuatro años, se puede decir que el único hombre en mi vida ha sido Howard.

—¿Y ustedes dos nunca pensaron que las cosas llegarían más lejos? Quiero decir, como compartir la misma habitación.

-—Nunca nos pasó antes —le aseguró rápido—. Antes de venir, el Plaza envió detalles del bungalow que compartiríamos Howard y yo, así que sabíamos que habría dos habitaciones. Si no fuera así, no sé qué hubiéramos hecho —encogió los hombros—. El cuento del marido y mujer era en beneficio del público. En cada lugar al que llegamos, nos proporcionan alojamiento adecuado. Y si alguien se tomaba el trabajo de investigar, descubría que éramos diferentes a otras parejas.

—Comprendo —aceptó Jassim, de manera lacónica—. Cuando Howard se marchó, sospeché que debía haber otra mujer, pero también me pregunta si dejarte sola aquí era parte de una estrategia mayor.

—¿Como cuál?

—En mi mente jugaba la idea de que su partida premeditada era dejarte el camino libre para...

—¿Para relacionarme Con los caballeros del bar? —interrumpió

Clemence airada—. ¡Qué mente más sucia y suspicaz tienes!

—Me gusta cuestionar las cosas que no marchan bien. Y es saludable —protestó Jassim—. Diablos, ¿cómo iba a saber que Howard te dejaba para llevar a otra mujer al altar?

—Entonces él tampoco lo sabía. Fueron los temores de Yvonne de sufrir un aborto lo que hizo que él regresare a casa. ¡Aunque tal como sospechaba yo, todo se arregló en cuanto estuvo a su lado! Pero una vez con ella, utilizo sus artes femeninas para convencerlo de casarse.

—¿No te agrada Yvonne? —preguntó Jassim, muy serio.

—¿Como lo adivinaste?

—Tus manos apretadas lo demuestran.

—Acepto que tenía todo el derecho a esperar que se casara con ella y que él así lo quiso, pero lo que encuentro mal es la manera como ella llevó este asunto —Clemence frunció el ceño—. Yvonne finge ser una chica sumisa, Cuando siempre quiere salirse con la suya.

—Háblame de ella —pidió Jassim.

—Ella trabajaba en la oficina de la escuela de música. Se fijó en Howard y decidió que era el hombre maravilla y cada vez que Howard iba a algún lugar, ella se las arreglaba para encontrarlo Y abanicarle las pestañas.

—¿Y cuál fue la reacción de él?

—Ninguna Apenas sabía que existía, pero entonces Yvonne entró en acción. Se integró a nuestro grupo, hacía invitaciones para fiestas y, en general, se convirtió en una molestia. Como Howard no le hizo caso, me pidió que me uniera a su causa —movió la cabeza al recordar-—. Le dije que mi influencia con mi primo en ese aspecto era nula, pero no me creyó. En ese tiempo, Howard se interesó en una amiga mía e Yvonne me detuvo en un pasillo de la escuela para acusarme, con lágrimas en los ojos, de querer interponer a la otra chica en su camino. Eso era una tontería y así se lo hice saber, pero… ¡fue horrible! El labio inferior le temblaba y comenzó a sollozar. Lo único que pensé en hacer fue prometerle que le ayudaría y… ¡sorpresa!, las lágrimas cesaron. Pero cuando a la siguiente semana me acosó, y luego hizo lo mismo a la siguiente, no pude soportarlo. Su chantaje emocional y la manera en que trataba de manipularme fueron demasiado.

—¿Hiciste el intento de que Howard se interesara en ella?

—Le expliqué que le gustaba a Yvonne, pero no le dije la presión que ejercía la chica sobre mí, porque eso habría hecho que él corriera como loco en la dirección contraria. Ahora que lo pienso, preferiría que así hubiera sido.

—Pero entonces no sería tu… prima política. ¿Y qué pasó después?

—Como Howard continuó su relación con la otra chica, Yvonne me declaró la ley del hielo.

—¿Y viceversa?

—No hice nada por evitarlo, pero… —Clemence encogió los hombros—, llámalo choque de personalidades, o como quieras, pero ella no es mi personaje favorito. Salimos de la escuela y pensé que gracias a mis oraciones, Yvonne quedaba lejos de nosotros, pero hace aproximadamente un año, debíamos presentarnos en un hotel en Albufeira. Al entrar por las puertas giratorias, lo primero que vimos frente a nosotros fue a la mismísima Yvonne. De nuevo abanicó sus pestañas, sólo que esa vez Howard sí lo notó.

—¿Se mostró complaciente? —preguntó Jassim.

—De manera increíble y no te rías.

—¿Yo? ¿Reírme? —protestó, inocente.

—Es gracias a Yvonne que estoy aquí abandonada, y también gracias a ella, que dentro de un mes quedaré sin trabajo. No considero eso hilarante.

Se acercó un poco más a ella y dijo:

—No estoy de acuerdo —sonreía, afectuoso—. A mí me parece que Yvonne es como mi hada madrina.

Jassim se acercaba cada vez más a ella, tanto, que el mosquito que zumbaba cuando él abrió la puerta hacía poco tiempo, hacía ahora un ruido ensordecedor. Podía él escucharlo? Claro que sí. Si no, ¿por qué otra razón l miraba de esa manera?

—¿Por qué dices eso —preguntó, sin aliento

—Porque si no hubiese llamado a Howard a su lado, él no te habría dejado sola. Y si no hubieses estado sola, no habría comenzado mis visitas diarias a vigilarte y no me habría enamorado de ti. Y hasta aplaudo que pronto vayas a quedarte sin trabajo.

¡La amaba! ¡La amaba! Aunque quería abrazarlo y besarlo, y decirle que ella también lo hacía.., no lo hizo. Después de todo lo

que paso aprendió a mantenerse calmada.

—¿Aplaudirla?—preguntó cautelosa. ¿Por qué habrías de aplaudirla?

—Supongo que querrás hablar con tu agente para que busque traba jo, o hasta quizá estés buscando un hombre que se haga cargo de ti.

—Bueno.., sí.

—No hay necesidad de eso. Conozco un hombre que lo hará, aunque hay algunas cláusulas que insistirá en que se adicionen a tu contrato.

—¿Qué cláusulas? —preguntó otra vez cautelosa.

—La garantía de que no irás por allí lanzándote de jeeps en movimiento, y que si deseas hacer una larga caminata, él debe acompañarte —pasó un brazo por los hombros de la chica—. Pero lo más importan te, es que la cláusula debe estipular que debes amarlo, honrarlo y obedecerlo —la chica recibió una mirada divertida. Aunque pensándolo bien, quizá deba reemplazar la palabra “obedecer” por el término “acceder ocasionalmente»

—¿Tu debes reemplazar? —pregunta ella feliz de seguir el juego —. ¿Aceptarías hacerte cargo de mí?

—De por vida. Por el resto de nuestros días. ¿Aceptas casarte con migo?

—Sí —le dijo desde el fondo de su corazón, pero comentó_: Sólo nos conocemos desde hace un mes.

—¿Me consideras un extraño? —le sonrió Jassim.

—No. Es como si nos conociéramos desde hace años. Miles de años.

—Cierto. Quizá fuimos amantes en otra vida.

—Eso debe ser —aceptó la chica mirándolo a los ojos.

—Clem, te amo —la abrazó con más fuerza.

—Yo también te amo,

Se besaron y cuando fue tiempo de hablar con coherencia ella estaba casi bajo el cuerpo de Jassim. Con su cabello esparcido por el sofá, los ojos brillantes y los labios entreabiertos y turgentes, Clemence era la viva imagen de la mujer que nació para amar y ser amada,

—Hay otra Cláusula —le dijo Jassim, deslizando su mano bajo la blusa para acariciar la piel de su abdomen.

—Dímela —murmuré la chica.

—Todas las noches debe haber una audición en mi cama.

—¿Estas utilizando la palabra correcta? —preguntó ella mirándolo sonriente—. ¿No debías mejor decir comparecencia?

La mano de Jassim llegó a sus senos y acaricié los pezones.

—Querida, durante el primer año perseveraremos en la audición. ¿De acuerdo?

Clemence no pudo contestar porque él la besó y cuando levantó la cabeza, ella ya no sabía qué decir. -

—Deberán ser dos audiciones cada noche —decidió Jassim, con la misma formalidad que un abogado nombrando algún artículo de ley.

—Lo que tú quieras.

—Quiero ir a la cama. Ahora.

—Creí que te quejabas de no poder dormir —contestó Clemence.

—No voy a dormir —se levantó y le ofreció las manos para ponerla de pie—. Vamos —le sonrió—. Estoy herido, ¿recuerdas? Necesito una chica hermosa que me mime.

Para tener un pie lastimado, Jassim subió por la escalera en muy poco tiempo, a pesar de que también se detenía a besarla. Después de cruzar un vestíbulo amplio, entraron en una hermosa habitación con suelo pulido y muebles de madera. Los-amplios ventanales que daban al jardín tenían cortinas de muselina blanca. Por fin llegaron a su destino, la cama. Al pie de ella, Jassim se detuvo y deslizó su mirada lenta y sensual por el rostro de Clemence, después por el cuello hasta llegar a los senos, cuyos pezones se adivinaban con claridad bajo la blusa amarilla.

—Te amo —le dijo de nuevo—. Te deseo —levantó una mano para acariciar primero un pezón, luego otro—. Y tú me deseas.

—Sí —pudo decir apenas, turbada por las caricias.

—¿Sientes cómo palpita mi corazón? —Guió su mano por su pecho velludo, por su vientre plano hasta sus muslos—. ¿Sientes cómo me afectas?

Electrizada, Clemence suspiré amoldando su cuerpo al de Jassim. Volvieron a besarse y luego él la recosté en la cama.

—Te quiero desnuda —dijo besando su rostro, los hombros y el cuello. Necesitaba besar sus senos, así que con una rapidez pasmosa, le quitó la ropa—: Desnuda y ahora mismo.

Con la mirada oscurecida por el deseo, Jassim se inclinó para tomar entre sus labios un pezón perfecto, haciéndola gemir de placer Ella también lo necesitaba desnudo ansiaba tener Contra ella la piel cálida, quería explorar cada músculo, cada parte de él. La mano que acaricié su cadera fue todo el mensaje que necesitaba Jassim, pues en un sola movimiento se quitó el pantalón del pijama y quedó tan desnudo como ella. Se inclinó para besar sus senos y sintió que su cabeza giraba invadida de brillantes Colores. Gimió:

—Ámame, Jass. Ámame —le suplico, perdida en las caricias que le

prodigaba.

—Pídelo por favor —la atormenté Jassim, con ternura.

—Por favor. Por favor. ¡Por favor!

Con diestra dedicación Jassim hizo lo que ella pedía hasta llevarla al éxtasis. La chica nunca conoció nada tan completo que la Consumiera así. Su pecho unido de él, las piernas entrelazadas, unidos eh un beso ardiente, ambos se movían al unísono Un fuego abrasador fusionaba sus cuerpos en Uno solo.

-Por favor —murmuré Clemence Ahora

—-Sí —respondió Jassim, con voz ronca—_ Oh, querida. Sí! El controlo el momento, llevándola más y más cerca del clímax, que llegó Corno una explosión vertiginosa que la desintegré en miles de delirantes fragmentos

Afuera la cálida brisa movía las palmeras El sol cambié de posición. El tiempo pasó lánguida y alegremente Fue un tiempo en el que se murmuraron palabras de amor, se besaron e hicieron planes. Después Jassim volvió a encender el fuego. Su boca ardiente la acariciaba con ternura y se dedicó a adorar el cuerpo de la chica. La primera vez la urgencia los unió, pero ahora el amor dominaba, profundo y fuerte. Toda la poesía y pasión que Clemence anhelaba en sus besos, estaba presente en cada caricia Quería llorar, quería reír. Al fin hizo ambas cosas, sosteniendo la cabeza morena contra su pecho. Jassim la hizo suya, Clem lo recibió de tal forma, que ya no sabía dónde terminaba ella y comenzaba el. Otro gemido. Otro sonido ronco y.. más felicidad. - -

—Quizá después de todo, dormir un poco no sea mala idea —murmuré Jassim, mientras yacían uno en brazos del otro, satisfechos

Por lo menos durante diez minutos.

Casi para acceder, Clemence miró el reloj de Jassim y exclamó:

—¡Son las cuatro! —se apartó de él—. Jass, lo siento pero debo ir me. Debo estar en el escenario del Plaza a las seis en punto. Me tomará cuando menos una hora llegar allá, ducharme y arreglarme el cabello y...

—Podemos llamar a Otto y decirle que hable con los hindús —le sugirió Jassim.

—Podría ser —comentó, Clemence.

---¿No te agrada?

—No.. Aunque preferiría quedarme aquí contigo... durmiendo o algo así... Pero ya he ocasionado demasiados problemas en el Plaza. Debo cumplir con mi trabajo.

—Lo entiendo y estoy de acuerdo. ¿Te das cuenta que estás en deuda con los hindús? —comentó viéndola salir de la cama.

—Sí. Han sido muy serviciales actuando cuando yo no pude hacerlo.

—No hablaba de eso. Me refiero a que si no los hubiera visto llegar a1 Plaza, nunca los habría perseguido a ti y a Khalid.

—¿Qué dices? —preguntó la chica, dejando de ponerse la blusa.

—Como recordarás, esa noche, igual que siempre, llegué para ver que ocuparas tu lugar.

—Llegaste a revisar si no había huido con Khalid, o viceversa — señaló ella.

—Regresaba a casa cuando afuera del hotel encontré una camioneta. En ella iba un grupo de hindús con cítaras, guitarras y sólo Dios sabe qué más. No caí en la cuenta hasta muchos kilómetros más adelante y entonces... lo supe todo. ¿Para qué necesitaban músicos si tú ya estabas allí? Regresé al hotel, pero tanto tú como Kha habían desaparecido Interrogue a todo mundo y tuve suerte cuando el portero me dijo que los vio subir al auto de Khalid. Escuchó que iban a la costa. Recordé la bahía y a Ingrid.

—Creíste que iba con algún propósito perverso mente — comentó Clemence al ponerse el pantalón.

—No estaba seguro. En ese momento, ya no estaba seguro de nada

—se dio cuenta que ella ya estaba vestida mientras él continuaba des nudo, así que se levantó de la cama y empezó a

ponerse la ropa—. Hablar contigo casi me convence que tenías razón, pero la lógica me aconsejaba recordar a Ingrid.

—¡Pues Vaya lógica!

—Todos cometemos errores —dijo tomándola entre sus brazos para besar Y un error muy grande es permitir que salgas de mi cama en este momento

—Lo sé —suspira ella. te parece si desde hoy en adelante voy por ti después de tu Según presentación y te traigo aquí Empezando desde esta noche.

—Después de mi segunda actuación debo ir al aeropuerto —negó Clemence Se lo prometía Howard Espera que esté ah para recibir al hijo pródigo.

—Iremos al aeropuerto. ¿De acuerdo? Recogeremos a tu primo, lo llevaremos al hotel y regresaremos acá. Y si me acusas de manipularte...

-—No lø haré.

---….eso es exactamente lo que hago. No importa lo que digas.

L a sala de arribos del aeropuerto estaba ardiente, sin aire acondicionado y atestada. Clemence miraba la puerta de cristal por donde los pasajeros salían, pero fue Jassim quien vio primero a su primo.

—He allí al recién casado —comentó cuando una figura en impermeable, deposito en el suelo dos maletas y luchaba con cantidad de bolsas de plástico.

—¿Pero qué es eso que trae puesto? —rió ella, y agitó la mano en un saludo.

Howard tomó sus pertenencias y se dirigió hacia ellos. La besó en la mejilla y después sonrió Cauteloso a su acompañante.

—Ya conoces a Jass —dijo ella, haciendo las presentación

—As! es —contesto su primo, evidentemente incómodo.

---No te preocupes. Clemence me lo ha dicho todo —sonrió Jassim.

—¿Todo?

—Todo —confirmo el árabe y extendió su mano—-. Felicidades por tu matrimonio

---Gracias —respondió Howard más tranquilo

—¿Y por qué llevas puesto un impermeable? —preguntó Clemence, mientras los dos hombres acomodaban las maletas en el BMW.

—¿No te gusta? —preguntó su primo, quitándoselo.

—Me encanta, pero no es precisamente para un clima tropical, ¿verdad?

—No, pero Yvonne me lo compró. Es algo así como un regalo de bodas. Estaba ansiosa porque lo usara en Heathrow, y cuando le expliqué cuánto calor hacía aquí, me dijo que lo trajera como recuerdo su yo. Estaba muy molesta porque venía y quería dejarlo, así que no quise herir sus sentimientos, y bueno, ya sabes cómo es ella.

—Oh, sí. Claro que lo sé —le aseguró Clemence, en tanto Jassim luchaba por no soltar una carcajada.

Dejando el impermeable con las maletas, Howard subió con ellos al auto.

—Te traje algunas fotos de la boda y hasta un pedazo de pastel —comentó cuando ya iban en camino—. Tengo muchas cosas que decirte.

Sin hacer pausa, Howard comenzó a hablar. Y no dejó de hacerlo hasta que llegaron al hotel. Habló de la boda, de la tienda de artículos musicales, de las cualidades de estrella de Yvonne. Pudo hablar todo lo que quiso, Sólo porque tanto Jassim como Clemence estaban ocupados en un juego privado, la actividad que sólo pueden tener los amantes, y que consistía en miradas de complicidad, rozarse con la rodilla. Cuando en un momento Howard requirió una respuesta, hacía mucho que ellos no escuchaban lo que decía.

Hubo una larga pausa mientras la chica se ajustaba al mundo donde también estaban incluidas otras personas además de ella y Jassim.

—Traté de hacerlo.

—¿Haciendo algo emocionante?

—Tuve uno o dos momentos en los que puedo decir que sentí que la tierra se estremecía.

—Oh, ¿de verdad? —su primo se inclinó para cuchar mejor.

Jassim sonrió y contestó por ella.

—Sí. Y existe la posibilidad de que en el futuro, haya otros más.

¿Tú que opinas, rayo de sol?

—Tal vez tengas razón —contestó Clemence feliz.

FIN